

1: EL AURA ALREDEDOR DE LA BIBLIA

La Biblia, ¿cómo llegó a ser un texto escrito? ¿Refleja un punto de vista singular, una inspiración única o eso es sólo una idea que los devotos religiosos han impuesto sobre ella? Puesto que ese documento que llamamos "Biblia" ha sido escrito por muchos autores durante un período de cerca de mil años, ¿Cuáles fueron las circunstancias específicas que impulsaron la escritura de cada parte? ¿Cuál fue el proceso mediante el cual estas piezas individuales fueron consideradas "Sagradas Escrituras"? ¿Hubo otros trabajos que compitieron por su inclusión en la Biblia pero que por alguna razón fueron rechazados? Si es así, ¿quién tomó esas decisiones y con qué criterio? ¿Todas las partes de la Biblia deben considerarse igualmente santas y válidas, o la Biblia aprueba conceptos demostradamente falsos y actitudes que la sensibilidad moderna y una conciencia más desarrollada considera rechazables?

Por sorprendente que pueda parecer, estas preguntas perfectamente obvias raramente se formulan en la variedad de Iglesias que componen el mundo cristiano y algunos cristianos incluso las consideran hostiles y carentes de fe. En los grandes centros teológicos de enseñanza, sin embargo, estas preguntas son lugares comunes habituales. Pero, cuando los alumnos de estos centros se alejan de ellos y acuden a servir a la gente que ocupa los bancos de los templos, parece casi que hay una conspiración de silencio acerca de estas cuestiones que afectan al conocimiento bíblico. En el corazón de la vida religiosa, este clero formado conforme a las ciencias actuales se encuentra ante una Biblia recubierta con un aura de santidad tan poderosa que apabulla y silencia las preguntas críticas, que aparecen entonces no como búsqueda de la verdad sino como ataques a lo santo, a Dios y a la misma Biblia. Por eso, antes de entrar en el estudio de la Biblia misma, quisiera echar una mirada sobre el escudo defensivo construido a través de los siglos por gente piadosa pero no bien informada, diseñado para proteger a la Biblia y su "verdad revelada" de la erosión a la que aparentemente está sometida.

Uno se encuentra constantemente con este muro de defensa bíblica. Está presente en la propaganda que emana de los religiosos fundamentalistas. Evangelistas televisivos, como Albert Mohler, Pat Robertson y el difunto Jerry Falwell, constantemente se refieren a la Biblia como "la inerrante palabra de Dios". Hacen citas desde sus páginas para atacar la evolución, el surgimiento del feminismo, la homosexualidad y hasta las preocupaciones medioambientales. Estos fundamentalistas contemporáneos tienen sus raíces en un grupo de protestantes evangélicos que, entre 1910 y 1915, publicaron en EEUU, con el apoyo de Unocal (Universal Oil Company of California), y distribuyeron por el mundo, una serie de tratados llamados "Los Fundamentales", tratados que, de hecho, dieron origen a la expresión "fundamentalismo". Este movimiento proclamaba que la posición cristiana verdadera sobre las Escrituras era considerar cada palabra de la Biblia como verdad revelada e inerrante, tal cual. Mirando atrás en la historia, veremos que esta actitud ya estaba presente en los tiempos de Galileo y en el s. XVII, cuando representantes del cristianismo romano condenaron la idea de Galileo de que la tierra no era el centro de un universo de tres niveles y que el sol no giraba alrededor de ella. ¿Cuál fue la prueba ofrecida para la condena? El pasaje en el libro de Josué (10:12-14) en el que Dios, en respuesta a las oraciones de Josué, detuvo al sol en el cielo para alargar la duración del día y así facilitar que Josué

extendiera su victoria sobre los Amorreos. Los jefes eclesiásticos argumentaban que esta cita bíblica era una prueba clara, procedente de la "inerrante palabra de Dios", de que Galileo estaba equivocado.

Este escudo defensivo alrededor de la Biblia se construye diariamente aún en las iglesias tradicionales que considerarían una vergüenza que se las calificara como fundamentalistas, puesto que se consideran a sí mismas más educadas y sofisticadas que aquellas a las que se denomina como fundamentalistas. Pero, al final de las lecturas bíblicas en las liturgias, todas las denominaciones siguen usando una frase del tipo "esta es palabra de Dios", a la que la congregación obedientemente responde "demostramos gracias a Dios". Esta práctica litúrgica común refuerza la actitud de impedir que los orígenes de la Biblia se sometan a escrutinios y averiguaciones que son normales en cualquier otro tipo de obra literaria.

En las tradiciones litúrgicas cristianas más formales, a la lectura del evangelio, la precede algún tipo de procesión dentro de la congregación, con el libro del evangelio levantado, presumiblemente para que lo adore el pueblo. Entonces el lector anuncia: "Lectura del Santo Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo según..." el nombre del autor adscrito al evangelio del que se hará la lectura en ese día. Al mismo tiempo, el lector designado también puede hacer algún mágico signo de la cruz sobre el texto mismo, como si lo bendijera de nuevo y descartara cualquier posibilidad de análisis crítico del texto. Luego, el lector puede persignarse como una señal de que sólo una persona en estado de santidad puede leer las palabras sagradas. En muchas iglesias, la lectura del evangelio se reserva, en efecto, a los ministros ordenados, lo que sugiere un estatus especial para los evangelios.

Una vez terminada la lectura del pasaje, el lector proclama: "El Evangelio del Señor" a lo que la congregación obedientemente responde, "alabado seas Señor Jesucristo". El claro mensaje implícito en estos actos piadosos, que se repiten domingo tras domingo y año tras año, es reforzar la actitud hacia la Biblia en general y hacia los evangelios en particular, de que cualquier cuestionamiento crítico de su contenido es altamente inadecuado. Así, el antiguo escudo de defensa bíblico se va haciendo cada vez más sólido. Y aquellos que quieren eliminarlo se arriesgan a provocar la reacción de los creyentes. Los clérigos, especialmente los recién ordenados, son reacios a atacar esta "línea Maginot". Y de este modo tenemos un patrón establecido de comportamiento.

Este escudo defensivo se revela también de otras formas, quizás más sutiles. Hasta hace poco, las Biblias generalmente se imprimían en un fino papel, de cantos dorados, con tapas de cuero negro, y a veces con una cruz dorada en la portada; todo lo cual servía para destacar que este libro era diferente de cualquier otro. Se le daba a la Biblia además un sitio destacado en el estante de libros, o estaba prominentemente instalada sobre una mesa, como era el caso en el hogar de mi infancia. Uno aprendía rápidamente que poner otro libro sobre ella constituía un sacrilegio. Estas "Biblias familiares" raramente se abrían porque no eran para ser leídas sino para registrar en ellas la historia familiar de bautismos, matrimonios y defunciones. También servían como registro de todos los momentos solemnes, sagrados, de la historia familiar. Uno no jugaba con los contenidos de sus páginas. Otro signo de esta especial proclamación de la verdad de la Biblia está en el hecho de que este libro normalmente se imprimía en un formato de dos columnas por página. Casi ningún otro libro se imprime de esta manera. ¿Se han preguntado de dónde

de surgió esta modalidad o por qué se ha hecho tan uniforme? Cuando se publicó, entre 1946 y 1952, la Versión Estándar Revisada de la Biblia, se la dividió en tres volúmenes, dos para el Antiguo Testamento y uno para el Nuevo, y con un formato de una sola columna. Sin embargo, esta versión fue tan fuertemente rechazada que hasta se quemó masivamente en varios lugares de EEUU. Hubo varias razones para esta resistencia, algunos de ellos relativos a la traducción de algunos pasajes; pero otra fuente de irritación clara, aunque subliminal, fue el hecho de que la Biblia se viera como un libro común.

Los únicos otros libros que se publican normalmente en formato de dos columnas son los textos de referencia, como diccionarios y enciclopedias. Ambos son fuentes de autoridad. Uno va a la enciclopedia a obtener datos que se presume son verdaderos. Así también se dirige el diccionario en búsqueda de significados que son la última palabra. Al imprimir la Biblia bajo este patrón de autoridad, la propaganda religiosa parece implicar que este libro es también una fuente de respuestas últimas y exactas. El formato fue parte del aura de santidad que sirvió, inconscientemente, para lograr que la gente se relacionara con la Biblia de un modo exento de cuestionamientos. En algún momento, al inicio del proceso, alguien tuvo que haber tomado conscientemente esta decisión.

Recuerden que durante la mayor parte de nuestra Historia, la educación universal no existía. Por eso la mayoría de las personas en el mundo pre-moderno no sabían leer. Aun contando con este obstáculo de cara a un conocimiento firmemente instalado, durante siglos la Biblia se publicó sólo en latín, idioma que las masas no hablaban. En la historia cristiana hubo un tiempo en el que traducir las Sagradas Escrituras fue un delito castigado con la muerte. De esta forma, el escudo defensivo bíblico se veía reforzado. Al traducir la Biblia a las lenguas vernáculas, la Reforma del s. XVI comenzó el proceso de erosión de la autoridad eclesiástica. Esta erosión aún no ha terminado. La Reforma produjo la tradición protestante en la que no se permite que ninguna autoridad central (como el Papa) determine la verdad para todos los creyentes. Ahora bien, sintiendo profunda ansiedad ante esta ausencia de referencia, los protestantes empezaron a tratar a la Biblia como a un Papa de papel, e invistieron a sus palabras con la misma infalibilidad que la tradición católica daba al Papa. Y con ello se reforzó poderosamente el escudo defensivo alrededor de la Biblia al mismo tiempo que se la separó de cualquier expansión del conocimiento.

De modo que el primer paso en el estudio de los orígenes de la Biblia consiste en cruzar a través de este escudo defensivo y examinar el texto bíblico en sí mismo, sin las presuposiciones de la propaganda religiosa. Espero que el resultado de este paso sea positivo no sólo para la fe sino también para la integridad intelectual de cualquiera.

John Shelby Spong

2: CONTRADICCIONES BÍBLICAS, ACTITUDES DUDOSAS E HISTORIAS PARA NO DORMIR

El aura de santidad, el escudo defensivo que dota a la Biblia de una autoridad inapelable, se sostiene sólo mientras las personas no se tomen la molestia de examinar con un poco más de criterio su contenido. Esto, por supuesto, es lo que ha acontecido durante la mayor parte de la historia cristiana. En la historia medieval, muy pocas personas aparte del clero podían leer. Y aunque pudieran hacerlo, la Biblia estaba escrita en latín, lenguaje que la mayoría no entendía. Antes de la invención de la imprenta en el s. XV, los libros eran escasos debido a que eran prohibitivamente caros. Los libros se copiaban a mano, lo que significa que eran más propiedad comunitaria que individual. Esto implica que sólo durante los servicios religiosos dominicales las palabras de las Escrituras eran realmente escuchadas por las personas, y aun ahí los líderes de la iglesia eran muy cuidadosamente selectivos, de modo que ninguna de las contradicciones bíblicas, ni sus ideas dudosas ni sus historias de horror se leyeran en las reuniones públicas de los servicios litúrgicos. Los leccionarios pueden ser muy efectivos para controlar el acceso al contenido.

Las contradicciones bíblicas comienzan, sin embargo, en las historias de la creación, y desde la primera página. En los versos iniciales del Génesis (1:1-2:4a), Dios primero crea los peces del mar, luego las aves del aire y finalmente las bestias del campo. Por último, como logro mayor de su divina creatividad, Dios hace al hombre y a la mujer. Los crea juntos y simultáneamente, dice esta historia, y ambos a imagen de Dios. En la segunda historia de la creación, que comienza en el capítulo 2 (2:4b-24), Dios crea primero a Adán, que es el único portador de su imagen, y Dios lo pone en un jardín en el que no habita ninguna otra criatura. La soledad de este jardín, sin embargo, se hace insoportable para Adán. Entonces la Biblia nos dice que Dios decidió que "no es bueno para el hombre estar sólo" y dio forma a todos los animales del mundo en un intento por encontrar compañía apropiada para Adán. Como ninguna de estas criaturas satisfizo a Adán, Dios "tomó una costilla del costado de Adán y creó a la mujer para que fuera su compañera". La mujer, por lo tanto, no se piensa como hecha a la imagen de Dios. Ella fue hecha a partir del hombre con el propósito principal de ser su "ayuda idónea". Su estatus de segunda clase queda asegurado y garantizado cuando Adán le da un nombre tal como antes hizo con todos los animales, como una señal de su autoridad sobre todos los seres vivos. Ambas historias son contradictorias. Tendremos que preguntarnos cuál de ellas es la "Palabra de Dios."

Están también las contradicciones que se encuentran en las tres versiones de los 10 mandamientos que hay en la Biblia (Éxodo 34:1-28, Éxodo 20:1-17, Deuteronomio 5:1-21). ¿Cómo pueden estas tres versiones ser verdaderas si no son lo mismo? La versión más antigua (Éxodo 34) es de la pluma de "J", el escritor Yahwista, y no es lo que la mayoría ha escuchado siempre. El último mandamiento en esta primera versión dice: "No cocerás a un niño en la leche de su madre." ¿Por qué -hemos de preguntarnos- fue rechazado o reemplazado este conjunto original de mandamientos? La segunda versión (Éxodo 20) procede de la pluma de "E" (el escritor Elohísta), fuertemente ampliada después por un grupo de gente conocido como "P" o escritores sacerdotales. ¿Acaso estos escritores, que añadieron tanto al cuerpo de las Escrituras judías, lo hicieron porque consideraron la versión original tan penosamente inadecuada como para requerir adiciones y ediciones mayores? ¿Acaso uno altera o modifica lo que considera "Palabra de Dios"? La tercera

versión (Deuteronomio 5), procedente de "D" o escritores deuteronomistas, se compuso entre el escrito original de Éxodo 20 y la expansión hecha a ese mismo texto unos 400 años después. Por ejemplo, la versión del Deuteronomio no ofrecía, como razón para la observancia del Sabbat, el hecho de que Dios hubiera descansado en el Sabbat, porque la historia del séptimo día de la creación aún no se había escrito. Así que este autor declara que el Sabbat ha de ser observado porque el pueblo de Israel debe recordar que una vez fue esclavo en Egipto y que hasta los esclavos deben tener un día de descanso. ¿Cuál de las versiones de los 10 Mandamientos –necesario preguntar– se califica como "Palabra de Dios"?

Hay también muchos conceptos pre-modernos y por tanto anticuados en las páginas de este libro supuestamente inspirado por Dios. La inspiración no parece superar la aparente falta de conocimiento de Dios. La "palabra de Dios" asumía que la tierra era el centro de un universo de tres niveles y que Dios moraba en el cielo. Según el libro del Génesis (cap. 11), esta es la razón por la que la gente quiso construir una torre tan alta que pudiera alcanzar el cielo y entrar en el lugar donde podrían comunicarse directamente con Dios. Es la misma razón por la que Moisés se encuentra con Dios en la cima de una montaña: un lugar alto como una montaña era el lugar más cercano a Dios al que podía acceder el hombre. Es la misma razón para un relato como el de la ascensión-(Hechos 1), que proclama que Jesús ascendió al cielo, hacia la morada de Dios en él. Los autores bíblicos tampoco sabían nada acerca de frentes climáticos, sistemas de baja presión y las razones que provocan la lluvia y el viento, los huracanes y los tsunamis, así que los consideraron actos de intervención divina realizados por Dios, el juez que premia a los buenos y castiga a los malos. Al desconocer por completo los gérmenes y los virus, los tumores o las oclusiones coronarias, estos escritores asumieron que dichas enfermedades eran enviadas como castigo divino por el pecado, y por lo tanto el modo de tratarlas era con oraciones y sacrificios. Es difícil aceptar estas narraciones como "Palabra de Dios" ahora que los presupuestos sobre los que se apoyan estas historias ya no son válidos en nuestro tiempo. ¿Por qué –podemos preguntarnos– estaba Dios tan mal informado cuando se escribió la Biblia, si este libro es la "Palabra de Dios"?

La parte de la revelación más difícil de aceptar y que por eso desafía a la creencia, está en textos que, a la luz de la sensibilidad moderna, son brutales, erróneos, insensibles e incluso inmorales. La Biblia, por ejemplo, exige la pena capital para el niño que porfiadamente responde rebelde a sus padres, también la exige por adorar a un dios falso, por ser homosexual, por cometer adulterio y ¡hasta por tener actividad sexual con la suegra! ¿Podría alguien hoy en día considerar a estas leyes como normas morales? Luego está la extraña historia, en el libro de Jueces, de la concubina a la que primero violan un grupo de hombres y luego la arrojan en la entrada de la casa de su señor, agonizando pero aún viva. Su amo procede entonces a descuartizarla en doce partes, enviando una a cada una de las doce tribus de Israel como una llamada a la guerra (Jueces 19). Y, como si esto no fuera suficientemente chocante, está la historia de Jefté que mata a su hija para respetar un voto hecho a Dios (Jueces 11). Es imposible leer estas historias en la iglesia y decir "esta es la palabra de Dios."

La Biblia contiene historias que huelen a venganza, como Salmo (139:9) donde se fantasea con la idea de arrojar las cabezas de los niños babilonios contra las rocas, o la historia en que el profeta Eliseo (2 Reyes 2) respondió a las burlas de unos niños por su calva haciendo que unas osas salieran de los bosques, los destrozaran y se los comieran. ¿Puede alguien decir que esto es "palabra de Dios"? Pablo, en el capítulo 1 de su carta a los Romanos, argumenta que la homosexualidad es el castigo de Dios a quienes no lo adoran apropiadamente. Al hablar de las mujeres, Pablo y/o sus sustitutos les prohíben ejercer autoridad sobre ningún hombre. Esto significa, si se toma al pie de la letra, que nunca ninguna mujer podría detentar un poder

económico, político o eclesiástico. Tengo 4 hijas, una es directora ejecutiva de una gran firma financiera sureña, otra es abogada en la oficina del fiscal general de Virginia, otra es doctora en Física y es jefe de informaciones de una empresa de alta tecnología de la costa oeste, y la cuarta es veterana, con 9 años de servicios en el cuerpo de Marines, entre ellos 21 meses en la segunda guerra en Iraq. ¿Pueden estas mujeres y muchas otras como ellas pensar en la Biblia, portadora de textos tan groseramente discriminatorios, "inerrante palabra de Dios"? Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento consideran a la esclavitud como una institución moralmente aceptable. La Torá prohíbe la esclavitud pero sólo entre judíos. "Tomarás tus esclavos de los países vecinos", exhorta. Supongo que si los ciudadanos estadounidenses se tomaran estas palabras en serio, los canadienses y los mexicanos correrían peligro.

En las cartas de Pablo a los Filipenses y a los Colosenses (si es que fue Pablo el autor de éstas últimas), el apóstol parece pensar que la esclavitud es legítima pero que los cristianos tienen el deber de hacerla "amable y suave". No hay duda alguna de que una esclavitud amable y suave es mejor que una cruel y hostil pero, ¿hay alguien que hoy en día todavía piense que alguna esclavitud no es degradante, destructora de vida y mala? Y sin embargo, ¿todavía hay mucha gente que, de un libro que contiene todo esto, proclama que: "es palabra de Dios"!

Cuando la gente lee la Biblia por sí misma, las proclamaciones que la Iglesia ha hecho acerca de este libro a través de los siglos, enseguida las matiza la realidad. Muchas cosas en la Biblia claramente no son "palabra de Dios" porque son inmorales, injustas, carentes de inspiración y dañinas. Ningún creyente y ninguna institución religiosa puede hoy negar estos hechos. Los enredosos razonamientos empleados por tramposos fundamentalistas ya no pueden encubrir suficientemente tanta ignorancia. La Biblia entendida literalmente está condenada a ser abandonada por toda persona culta. ¿Significa esto que no hay valor alguno en este antiguo texto? No, sólo significa que el literalismo debe denunciarse y terminar. Entonces, ¿qué sigue ahora? Nos veremos en la siguiente entrega.

John Shelby Spong

3: LOS LIBROS DE MOISÉS - LA TORÁH

En términos relativos, la Biblia se comenzó a escribir hace poco. Si consideramos que el universo tiene alrededor de 14 mil millones de años y que el origen de nuestro planeta se remonta a unos 4.500 millones, el comienzo de la escritura de la Biblia, fechada en el 1000 a.C, es un acontecimiento reciente. Los científicos consideran que la aparición de la vida humana se registró en algún punto entre 2.000 millones y cien mil años atrás dependiendo de cómo definamos la "vida humana". Los antropólogos sitúan el inicio de la civilización 15 mil años. La persona a la que llamamos Abraham, considerado el fundador del pueblo judío, generalmente se ubica en el año 1800 a.C. La más antigua secuencia de la Biblia se escribe en el décimo siglo a.C, lo que sería una entrada en escena tardía. Sin embargo, la Biblia ha entrenado a la gente a pensar que la historia bíblica comienza en el momento de la creación. A principios del siglo XX, el obispo anglicano de Irlanda, James Ussher, basándose en las "inerrantes palabras" y fechas de la Biblia, afirmó que la creación tuvo lugar el 23 de Octubre del año 4004 a.C. Uno de sus contemporáneos, James Lightfoot, añadió en nota que fue ¡a las 9 de la mañana! Si queremos analizar la Biblia, primero debemos tomar conciencia de que su parte más antigua sólo existe hace unos 3 mil años, entre el 950 y el 1000 a.C. Sólo este hecho confiere un rasgo de radical relatividad en las afirmaciones bíblicas respecto de una historia natural real.

Luego viene que, si Abraham vivió alrededor del 1850 a.C, y la parte más antigua de la Biblia es del 1000 a.C, todo lo que sabemos de Abraham tiene que haberse transmitido oralmente durante 900 años, o sea, unas 45 generaciones antes de alcanzar la forma escrita. Este dato nos obliga a admitir el hecho de que la historia bíblica no puede ser históricamente fiel sino que su carácter es el de relato popular y un mito en el que los hechos de la historia se han ido distorsionando a medida que se desarrollaba la tradición. Abraham podría muy bien no haber sido judío. Se le identificó, por ejemplo, con el templo en Hebrón. Por su parte, Isaac, que se presenta como su hijo, se identifica con el templo de Betsebé, y Jacob, su nieto según la Biblia, se identifica con el templo de Bet-el. Estas identificaciones con santuarios específicos abre la posibilidad de que estos tres patriarcas fueran hombres santos cananeos no relacionados entre sí, cuyas vidas fueron después relacionadas e interpretadas como las tres generaciones fundadoras del pueblo judío y proporcionar así una justificación a la invasión de dicha tierra por las tribus de los judíos allá por el año de 1250 a.C. El propósito de estas historias patriarcales en el Génesis fue establecer la base jurídica para reclamar los judíos que ellos, al invadir, sólo estaban tomando posesión de una tierra que Dios les había prometido a sus ancestros siglos atrás. Racionalmente, esta reclamación no tiene sentido pero, como propaganda, tuvo entonces y tiene aún ahora una poderosa influencia en los asuntos humanos y políticos de aquella región.

Otros hechos de la historia bíblica amenazan aún más a quienes manejan la Biblia de forma mágica, y pretenden que en sus palabras hay tanta verdad literal como historia real. Moisés, un personaje aún más importante que Abraham en la historia bíblica, vivió unos 300 años antes de que se escribieran los primeros textos del Antiguo Testamento en el año 1000. Esto significa que debemos asumir el hecho de que todo lo atribuido a Moisés en la Biblia, incluido el éxodo desde Egipto y la proclamación de la ley en el Sinaí, son tradiciones sagradas transmitidas por vía oral, durante 15 generaciones, antes de alcanzar el estatus permanente de una forma escrita.

¿Cuánto se engrosaron estas cruciales historias mosaicas, durante su período oral? ¿Reemplazó el Mar Rojo al Mar de Cañas en el centro de la historia de la división de las aguas? Los frutos del árbol del tamarisco, con su residuo blanco escamoso, ¿no serían los que originaron la historia del maná enviado por

Dios, desde al cielo al pueblo hebreo que estaba hambriento? ¿Fue tal vez una erupción de gas natural encendido, en aquella zona rica en combustibles fósiles, lo que originó la historia de la vocación de Moisés por Yahvé, que le habló desde un arbusto encendido y que no se consumía? ¿Cuál fue el proceso de composición del código legal de Israel, incluidos los Diez Mandamientos, antes de tomar forma definitiva en el libro de Éxodo? El número de "diez", ¿es más importante que el concepto de mandamiento? Que la Biblia contenga una variedad notable de versiones de los Diez Mandamientos, ¿es sólo una forma de explicar la historia de Moisés rompiendo las tablas que contenían los Diez Mandamientos, al ver que el pueblo de Israel había cambiado al Dios que los había traído de Egipto, por un becerro de oro, y que, por tanto, había tenido que volver al Sinaí a por una segunda versión? ¿Cuánto de la narración del éxodo es historia y cuánto es elaboración posterior para adecuarla al ritual de la Pascua, diseñado para hacer que el pueblo judío celebrara litúrgicamente su origen político como nación?

Ninguna de estas preguntas pudo plantearse antes de que se abriera camino la idea de que la Biblia no era un testimonio directo de una historia ocurrida tal cual en la antigüedad, entre los lectores más observadores e informados. Con cada nuevo descubrimiento, la Biblia se fue viendo cada vez más como un maravilloso libro, esencialmente humano, que debía poderse examinar críticamente, antes que como palabra de Dios en sentido literal, divinamente inspirada e inerrante por haberse revelado desde lo alto. A fines del s. XIX, un grupo de estudiosos encabezados por los profesores K. H. Graf y Julius Wellhausen en Alemania, se dedicaron a estudiar rigurosamente los cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, llamados la Toráh o la Ley o los Libros de Moisés, es decir, la parte más sagrada de las Escrituras hebreas, cuya lectura era tradición obligatoria leer en su totalidad durante los 52 Sabbath de un año en las sinagogas. Estos estudiosos se dedicaron a aplicar a estos textos los métodos que la crítica literaria aplicaba a otros de la antigüedad. Para ello, tuvieron que dejar de lado la pretensión de los creyentes, judíos o cristianos, de que fueran "palabra de Dios" o de que ellos poseían una divina relación con la verdad. Los resultados fueron a la larga saludables y, más que nada, abrieron las puertas a un nuevo interés académico por la Biblia.

Gracias al análisis cuidadoso de estos libros, los eruditos descubrieron que había diferencias notables, lo que les llevó a concluir que la Toráh la constituían distintos fragmentos que antaño habían sido textos independientes. Uno de estos textos anteriores se refería a Dios con el nombre Yahwéh, o por lo menos con un impronunciable conjunto de consonantes (el tetragrámaton o cuatro letras de YHWH de donde sale tanto Yahvé como Jehová) y llamaba, a la santa montaña de los judíos, el Monte Sinaí. Otro de estos conjuntos llamaba a Dios Elohim y a la montaña santa la llamaba el Monte Horeb. Un tercer conjunto reflejaba no algo de hacía mil años sino la vida en el reino de Judá durante el s. VII a.C. Por último, un cuarto conjunto era del tiempo del exilio y aún posterior. Al separar estos conjuntos, fueron surgiendo nuevos conocimientos.

El conjunto que llama YHWH a Dios se centra en Jerusalén porque exalta las instituciones identificadas con dicha ciudad como, por ejemplo, la figura del rey, del sumo sacerdote y del templo. Refleja, por tanto, el período en el que la nación judía no estaba dividida y se gobernaba desde Jerusalén. Los documentos que llaman Elohim a Dios reflejan los criterios de la región norte de la tierra de los judíos; tierra que se independizó de Jerusalén cuando la rebelión del general Jeroboam contra, Roboam, el recientemente coronado rey en Israel, que, según la Biblia, fue hijo de Salomón y nieto de David. Esta rebelión, acontecida alrededor del año 920 a.C, triunfó y dio lugar a un nuevo estado judío, el Reino del Norte o Israel propiamente dicho. Esta nueva nación tuvo su capital y centro litúrgico en la ciudad de Samaría y rastreó sus raíces hasta José, a quien llamaron el "hijo favorito" del patriarca Jacob y de Raquel, su esposa predilecta al que su padre había regalado, entre otras cosas, un manto multicolor. En esta narrativa "elohísta", el patriarca José siempre se yuxtapone a su hermano mayor Judá, figura ancestral dominante en la tradición "yahvista", entre el pueblo judío y cuya vida se centraba en Jerusalén. Judá era hijo de Jacob y Lía, la hermana mayor de Raquel. De acuerdo con esta historia, el matrimonio de Jacob y Lía fue

una trampa de Labán, el padre de las dos muchachas. Sólo mediante este primer matrimonio con Lía podía Jacob acceder a casarse con Raquel como segunda esposa. El texto describe a Lía con crueldad al presentarla como la esposa no amada y físicamente no agraciada: "de ojos saltones, como una vaca".

El documento "elohísta", a diferencia del "yahvista", se escribió, por tanto, para contrariar las pretensiones de la tribu de Judá de que su destino era regir sobre las diez tribus del norte, y para exaltar, además, la autonomía de éstas. Al servicio de este tema, el escritor elohísta fue tan lejos como para afirmar que Judá traicionó a su joven hermano José al venderlo como esclavo por veinte piezas de plata. Con el tiempo, sin embargo, se nos cuenta que José asume y perdona este acto de traición y salva a todos sus hermanos, incluido Judá, de la muerte por hambre, cosa que hizo llevándoselos a Egipto, donde permanecieron durante cuatro siglos. La estancia acabó por convertirse en esclavitud, y de ella, finalmente, los liberó Moisés, quien los guió hacia su "tierra prometida."

En la medida en que estos cuatro conjuntos de textos se consideraron como relatos distintos, escritos para reflejar tiempos históricos muy diferentes, los estudiosos empezaron a darse cuenta de que habían puesto en la picota el código y la creencia establecida acerca de los orígenes bíblicos. En conclusión, Moisés no escribió los cinco primeros libros de la Biblia y ni siquiera los escribió un único autor. Pese a que Jesús afirmara en los evangelios "habéis oído que Moisés os dijo", esto no era verdad. El Pentateuco era un conjunto de escritos que se habían mezclado y combinado en una historia única, a través de un período de 500 años de ensayos redaccionales. Los estudios bíblicos dieron así un enorme salto hacia la modernidad junto con otros estudios acerca de la antigüedad desarrollados durante el siglo XIX. Las antiguas proclamaciones, sostenidas tan tenazmente, por tanto tiempo y por tanta gente, se vieron sacudidas en sus cimientos. Había nacido la era de la indispensable erudición crítica sobre la Biblia, quizás el primer texto sagrada de dos religiones que se sometió a tal proceso. Volveremos sobre este resumen más adelante y examinaremos cada uno de los cuatro conjuntos de la Toráh con mucho más detalle. Hasta entonces.

— John Shelby Spong

4: LA HISTORIA DEL DOCUMENTO YAHVISTA

Hasta aquí, me he centrado en el modo en que fue tomando forma la Toráh, texto que contiene los materiales más antiguos de la Biblia. La Toráh, o "La Ley" o "Los Libros de Moisés", es el nombre judío para los primeros cinco libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Su formación literaria no fue tal como muchas personas aún creen en la actualidad que sucedió. Nadie, incluido Moisés, se sentó un día y empezó a escribir. De hecho, la Toráh se escribió durante un período de 500 años, y por una serie de autores. Muchas de las historias contenidas en esta parte de la Biblia fueron una combinación de mitos, cuentos populares y propaganda política, con sólo una pequeña porción de historia real (si es que la hay). Las historias iniciales, desde Adán y Eva hasta el Diluvio no tienen relación alguna con hechos reales sucedidos tal cual, aunque aún haya alguna gente loca que trata de encontrar el arca de Noé en el monte Ararat. La primera huella de historia real aparece en el relato de Abraham pero es muy tenue. Si esta huella fuera cierta, Abraham habría vivido alrededor de 900 años antes que su historia fuera escrita en el libro del Génesis (o, como ya dije, el equivalente a 45 generaciones antes). Moisés, el principal personaje de la historia judía, habría vivido 300 años (o 15 generaciones) antes de que las narraciones acerca de él se escribieran en el libro del Éxodo, y unos 700 años antes de que lo fueran en el del Deuteronomio. Esto significa que la mayoría de estas narraciones no son históricas en el sentido actual de la palabra, sino que son, más bien, folklore interpretativo. Hay que recalcar esto una y otra vez porque, pese a ello, es difícil conseguir que esta verdad se acepte dado que la mayor parte de la gente ha crecido bajo el peso de 2.000 años de "literalización" y esta inercia continúa influyendo en la actualidad.

En esta columna, quiero rastrear con algo más de detalle el comienzo del llamado "Documento Yahvista", que los eruditos consideran la parte más antigua de la Toráh y, por eso, la fuente más antigua de la historia bíblica. Escribir la historia de un pueblo, que es lo que la Toráh pretende hacer, es una actividad que normalmente comienza sólo cuando una nación se ha establecido con suficiente seguridad como para iniciar el proceso de mirarse a sí misma con alguna objetividad. Mientras los judíos huían de Egipto a través del desierto, o mientras invadían y conquistaban la tierra de los cananeos, había poco tiempo e interés en transformar lo vivido en una narración escrita. Además, en el mundo antiguo, eran muy pocos los que eran capaces de escribir, pues dicha habilidad la tenía menos del 1% de la población. Por eso, quien escribió esta primera parte de la Toráh debió ser algún miembro destacado del gobierno o de la clase sacerdotal. Escribir también requería considerable riqueza, o por lo menos acceso a ella, puesto que tanto los pliegos de cuero como la tinta eran extremadamente caros. De modo que podemos asumir que tanto la educación como la riqueza caracterizaban al autor de este material bíblico. Por consiguiente, tal persona reflejaría, inevitablemente, las actitudes y prejuicios de la clase dominante a la que él pertenecía; y, por último, si usó el pronombre masculino "él" no es por insensibilidad sino porque el hecho es que, en aquella época los privilegios, el estatus y la educación no habían llegado a las mujeres.

El Documento Yahvista se ha llamado así porque siempre que menciona a Dios lo llama Yahvéh (YHVH), nombre revelado a Moisés por él mismo en la escena de la "zarza ardiente", según el texto. En hebreo, estas consonantes se identifican con el verbo "ser" y se tradujeron, en el libro de Éxodo, como "Yo soy el que soy". Dado que el verbo "ser" es el verbo fundamental de cualquier lengua, parecía un nombre apropiado para la divinidad a la que se considera el fundamento de la identidad de la tribu. Cuando el conjunto del material Yahvista se separa del resto de la Toráh y de los otros conjuntos de materiales posteriores, de inmediato se hace visible su ambiente histórico.

La nación judía ya existía. Saúl, el primer rey, de la tribu de Benjamín, había sido incapaz de conservar su trono. La narrativa Yahvista describe a Saúl como un hombre melancólico y depresivo, que no pudo unir a las tribus de Israel. Cuando junto a él murieron todos sus hijos, excepto uno que estaba lisiado, en una batalla contra los filisteos en el Monte Gelboé, su trono lo reclamó su propio jefe militar, llamado David. David es claramente el personaje principal del autor del texto Yahvista. Este autor presenta a David como escogido por Dios, ungido por el profeta Samuel, destinado a ser rey de los judíos desde temprana edad, cuando de niño pastoreaba las ovejas de su padre, Jesé. Tal como suele ocurrir con los líderes populares, en torno a él se fueron acumulando relatos heroicos en la memoria del pueblo. Se contaba que, en su juventud, no sólo había matado a un león y a un oso sino que, finalmente, había terminado con Goliath, un gigante filisteo.

Cuando David reclamó el trono para sí, el Yahvista cuenta que inmediatamente ejecutó una serie de acciones políticas para dar solidez a su solicitud y ganar el apoyo popular. Ordenó un período de duelo nacional por la muerte de Saúl y de sus hijos, castigó a cualquiera que se alegrara de la caída de éste y planeó la conquista de Jerusalén, la ciudad de los jebuseos, para hacer de ella su propia capital. Si quería reunir a todas las tribus de Israel en una sola entidad política, necesitaba una ciudad neutral como símbolo de la nueva unidad a la que quería convocar a las tribus dispersas de su pueblo. Estas tácticas dieron resultado. Con su poder firmemente establecido dentro de su nación, David comenzó a expandir su reino militarmente. Así coronó la prueba final de un monarca: completar un reinado de 40 años, pasar el trono a su hijo Salomón y establecer así la continuidad de la nación con una familia real al frente. Uno de sus últimos actos, según esta narración, fue delegar en su hijo Salomón la tarea de edificar el Templo que haría de Jerusalén no sólo el centro político sino la capital espiritual del pueblo judío. Con estas tres instituciones establecidas (el trono de David, la ciudad de Jerusalén y el templo de Salomón, construido en la primera década del reinado de éste), ya había llegado el momento en que alguien incorporara a la nación la memoria de su propia constitución como tal: la corriente de la historia, la crónica nacional. Tal es el trasfondo en el que a un alguien de la corte, quizás un miembro de la misma familia real, o quizás un sacerdote relacionado con el Templo, o quizás alguien que reunía ambas condiciones, se le encargó, probablemente por el mismo rey, escribir la historia del pueblo hebreo.

Así es como nació el primer material de lo que luego fueron las "Sagradas Escrituras". La fecha de todo esto fue alrededor del 950 a.C. Salomón llevaba en el trono una década. El pueblo judío se había enriquecido con la afluencia de tributos por parte de los pueblos conquistados por David. Esta parte del Medio Oriente se hallaba entonces en paz. El templo, considerado como el lugar que Dios habitaba en la tierra, ya estaba terminado y la vida de la nación descansaba confiada y en paz

entre brazos de sus dos protectores: Dios y el rey. Era, pues, el momento de escribir la historia de los orígenes de aquella situación. Y así empezó el trabajo del Yahvista como escritor. Cuando la historia quedó terminada, la imagen de Israel, como pueblo elegido por Dios, estaba asegurada. Reforzaron la imagen de esta elección tres proclamaciones básicas: Dios había escogido a la casa de David, y por tanto a la tribu de Judá, para regir al pueblo elegido; la voluntad de Dios se expresaba por medio del templo en el que Dios vivía como presencia protectora; y el sumo sacerdote y el clero eran los encargados específicos de cuidar el orden de la vida cúllica de la nación como signo de la continua bendición de Dios.

Tan pronto como estuvo terminado este gran relato, y tal como ocurre con toda escritura sagrada, empezó a leerse como parte del culto de la comunidad congregada para la adoración en el templo. Así fue como esta narración alcanzó su estatus de autoridad como "verdad revelada por Dios". Un estatus ciertamente fomentado por los sacerdotes, a quienes venía muy bien este aura de santidad en torno a las palabras del relato y que también sirvió a los intereses de la familia real puesto que la llamada "Palabra de Dios" afirmaba su derecho a reinar como algo proveniente de Dios mismo. Por otra parte, así quedó establecido el rol de Jerusalén en la vida nacional como capital y símbolo de la unidad del pueblo, de manera que los poderes dispersos se unificaron y concentraron en ella. El pueblo judío, que hacía tan poco era aún un frágil tejido confederado, regido por jueces locales que realizaban la adoración en santuarios ubicados en Hebrón, Batsheba y Bethel, encontraba ahora su unidad en una nueva federación impuesta, nada menos, como expresión de la voluntad de Dios.

En un mundo en el que no había separación entre iglesia y estado (o entre religión y política) este primer texto que luego se convertiría en el primero de unas Escrituras mucho más complejas, fue, de hecho, algo muy político. Al contar la historia judía desde la Creación y desde Adán hasta Abraham, el autor unía el inicio universal de la historia humana con el amanecer de su propia historia nacional. Al relacionar las historias de Abraham, Isaac, Jacob y José, este texto estableció además, tanto legítima como moralmente, la autoproclamación judía de su derecho de propiedad sobre la tierra que habían de hecho conquistado. Al incorporar los antiguos santuarios de Hebrón, Batsheba y Bethel, este autor identificó las tradiciones religiosas del pasado con un nuevo centro en Jerusalén, concebido como su último y mayor sucesor. Al contar la historia anterior a la esclavitud en Egipto, reconstruyó la reputación nacional. En su mejor versión, este texto fue una admirable autopropaganda política y un intento poderoso y efectivo de definir el significado de ser judío como ser un miembro del "pueblo elegido".

¿Qué ocurriría si la nación judía se dividiera alguna vez a causa de una guerra civil? Dicha rebelión sería contraria a las Escrituras, al Templo y al Rey. Fue justo lo que ocurrió en algún momento entre el año 920 y la muerte de Salomón. Fue en ese momento cuando apareció el segundo conjunto de materiales que componen la actual Toráh. Pero esa historia la examinaremos en la siguiente entrega de esta serie.

– John Shelby Spong

5: EL DOCUMENTO ELOHÍSTA

La mayor parte de la gente parece no percatarse de que los eventos del mundo entorno influyeron fuertemente en la formación de la Escritura bíblica. Cundo lleguemos a la formación de los evangelios, resultará obvio que la guerra judía contra Roma, iniciada en Galilea el 66 d.C. y concluida en Masada el 73 d.C., modeló dramáticamente el contenido de los 4 evangelios. En el año 70 d.C, en medio de dicha guerra, Jerusalén cayó y la demarcación territorial propia de los judíos desapareció de los mapas hasta 1948 al aplicarse el plan de la Declaración Balfour de 1917. Leer los evangelios sin entender el contexto sociopolítico en el que se escribieron conduce a interpretaciones seriamente erróneas. Los catastróficos efectos de esta guerra con Roma modelaron no sólo los capítulos apocalípticos sobre el "fin del mundo" en Marcos, Mateo y Lucas, sino también el relato de la transfiguración de Jesús pues su sentido tiene que ver con la destrucción del templo de Jerusalén, ya consumada. Esta relación es un elemento entre los que nos permiten datar con tanta precisión la composición final de los evangelios.

Del mismo modo, una escisión a la fuerza del conjunto del pueblo judío, ocurrida en fecha conocida, determinó el desarrollo del segundo conjunto de material escrito que luego llegaría a ser parte de la Toráh tal como la conocemos. Esta secesión se produjo básicamente entre las tribus de José, instaladas en el norte del territorio, que pasaría a llamarse el Reino del Norte o de Israel, y la poderosa tribu sureña de Judá, de la que el Norte eligió separarse alrededor del año 920 a.C.

Esta secesión, sin embargo, tenía sus raíces en un momento histórico muy anterior. Algunos eruditos llegan a sugerir que el pueblo judío que huía de la esclavitud en Egipto, cosa que el libro del Éxodo describe profusamente, probablemente ya no era todo el pueblo judío sino sólo aquellos que más tarde se llamarían "las tribus de José". No se olvide que José fue la figura central del asentamiento de los judíos en Egipto, de acuerdo con el relato conocido. En el momento de su huída, dice el relato, la vida en Egipto había decaído porque había llegado al poder un faraón "que no conocía a José". Hacía 4 siglos que José había llegado a una posición de poder que sólo el Faraón superaba, según la memoria del pueblo. La Toráh dice que José había logrado el poder gracias a su capacidad de interpretar sueños y de predecir el futuro. Un sueño le habría advertido de un período de malas cosechas inminente, por lo que, durante los tiempos de bonanza, se abocó a la construcción de grandes silos para almacenar grano y alimentos y luego usarlos en los tiempos de carestía. Esto permitió la supervivencia del pueblo egipcio y su dominio de otros pueblos que pasaron a depender de ellos en los tiempos difíciles. Cuando los judíos se fueron de Egipto, según el libro de Éxodo, se llevaron consigo los huesos de José, para darles sepultura en el suelo de su hogar paterno. José es una figura que simboliza el pueblo esclavo que salió de Egipto.

Posteriormente, otros pueblos semíticos se juntaron a los que habían huido de Egipto y de la esclavitud, y engrosaron el ejército conquistador que derrotó a los cananeos. En defensa de esta reconstrucción de la conquista de Canaán bajo el mando unificador de Josué, los mismos eruditos ven evidencias en la Toráh misma. Según ésta, durante los años de travesía del desierto, se unieron, a los esclavos fugitivos, otros semitas nómadas. Ambos grupos hicieron causa común en un oasis llamado Kadesh y, desde entonces hubo comunidad étnica así como una herencia común, que se reflejó es sus tradiciones orales. Formaron una alianza política y empezaron a considerarse a sí mismos como un solo pueblo, unido pero organizado en una no muy estricta confederación. Su folklore mismo dejaba ver que, al tiempo que eran una comunidad étnica, siempre había entre ellos una diferencia entre dos grupos. Esta diferencia se explica, en el relato bíblico, mediante la idea de que el padre común, Jacob, había tenido dos esposas. Lía, la primera, la madre de Judá, el padre de quienes formaron la tribu que se asentó en el sur. Y Raquel, la segunda y la favorita, la madre de José, padre de quienes se instalaron en el norte. Por supuesto había también otras

tribus. De hecho se habla de 12, pero el resto tendía a ser satélite de una de las dos principales. El reino del norte recibió el nombre de Reino de las "10 tribus", en tanto que la pequeña tribu de Benjamín tendió a quedar asociada con Judá. Cada grupo era más una alianza que un pueblo unido. El libro de los Jueces cuenta esta fase de la historia. Sin embargo, la supervivencia les demandó posteriormente convertirse en una nación unida y poderosa y la forma de alcanzar esta meta fue tener un rey.

El primer rey de la unificación fue Saúl, miembro de la tribu de Benjamín. Sin embargo, no fue capaz de consolidar la necesaria unidad ni de pasar el trono a su descendencia. El segundo rey fue un oficial suyo, David, miembro de la tribu dominante de Judá. Sin embargo, los norteños descendientes de José recelaban del poder de Judá. David, dotado militar y políticamente, unificó el país y lo rigió durante 40 años, tras los cuales cedió el trono a su hijo Salomón quien, a su vez, reinó otros 40 años. Como ya dijimos, durante el reinado de Salomón se escribió el primer conjunto de material bíblico, el "Yahwista" que tenía una clara idea política detrás: exaltaba la casa real de David, la capital en Jerusalén y el Templo, que unificaba la vida religiosa de toda la nación, en la misma ciudad. La tesis del Yahwista era que estos centros de poder eran expresión de la voluntad de Dios y que rebelarse contra el rey, el sumo sacerdote o la ciudad de Jerusalén era rebelarse contra Dios.

No obstante, las tensiones entre los dos antiguos grupos crecieron durante el reino de Salomón, cuando los pueblos del norte sentían que los impuestos aumentaban sólo para proveer de riqueza a la gente de Jerusalén. A la muerte de Salomón, alrededor del 920 a.C., el trono pasó, según la usanza, a su hijo mayor, Roboham. Pero el pueblo del norte no estaba dispuesto a obedecer a Roboham si no se hacían algunos cambios y, bajo el liderazgo de uno de sus oficiales, Jeroboham, presentó una delegación en Jerusalén para negociar las diferencias con el nuevo rey. Las negociaciones no tuvieron éxito y, cuando se colapsaron, Roboham, el nuevo y presumiblemente impetuoso rey del sur, quiso sofocar la rebelión mediante la fuerza. Entonces, el pueblo del norte, liderado por Jeroboham, se organizó para la resistencia durante una guerra civil en la que, al final, ganaron su independencia. Hubo, pues dos estados judíos: el reino del norte, y su capital, Samaría, y el reino del sur con su capital de antes, Jerusalén.

La única narración por escrito con la que ambos grupos contaban era el documento Yahvista, que era tan favorable a las instituciones del sur que resultaba difícil de aceptar para las tribus del norte. Según dicha versión, los judíos del norte habían violado el poder de la casa de David, la residencia de Dios en la ciudad santa de Jerusalén, y la autoridad del sumo sacerdote; y todo ello lo habían hecho en contra de la voluntad Dios. El documento Yahvista condenaba todo lo que ellos defendían y lo hacía en el nombre de Dios, de modo que los judíos del norte pronto empezaron a sentir la necesidad de escribir una nueva versión de la "historia sagrada" del conjunto del pueblo judío. Nuevamente, el rey del reino del norte designó un historiador de su corte para escribir la historia y el resultado fue una segunda versión de la historia sagrada de los judíos.

Muchas diferencias hubo entre ambos documentos. En primer lugar, el nuevo redactor se refirió a Dios mediante un antiguo nombre cananeo, "El" o "Elohim", por lo que su trabajo se conoce como el "Documento Elohista". En segundo lugar, para este autor, fue José y no David el héroe. Esta idea subyace en la historia que presenta a José como el hijo favorito de Jacob, su padre. Es la razón por la cual aparece recibiendo de Jacob un manto multicolor. Raquel, la madre de José, se presenta como la esposa favorita de Jacob, en tanto Lía, la hermana mayor y madre de Judá, tiene "ojos como de vaca" y se casó mediante un engaño tendido por su padre Labán a Jacob. El "Elohista" (o documento E) presenta a Judá como el hermano malo que había vendido a José como esclavo. Quita importancia a Jerusalén, relativiza el templo y reabre y resantifica los antiguos santuarios del norte. Por último, rechaza el derecho divino de los reyes argumentando que el rey no fue elegido por Dios para gobernar al pueblo sino por el pueblo mismo que, por eso mismo puede revocarlo si no cumple su voluntad. Si el rey viola su confianza, el pueblo puede apartarlo de su cargo.

Esta fue la argumentación que materializó su derecho a la rebelión contra el rey Roboham. Sin embargo, a pesar de diferencias tan importantes como éstas, ambos textos comparten muchas narraciones. Alrededor de 850 a.C, la narración Elohísta ya estaba sustancialmente completa. Ahora había dos naciones, dos reyes, dos centros litúrgicos y dos historias sagradas que se leían en las ceremonias religiosas, y ambas eran "palabra de Dios". Las dos naciones combatieron entre sí en numerosas ocasiones sin llegar a vencer definitivamente una a la otra, y también se involucraron en diferentes alianzas con otros pueblos, a menudo enemigos entre sí. Cuando Asiría se convirtió en el mayor poder de Oriente Medio, el reino del norte se alió con Siria, en tanto que Judá se unió con Asiría aceptando ser un estado vasallo. Como consecuencia, en 721 a.C., los asirios conquistaron el reino del norte, exiliaron a la mayoría de sus habitantes hacia otros lugares y trajeron otras gentes para repoblar el territorio. Con el tiempo, estos extranjeros se casaron con los judíos que quedaron allí y su descendencia resultaron ser los "mestizos" samaritanos cuyo rechazo aún se refleja en los evangelios.

Tras de la derrota a manos de los asirios, algunos judíos del norte huyeron a refugiarse en el reino del sur y alguien llevó consigo una copia del documento Elohísta. Con los años, ambos relatos comenzaron a fusionarse en Jerusalén. La versión Yahvista tuvo prioridad pero la versión Elohísta y el punto de vista del derrotado reino del norte encontró la forma de combinarse con la dominante. Cerca del final del siglo octavo, ciertamente antes del año 690 a.C, la "historia sagrada" de los judíos era ya un documento mixto, Yahvista-Elohísta. Las Escrituras de los judíos había crecido. Después vendrían más adiciones y cambios, pero ésta que les he contado fue la segunda etapa de la formación de la Toráh tal como hoy todavía la conocemos. La etapa tres vendrá en la próxima entrega.

— John Shelby Spong

6: EL TERCER DOCUMENTO DE LA TORÁH

El quinto y último libro de la Toráh es el Deuteronomio. Su nombre resulta de la combinación de dos palabras griegas: "deutero-nomos", que significa "segunda ley". Así pues, este libro recoge la segunda donación de la ley y este nombre indica el origen del libro.

Pero empezaré con un rápido resumen de lo visto hasta ahora. Identificamos primero el conjunto narrativo más antiguo de la Biblia, la parte de la Toráh llamada "Yahvista", o documento "J", escrito a mediados del siglo X a.C y que cuenta la versión que prevalece en la tradición de los judíos. Se centra en el reino de Judá, en el Sur. Exalta los centros de poder ubicados en dicha parte del mundo judío: la casa real de David, que gobernaba por derecho divino; la capital, Jerusalén, considerada como el lugar donde cielo y tierra se unen; el templo, que es la verdadera morada de Dios; y el sumo sacerdote, es decir, la voz autorizada de Dios en la tierra. Fue la única historia sagrada conocida por los judíos hasta que una guerra civil, tras la muerte de Salomón, conllevó la separación de las diez tribus del norte, respecto del reino del sur, formado por la tribu de Judá y su satélite, la pequeña tribu de Benjamín. Esta secesión exitosa separó a los israelitas del norte de los centros de poder del judaísmo del sur. Por eso, los judíos del norte difícilmente podían seguir usando el texto Yahvista como su historia sagrada. Las palabras del texto los juzgaban como rebeldes contra Dios, contra el templo y la ciudad de Dios y contra los elegidos y ungidos por Dios para representarle: el rey y el sumo sacerdote. Con el tiempo, el nuevo país estableció su propia monarquía pero sobre una base diferente y más democrática. El rey, lo elegía el pueblo y, por tanto, era el pueblo quien podía retirarlo. Una nueva ciudad, Samaría, pasó a ser la capital, y los antiguos santuarios de Hebrón, Beersheba y Bethel tornaron a ser lugares de adoración y a competir con el templo de Jerusalén. Con el tiempo, las tribus del norte necesitaron escribir su propia versión de la historia sagrada y para ello designaron a un nuevo historiador, proveniente también de la corte. Como esta nueva historia nombraba Elohim a Dios, el nuevo documento se llamó Elohista o versión "E" de la historia sagrada de los hebreos. Los dos reinos vivieron como vecinos pero no siempre en paz. Hasta que los Asirios, en 721 a.C., derrotaron al reino del norte. Los asirios, entonces, desterraron a los habitantes del reino del norte a otras tierras y éstos desaparecieron sumidos en el ADN del Medio Oriente. Después de este desastre, alguien desconocido llevó una copia del documento Elohista a Jerusalén y, con el tiempo, las dos versiones se fundieron en un solo documento en el que, sin embargo, la tradición Yahvista, o documento "J", siguió prevaleciendo sobre la versión Elohista o documento "E". Esta versión combinada de J y E fue la escritura sagrada común del pueblo hebreo durante cerca de un siglo y hasta aquí llega lo que ya habíamos contado.

En 621 a.C, en el reino del sur, se produjo un creciente fervor por reformas religiosas, animado y modelado por un grupo de profetas entre los que seguramente estaba Jeremías. Estos profetas concentraban sus esperanzas en el joven rey Josías, que había heredado, con 8 años, el trono de su padre Amón, asesinado por sus siervos. A los ojos de los profetas, Josías fue un rey que "hizo lo justo ante el Señor y siguió los pasos de su antepasado, el rey David; no se desvió ni a izquierda ni a derecha" (2Reyes, 22:1-2). Quizás merecía este elogio por atender y apoyar la liturgia del templo. El caso es que, cuando llegó a cumplir 26 años, ordenó efectuar reformas y ampliaciones en el templo que seguro que había sufrido paulatinos deterioros y abandonos de parte de los reyes anteriores del linaje de David; los cuales es probable que, además, hubieran permitido muchas prácticas paganas en él. Esta restauración del templo de Josías fue jubilosamente acogida por las autoridades religiosas y por los profetas.

Durante esta restauración, sin embargo, ocurrió un hecho misterioso que iba a modelar, en adelante, la forma litúrgica del país. El libro de los Reyes nos dice, primero, que las reparaciones debían haberse hecho antes, con el dinero recolectado entre la gente a lo largo de los años, pero que este dinero, los predecesores de Josías no lo habían empleado en ello. Segundo, también se nos dice que se ordenó que no

era necesario rendir cuentas de los gastos porque: "se habían realizado con honestidad" (2 Reyes, 22:7). Luego, sucedió algo electrizante. Durante las obras, escondido quizá detrás de algún estuco que habían removido, los trabajadores encontraron un libro, es decir, un rollo de pergamino que pretendía ser "un libro de la Ley" o de la Toráh desconocido hasta entonces. El libro aseguraba, además, haber sido escrito por el propio Moisés, fallecido 600 años antes. Descubierto por Hilkia, el sumo sacerdote, fue enviado al rey por mediación de un hombre llamado Shaphan, "el secretario de la casa del Señor", y se leyó el libro al rey.

Al oír lo que contaba el libro, el relato dice que el rey Josías rasgó sus vestiduras en un acto de pública penitencia porque era obvio que sus antecesores no habían obedecido la "palabra de Dios" que había en el libro. Luego, una profetisa llamada Hulda declaró (con el más solemne de los tonos, estoy seguro) que a menos que los mandamientos de aquel libro fueran obedecidos, Dios enviaría "un desastre sobre esta tierra y sus habitantes", y añadió que, puesto que el rey Josías había respondido con penitencia y "se había humillado delante de Señor" rasgando sus vestiduras y llorado públicamente, mientras él fuera rey estos terribles castigos no se producirían.

Entonces, Josías, potenciado por la palabra de Dios contenida en el libro recientemente descubierto, que pretendía contener las palabras de Moisés, y de acuerdo con las palabras de la profetisa Hulda, que aseguraba la promesa de Dios de contener éste su ira mientras él viviera, consideró que tenía autoridad para actuar. Las palabras del nuevo libro se leyeron entonces a todo el pueblo y se selló un nuevo pacto acorde con los valores del libro, el cual, en adelante, sería el que gobernaría la vida de la colectividad. A raíz de esto, hubo una gran reforma en las prácticas litúrgicas del templo y en Judá. Los reformadores retiraron los pedestales de otras deidades que no fueran Yahvéh. Se destituyó a todos los sacerdotes idólatras y se cerraron y se demolieron todas las casas de los prostíbulos masculinos del templo, asociados a los ritos de fertilidad del dios conocido como Baal. Se destruyeron asimismo todos los santuarios religiosos sospechosos de celebrar liturgias paganas y se suprimieron todos los médiums, videntes y lectores de fortuna. Josías incluso se aventuró a entrar en los territorios del que fuera reino del norte y destruyó los santuarios rivales de Samaría y de Bethel. La reforma impuso que la Pascua se celebrara sólo en Jerusalén, donde la pureza formal de la fiesta se pudiera garantizar. Y los profetas de Yahvéh dijeron del rey Josías que "no había habido otro rey, antes de él, que se convirtiera al Señor con todo su corazón, con toda su alma y con toda su fuerza, conforme a la Ley de Moisés; ni que después de él naciera otro igual" (2 Reyes, 23:25)

El propósito de la liturgia es siempre agradar a la divinidad y así ganar divina bendición y protección. Tal fue sin duda la esperanza de quienes orquestaron toda esta reforma entusiasta. Con toda probabilidad fueron ellos mismos quienes escribieron, escondieron y "descubrieron" el nuevo libro cuyo texto decía de sí mismo tener a Moisés por autor. Y también fueron ellos quienes después organizaron y pusieron en marcha la campaña que consiguió la adopción y el reconocimiento del nuevo texto por todos. Se desconoce el nombre de estos reformadores aunque parece bastante claro que Jeremías fue uno de ellos. Simplemente los conocemos como los "redactores deuteronomistas". Bajo su liderazgo, se incorporó el libro del Deuteronomio, o de "la segunda entrega de la Ley", a la historia sagrada existente, es decir, la versión Yahvista-Elohísta. Sólo después se editó toda la historia sagrada en una nueva narración que pasó a conocerse como versión Yahvista-Elohísta-Deuteronomista de las Escrituras. Ya estaba pues en su sitio el tercer grupo de materiales de lo que un día sería la Toráh final.

Sin embargo, si volvemos a los hechos, no se cumplió la gran esperanza de que Dios los protegería si lo adoraban apropiadamente. Las tensiones y tiempos recios que padecía la tierra de Judá no sólo continuaron sino que se intensificaron. El libro de los Reyes (ver: 2 Reyes, 23:26) dice que, a pesar de aquellas grandes reformas, "Yahvéh no desistió en el ardor de su ira contra Judá". Persistió la advertencia divina de que así como Israel (el reino del norte) fue expulsado de la faz de la tierra, así también Judá (el reino del sur) sería expulsado, aunque no en vida de Josías. Unos pocos y fugaces años después, Josías

murió en el campo de batalla de Meggido frente al Faraón Necko, que se enfrentaba a los asirios, aliados de Josías. Su muerte fue tan devastadora para los judíos, que Meggido pasó a ser el lugar de la última batalla antes del fin del mundo. Armagedón es el nombre moderno de Meggido. El diluvio anunciado por los profetas para después de la muerte del rey Josías empezó a caer a partir de entonces sobre el pueblo judío. Su forma fue la derrota, la devastación y el exilio en Babilonia durante tres generaciones aproximadamente. En este período de desesperación fue cuando se comenzó a escribir el cuarto y último conjunto de materiales de la Toráh definitiva. Otra vez los antiguos argumentos se escribieron a la luz de las nuevas circunstancias de Judá. Volveremos a hablar de esto en la continuación de la serie.

— John Shelby Spong

7: EL ÚLTIMO MATERIAL DE LA TORÁH, LA REVISIÓN SACERDOTAL (1ª PARTE)

Las Columnas anteriores nos han ido mostrando cómo influyeron los acontecimientos externos, más que otra cosa, en el contenido de los escritos que un día serían las Sagradas Escrituras de los hebreos. Esto no debería sorprendernos, puesto que todos los libros los escriben personas que viven en un contexto espacio-temporal determinado. Esta idea sólo puede perturbar a quienes les atribuyen un origen o una fuente directamente sobrenatural, como si Dios fuera un autor más en la literatura universal. Pero no hay ningún argumento empírico y racional que establezca el origen divino inmediato de libros como la Biblia o como el Corán.

Como ya hemos seguido el rastro de la conexión entre contexto y texto en las tres primeras etapas del desarrollo de la Toráh, iniciaremos ahora el estudio de la cuarta y última etapa. Sin embargo, antes haremos un repaso.

Ya vimos que el documento más antiguo de la Biblia procedía del siglo X antes de nuestra era, de la entonces dominante tribu de Judá, y que dicho documento dependía de los símbolos de poder de aquella porción del mundo judío: de la ciudad de Jerusalén, sede del linaje real de David, del templo y del sumo sacerdote. Escrito probablemente durante el reinado de Salomón, su personaje principal es sin duda el rey David. Lo llamamos documento "J" porque él siempre llama a Dios: JHWH.

El segundo conjunto de la Toráh se escribió en el siglo IX, en el reino del norte, tras su exitosa revolución secesionista que lo separó de Judá y le permitió fundar un nuevo estado. El reino del norte, que se llamó a sí mismo Israel, fue más democrático, lo cual no es ninguna sorpresa. El poder residía en el pueblo, que podía elegir y derrocar a sus gobernantes. Esta versión llama a Dios Elohim y por eso se conoce como Documento "E". En él, el personaje central es José, el hijo predilecto del patriarca Jacob. En el año 721, a.C, los asirios derrotaron a este reino del norte, y la política de dominio asiria hizo dispersar a los habitantes de Israel por toda la extensión de su imperio, de forma que el ADN israelita se diluyó por todo el Oriente Medio. Por eso se habla de "las 10 tribus perdidas de Israel." Algunos supervivientes, sin embargo, consiguieron huir a Jerusalén y llevaron consigo copia del documento "E". Con el tiempo, este material se fundió con el documento "J" y se formó la versión "J-E", que fue, durante un siglo, la escritura sagrada de los judíos.

En el 621, a.C. un "nuevo libro de Moisés" se "descubrió" escondido entre las murallas del templo. Se le llamó "Deuteronomio" (o segunda Ley) y, bajo su influencia, se desarrolló una masiva reforma de la liturgia del templo. Cabe sospechar que el profeta Jeremías fue parte del grupo reformador que escribió, escondió y descubrió el Deuteronomio. Cuando éste se incorporó a la versión "J-E", los escritores deuteronomistas modificaron también el conjunto y dejaron su huella en toda la historia de Israel. El conjunto "J-E-D" pasó a ser la nueva versión de las sagradas escrituras hebreas. Pero sólo por un breve período, hasta que estalló la peor tragedia para Judá. Esta tragedia comenzó en el 609 a.C, cuando el Faraón Necho atacó a sus enemigos, los asirios, en

las llanuras de Meggido. Josías, rey de Judá y cabeza de las reformas deuteronomistas era aliado de los Asirios y por eso salió al paso del egipcio invasor pero fue mortalmente herido en la batalla. La muerte de Josías, el rey más popular después de David, sembró la desesperación y el miedo porque los Babilonios, al mando de Nabucodonosor, derrotaron al ejército asirio, destruyeron Nínive, su capital, y pasaron a ser el poder dominante en la región.

En efecto, Nabucodonosor consolidó su poder y se lanzó a una campaña de conquista y expansión durante los primeros años del siglo VI a.C. En el 589, de camino hacia el norte, conquistó todo lo que encontraba a su paso y llegó ante los muros de Jerusalén. Jerusalén era fácil de defender dada su posición sobre un monte con rasgos de fortaleza y dado que poseía una fuente interna de agua limpia. Ningún ejército extranjero la había conquistado desde hacía 400 años. La estrategia judía habitual era guarecerse dentro de la fortaleza, donde siempre había provisiones suficientes para hacer frente a un eventual asedio prolongado. Normalmente, el enemigo se desalentaba y negociaba y Judá quedaba libre aunque más pobre. Jerusalén contaba, pues, con el aura de ser invencible, y los judíos afirmaban que Dios nunca permitiría que fuera conquistada o destruida su residencia en la tierra. Sin embargo, los babilonios fueron más persistentes que todos los demás, mantuvieron el sitio por dos años y, durante ese tiempo, las armas y los alimentos de los defensores se agotaron. Las rocas y las lanzas eran irrecuperables. Al final, las murallas se quebraron y el ejército babilonio entró en la ciudad y destruyó todo a su paso, incluso arrasó el templo, la casa de Dios.

Los vencedores prepararon la deportación a Babilonia o a otros lugares del imperio. Empezaba para los judíos el período del "cautiverio". Sólo los más viejos y los más débiles se quedarían, bajo Zedequías, rey de la casa de David pero títere del nuevo poder. Fue el tiempo más oscuro del pueblo judío hasta el holocausto del siglo XX. Los exilados dejaron atrás todo lo que conocían. Jamás volverían a ver la tierra sagrada de Judá. Expulsados de su templo, con sus fiestas y liturgias sagradas, que habían dado un sentido y un orden y propósito a sus vidas, asumieron que esta expulsión era también una expulsión lejos de Dios. Según el salmo 137, los cautivos fueron objeto de burla por parte de sus captores tal como reflejan estas palabras lastimeras: "Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sión. De los álamos de la orilla colgaban nuestras cítaras. Nuestros captores nos pedían cánticos, nuestros raptos, alegría: "Cantadnos un canto de Sión", nos decían" pero, "¿cómo podríamos cantar un canto de Yahveh en una tierra extraña?" Su destino era vivir como esclavos o como perpetuos desarraigados en tierras donde el nombre de Yahvé nunca más podría pronunciarse en público. Y él no escucharía sus súplicas.

Sin embargo, su crisis espiritual era todavía más profunda. En aquellos tiempos antiguos, la derrota de una nación era también la derrota de su Dios. Su Dios había sido impotente ante los dioses babilonios. Su Dios había sido destruido. Si iban a continuar siendo creyentes, tendrían que ser (según una expresión que yo he utilizado, 2600 años después, para describir la situación actual de muchos cristianos respecto de sus iglesias) "creyentes en el exilio". En aquel entonces, los judíos deportados estaban separados de todo aquello en lo que habían basado su comprensión de Dios. Fue una crisis de terribles proporciones en la que o bien su Dios desaparecería o bien se fortalecería. No había otra alternativa. La mayoría de los más ancianos no sobreviviría a semejante prueba. Tal había sido ya el destino de las gentes del reino del norte. En sólo dos o tres

generaciones habían perdido su identidad y la población circundante lo había absorbido, de manera que se habían convertido en lo que hoy llamamos "las diez tribus perdidas de Israel". Por consiguiente, su única esperanza de supervivencia residía en su habilidad para permanecer distintos y separados de sus vecinos, e impedir así el proceso de asimilación. Los judíos del reino del Sur vivían ahora con una última esperanza: que algún día, en un futuro indescifrable, sus descendientes, si es que aún permanecían cohesionados y se reconocían a sí mismos como judíos, pudieran regresar a su patria y reconstruir Jerusalén y su sociedad. Esta esperanza se convirtió en su sueño y en un último reducto de valor en torno al cual vivieron en el cautiverio.

Entre quienes partieron hacia el exilio había un hombre al que conocemos como Ezequiel, que era sacerdote junto con otros. Casi inevitablemente, Ezequiel y sus compañeros fueron los líderes de todos los exiliados, y su objetivo fue levantar y mantener vivas, en las conciencias, las virtudes idóneas para permanecer separados de los babilonios y conseguir que sus descendientes se adhirieran al sueño y al empeño tribal de regresar un día a su tierra de origen.

Al servicio de este sueño, estos líderes sacerdotales seleccionaron tres puntos de referencia esenciales del judaísmo e intentaron grabarlos profundamente en el espíritu de su pueblo para mantenerlo cohesionado en medio de todos los habitantes de Babilonia. En primer lugar, reintrodujeron el Sabbath y lo convirtieron en signo de identidad. A partir de entonces, los judíos fueron esa gente extraña que se niega a trabajar el séptimo día. Esta práctica, que se hizo costumbre, desbarataba los equipos de trabajo y causaba frustración y enojo entre los babilonios, pero sirvió para identificar a los judíos como "diferentes". En segundo lugar, estos sacerdotes y líderes presionaron para que su gente adoptara las leyes de la alimentación "kosher". Esto implicó la clausura de toda comunicación social mediada por la alimentación, con quienes no eran judíos. Como los judíos no podían comer con los no-judíos, había poca posibilidad de desarrollar relaciones cercanas con ellos dado que estas relaciones se desarrollan básicamente en los actos de comida en común. En tercer lugar, los líderes sacerdotales recuperaron la práctica de la circuncisión como rasgo distintivo del judaísmo, de esta suerte marcaron el cuerpo de todo varón judío durante la pubertad. Esto imposibilitaba esconder el propio ser judío, lo cual servía, además, para entorpecer el matrimonio con otras etnias.

En conjunto, el plan funcionó y los judíos fueron un pueblo separado del resto. Todas aquellas prácticas pasaron a considerarse mandatos divinos y signos de la elección. Como consecuencia, Ezequiel y los otros líderes sacerdotales decidieron que la historia sagrada de su pueblo debía revisarse para incluir estos mandamientos, que eran parte de la vida y de práctica judía de entonces, en el mismo comienzo de la historia tal como ellos la contaban, es decir, desde un punto de vista judío. Con este fin emprendieron entonces una revisión editorial todavía mayor que la que había supuesto unir las tres versiones anteriores en una sola: la historia J+E+D. El cuarto conjunto se llamó el documento sacerdotal o documento "P" ⁽¹⁾. Dedicaremos la próxima entrega a su contenido.

— John Shelby Spong

¹ Sacerdote es *priester*, *priest*, *prêtre*, en alemán, inglés y francés, lenguas en las que se publicaron los estudios críticos más importantes del siglo XIX.

8. REVISIÓN SACERDOTAL DE LA HISTORIA SAGRADA JUDÍA (2ª PARTE)

Tras la primera ola de judíos que, en el 596 a.C., partieron hacia el exilio y Babilonia, hubo una segunda partida en el año 586, después de que los babilonios sofocaran un alzamiento en el que exterminaron a toda la estirpe regia descendiente de David. Ambos grupos de cautivos llevaron consigo su historia sagrada, es decir, la fusión del documento Yahvista, procedente de Judá, con el Elohísta, procedente del reino separado del norte, y con el Deuteronomio y las revisiones deuteronomicas de todo el conjunto, realizadas probablemente por Jeremías y los escritores deuteronomistas, con el apoyo del rey Josías.

Cuando los judíos terminaron el cautiverio babilónico y regresaron, cosa que hicieron también por oleadas entre 50 y 150 años más tarde, un conjunto de sacerdotes escritores, uno de los cuales probablemente fue el profeta Ezequiel, había reescrito el texto de la historia sagrada judía por completo y lo había ampliado enormemente. Entonces, dicha historia reflejaba dos cosas más: primero, la lucha de los judíos por su supervivencia como pueblo, cosa que lograron radicalizando el aislamiento respecto de sus captores, y, segundo, una comprensión más profunda de su misión en la tierra, como pueblo: su misión era restaurar su país, reconstruir su capital, Jerusalén, y reinstaurar una vida ordenada por la oración y centrada, como antes, en el Templo.

Conforme a esta misión, el propósito declarado de los escritores sacerdotales fue crear un sentido profundo del ser judío, de modo que su identidad nunca volviera a peligrar otra vez ni individual ni colectivamente. Esto implicaba afirmar que sus Escrituras eran sagradas, que eran de hecho la Ley absoluta de Dios, que contenían la voluntad de Dios y que su obediencia a la Toráh debía ser completa y total. Los escritores sacerdotales, en consecuencia, modificaron los textos judíos para mostrar que la historia de los antepasados ya incluía los mandamientos acerca de la observancia del Sabbath, de la alimentación kosher y de la circuncisión para todos los varones. Además, estos escritores incorporaron a la Toráh toda clase de reglas para todos los aspectos de la vida común. Fue una obra literaria monumental, pero la hicieron.

El segmento inicial de la Toráh se reescribió de forma que reflejara el mandato divino de que todos los judíos respetaran el Sabbath. Tal fue el objetivo de una nueva historia de la creación en Génesis 1, basada en la redacción babilónica en la que Dios creaba el mundo en un número fijo de días: 6 días en concreto; de modo que Dios mismo descansó el séptimo día, y así estableció el patrón a seguir por todos. La narración partía de la idea de que el espíritu de Dios había sobrevolado el caos y la oscuridad, y su luz había arrinconado a las tinieblas ya en el primer día. En el segundo, Dios hizo el firmamento, llamado "cielo", para separar las aguas de sobre la tierra, respecto de las que caen en forma de lluvia. Al tercer día, Dios juntó las aguas de la tierra en un solo sitio al que llamó "mar", y la separó de la parte seca a la que llamó "tierra". Esto permitió que la tierra produjera pastos, hierbas, árboles frutales y vegetales que serían alimento de los seres vivos tan pronto como éstos aparecieran. El cuarto día, Dios creó el sol para iluminar la tierra durante día, y la luna para iluminarla durante la noche, y dividió el día de la noche y creó además las estaciones y los años. También hizo las estrellas ese mismo día. En el quinto día, creó los peces

y las aves, a los que ordenó llenar los mares y los aires. En el sexto día, Dios hizo las bestias de los campos y todo lo que "se arrastra sobre la tierra" hasta, por último, ese mismo día, hizo al hombre y a la mujer, juntos, a la vez, siendo ambos imagen y semejanza suya. Luego, les ordenó crecer, multiplicarse y llenar la tierra. Aquello concluyó la obra de la creación, que Dios declaró terminada y buena de suerte que, el séptimo día, Dios descansó e instituyó el Sabbath como el día del reposo; y lo bendijo, lo declaró santo y ordenó observarlo a todas las generaciones del pueblo como un deber sagrado. El propósito, pues, de los escritores sacerdotales, al escribir esta historia durante el exilio, no fue informar y enseñar cómo había sido la creación sino convertir la observancia del Sabbath en la marca divina, distintiva del pueblo. Fue el primer acto de su campaña para remodelar la historia de los judíos y contribuir así a su meta principal: lograr la supervivencia del grupo humano que aún formaban.

Cuando entendemos el fin principal de esta historia segunda de la creación (puesta, sin embargo, al comienzo), comprendemos mejor los otros cambios de los escritores sacerdotales. También insertaron nuevos detalles para reforzar el Sabbath en otras historias. Por ejemplo, en la historia del maná enviado por Dios a los israelitas que caminaban hambrientos por el desierto durante su viaje, desde la esclavitud en Egipto, a lo que ellos creían era su Tierra Prometida. El maná del cielo descendía sólo 6 días a la semana, de modo que ni Dios trabajaba el día del descanso, ni siquiera para evitar que muriera su pueblo; y lo mismo debía hacer la gente durante la recolección. Los escritores sacerdotales también añadieron, por ejemplo, un mandamiento específico de observancia del Sabbath dentro de los diez dados por Dios a Moisés en el monte Sinaí. La razón más antigua del Sabbath era que los judíos recordaban que, cuando aún eran esclavos en Egipto, tenían derecho a un día de reposo (ver: Deut. 5). Este derecho no tenía nada que ver con la historia de la creación, que entonces aún no se había escrito y que por tanto no sabían los antiguos. Sin embargo, en adelante, el mandamiento añadido justificaría la estricta observancia del Sabbath.

El objetivo de los escritores sacerdotales y de su revisión editorial fue insertar cada una de las marcas distintivas del judaísmo en las narraciones más antiguas del pueblo, así podrían atribuirse todas a Moisés. Las leyes de alimentación kosher se incorporaron al Levítico como mandato de Dios dado a Moisés. La circuncisión se incorporó a las historias de Abraham y de Moisés como una orden de Dios. Los ritos de la liturgia judía se consignaron con gran profusión de detalles adaptados al estatuto de los exiliados, que así pudieron observarlos durante el cautiverio. Las sinagogas, como centros locales de adoctrinamiento, se instituyeron como compensación del templo destruido. Incluso la historia de Noé se adaptó a los fines sacerdotales pues Noé pudo reunir un número suficiente de animales para los sacrificios rituales a los que estaba obligado, de este modo no hubo riesgo de que las especies continuaran dado que sólo había una pareja en el Arca.

El proceso de revisión sacerdotal duró unos 200 años y no fue obra de un solo autor ni de unos pocos de una sola generación. Al final marcó la identidad del pueblo judío de forma indeleble. La Toráh fue, a partir de entonces, la mezcla de cuatro tradiciones: fue Yahwista-Elohista-Deuteronomista-Sacerdotal y su extensión se duplicó. Grandes fragmentos nuevos se añadieron, fundamentalmente para dirigir la liturgia y la conducta. Las adiciones sacerdotales incluyen casi toda la segunda parte del libro del Éxodo, a partir de la historia del Sinaí en el capítulo 20; todo el Levítico y partes muy significativas de los Números; así como innumerables modificaciones a lo

largo de todo el conjunto. Probablemente, la forma final se logró en el siglo IV aC. Una narración del libro de Nehemías (cap. 8) cuenta que un grupo de judíos, ya de vuelta del exilio y una vez reconstruido el templo de Jerusalén, se reunieron ante "la Puerta del Agua" cuando mandaba Nehemías como gobernador, y entonces Esdras, en calidad de sacerdote, presentó a Nehemías "el libro de la Ley de Moisés" y procedió a leerlo entero ante todos ellos. La lectura fue el primer día del séptimo mes del año judío, es decir, justo el día del Año nuevo o Rosh Hashanah, y el pueblo quedó obligado así por la Ley. Esdras leyó ese día, con toda probabilidad, la sustancia de la Toráh, es decir, los cinco primeros libros de la Biblia.

Pronto, dos consecuencias resultaron de este nuevo texto de la Ley. Primero, la antigua gran pasión, con la que los judíos se habían mantenido separados de los gentiles a fin de sobrevivir como pueblo durante el exilio, se tradujo, tras su retorno a su tierra, en una pasión igual de grande por preservar su pureza étnica. Las genealogías se atesoraron y recordaron pues así la gente podía demostrar su linaje de sangre pura y probar su impecable herencia. Esto provocó purgas en contra de esposos, mujeres e hijos que no podían demostrar su pureza judía; y también afianzó el prejuicio y la idea, vigente aún en tiempos del Nuevo Testamento, de que los gentiles eran todos impuros por definición y que ellos, los judíos, debían evitarlos por esta razón.

Esta consecuencia fue, por ejemplo, el origen de los violentos prejuicios de los judíos contra los samaritanos pues éstos eran descendientes de los que, deportados a su vez de otros sitios, habían repoblado a la fuerza el reino del norte, tras el exilio de los judíos del norte a Babilonia, y se habían casado y mezclado con los pocos judíos dejados atrás por el invasor. No sólo el judaísmo de los samaritanos estaba contaminado sino también su religión, que estaba corrompida por aquellos elementos foráneos y paganos. Estos prejuicios tan profundos, justificados, además, por muchas citas de la "palabra de Dios" contenida en la ley de Moisés, los judíos los tenían contra los gentiles impuros y contra los samaritanos herejes, y alcanzaban tal nivel de intensidad que dieron lugar a la aparición de algunos textos críticos y de protesta ante semejantes prejuicios. Tal fue el caso de libros como el de Jonás y como el de Rut, que, de algún modo, terminaron por sumarse a las Escrituras judías. El libro de Jonás supo presentar y argumentar la preocupación de Dios por los gentiles; y el libro de Rut venía a afirmar que ni el mismo rey David hubiera pasado el examen de pureza racial si se lo hubieran hecho.

El segundo resultado del período sacerdotal fue la elevación de la Toráh al estatuto de "sancta sanctorum" del conjunto de las Escrituras. Y esto condujo a la rigurosa lectura completa de la Ley, durante los Sabbath de cada año, en las comunidades más estrictas, así como a la lectura repartida en tres años, en las comunidades menos exigentes. Sin embargo, decimos que la esencia del judaísmo está en "la Ley y los Profetas". La Toráh es la Ley. Continuaremos esta serie examinando quiénes fueron los Profetas.

– John Shelby Spong

9: JOSUÉ Y JUECES – TRANSICIÓN ENTRE LA LEY Y LOS PROFETAS

En esta historia de la Biblia y sus orígenes, inevitablemente habrá momentos de transición. No son la parte más excitante de la historia pero son esenciales cuando se quiere conocer el tema por completo. Es lo que nos ocurrirá en este capítulo. Esta semana haremos la transición desde la Torah hacia los Profetas. Pero recordemos antes la situación. Hasta aquí hemos examinado el desarrollo de la Torah o Pentateuco (cinco libros). Aunque este conjunto se conozca como "el libro de Moisés", los estudiosos niegan hoy esta autoría por tres razones bastante obvias: 1) Moisés murió unos 300 años antes de que se escribiera el versículo más antiguo de la Torah, de modo que no pudo escribirlo; 2) La Torah habla de la muerte de Moisés y sus exequias (Deut. cap. 34), cosa que es difícil que él mismo pudiera contar; y 3) el análisis de la Torah indica, además, que su texto es la combinación de al menos 4 documentos distintos que, como ya vimos, se escribieron durante unos 500 años, entre 950 y 450 aC. Estudios recientes han desestimado por tanto, definitivamente, una de las creencias todavía emblemáticas del literalismo bíblico, cuya crítica costó cara a algunos investigadores a comienzos del siglo XX.

La tradición judía se edificó sobre dos torres: la Ley y los Profetas. Moisés es el rostro que simboliza la Ley y su nombre es sinónimo de ella. Los profetas, en cambio, no se identifican con ningún nombre, aunque se designe a Elías, a mi juicio erróneamente, como el iniciador del movimiento profético. Elías vivió en el siglo IX aC., cuando el pueblo judío estaba ya dividido en dos reinos rivales: el del norte, con su capital en Samaría, y el de Judá con su capital en Jerusalén. Elías fue del reino del norte.

La Torah cubre el tiempo que va desde la Creación hasta la víspera de entrar los israelitas en "la tierra prometida". El Éxodo y la conquista de Canaán se ubican entre 1250 y 1200 aC. En cambio, el movimiento profético aparece en tiempos del rey David pero su apogeo no llega hasta el siglo VIII aC. De modo que hay unos vacíos considerables entre la Torah y los Profetas. Durante estos huecos, hubo además una guerra civil que partió el país. Luego, el reino del Norte duró hasta el año 721 aC, cuando los asirios lo destruyeron, y el reino de Judá, hasta el 586 aC, cuando los babilonios arrasaron Jerusalén y deportaron a la gente al exilio. Estas historias están en los libros que van desde Jueces hasta Reyes II, que son en los que ahora nos centraremos y a los que algunos llaman "profetas anteriores", antes de llegar a los cuatro grandes y a los doce menores. Son libros que no nos relatan una historia real, tal como entendemos nosotros la historia; son, más bien, colecciones de relatos populares, historias de héroes y de propaganda nacional, pero nos proveerán de información acerca del carácter y del temperamento peculiar del judaísmo. Examinaremos primero los libros de Josué y de los Jueces.

Todavía se debate mucho acerca de la historicidad de Josué. Los historiadores se preguntan si la conquista de Canaán se realizó en un sólo enfrentamiento militar que se saldó con victoria de los judíos, como sugiere la Biblia, o si la conquista ocurrió a lo largo de varios siglos, en forma de sucesivas bandas semíticas que a modo de saqueo se fueron instalando en aquellas tierras y sólo posteriormente se fusionaron las historias en una versión aparentemente consistente. Lo que se

cuenta en el libro es que Josué fue el sucesor de Moisés y que perteneció a la tribu de Efraím, es decir, una de las dos tribus descendientes de José y que formarían el reino de Norte. Historias claves de Josué son repetición de otras anteriores de Moisés, como la separación ahora de las aguas del Jordán para que el pueblo pudiera atravesarlo a pie enjuto camino de conquistar Jericó. Por otra parte, aunque la conquista de Canaán parece total, luego los relatos no lo confirman pues muestran a judíos y cananitas viviendo juntos y celebrando matrimonios entre sí mucho tiempo después de Josué. El libro de Josué sólo contiene tres campañas de importancia: la batalla de Jericó, narrada con gran detalle, la batalla contra los reyes del sur y la batalla contra los reyes del norte, ambas menos detalladas. Nos haríamos una idea más real de estas batallas, si leyésemos el término de "reyes" como si fueran algo así como alcaldes de sus respectivas villas. Tras estas campañas, el texto viene a decir que el pueblo se organizó en forma de algo así como una confederación liderada por los jueces locales.

El período de los jueces produjo cuentos populares, relatos de héroes y mitos muy destacables. La gente sólo está familiarizada con la narración de Sansón, el hombre fuerte por antonomasia y su dramática derrota a manos de su amante, Dalila. Hay otras historias parecidas en el libro de los Jueces. Está la historia de Yael, por ejemplo (Ju. 4, 17 y ss.), a quien acude por azar el enemigo número uno de su pueblo, un general cananita llamado Sísara que huye y quiere esconderse y cree que la mujer no le hará nada. Luego de darle Yael un vaso de leche, Sísara queda dormido y escondido bajo una tela, pero ella le clava una estaca por la sien con un mazo, y lo sujeta así al suelo, antes de entregarlo (¡!). Está la historia de Jefté que, con tal de conseguir la victoria, se apresura a jurar sacrificar lo primero que venga a felicitarlo al regreso de su campaña y resulta ser que no es su perro sino su propia hija. También está la historia de Ehúd, el juez zurdo que clavó su espada tan profundamente en el estómago de Eglón, el rey gordísimo de Moab, que su mano se hundió entre las vísceras y la grasa. Quizás la historia más tremenda de toda la Biblia sea la de Jueces 19 (que recuerda la de Lot en Génesis 19, 1-11); es la del levita que viaja a Jerusalén con su concubina y hace noche en Guibeá donde, para salvarse a sí mismo del abuso de los vecinos que le quieren abordar en casa de un anciano que le ha acogido, y que quiere entregar a su propia hija por respeto a la ley de hospitalidad, entrega él a su concubina para que abusen de ella y, cuando éstos arrojan su cuerpo inconsciente en el pórtico de la casa, él, al verla muerta, la lleva a su pueblo y procede a descuartizarla en doce partes que envía a cada una de las tribus de Israel para llamar a la venganza y a las armas. En fin, no son precisamente estas historias del libro de los Jueces las que se leen en las iglesias, donde luego se proclama, sin saber lo que se dice muchas veces: "¡Esto es palabra de Dios!"

Este período de la historia judía, en el que los jueces locales eran los verdaderos gobernantes, puede entenderse si se compara con un período análogo de nuestra historia, cuando nuestra nación vivía bajo la forma de una confederación no muy bien estructurada, de estados con poco o nulo poder central. Habiendo sobrevivido como colonias sometidas a un poder foráneo, los primeros norteamericanos no deseaban cederle a nadie la autoridad local. Los israelitas también tenían recuerdos tremendos de su opresión por los egipcios y por eso, habiendo logrado la libertad, no tenían ganas de volver a someterse a una autoridad lejana. Reacción natural pero difícil solución permanente. Las colonias nunca habrían mantenido su vida independiente si no se hubieran unido. La unión fue muy frágil y la Secesión la puso a prueba. Ochenta años después del

acceso de David a la corona, las diez tribus del norte se separaron de la tribu de Judá. Setenta y tres años después de tener un gobierno central bajo George Washington, hubo un proceso secesionista que involucró a once estados. Construir un país pasa por una sucesión de inevitables etapas.

El período de los jueces llegó a su fin con el liderazgo de Samuel, el último juez y asimismo profeta. Él es la figura de transición entre el período del desierto y la nación ya establecida. Como suele suceder con estas figuras, Samuel es un modelo mesiánico. La historia de Jesús tiene influencias de la de Samuel, empezando por su nacimiento milagroso: su madre, Ana, era estéril hasta que Dios escuchó sus oraciones. Ana cantó una canción, cuando Samuel nació, que fue similar al Magnificat de María. La historia de Lucas, acerca de Jesús en el Templo con 12 años, es similar a la del joven Samuel a quien Ana lleva al santuario para que viva junto a Elí.

Samuel fue clave en el paso a la monarquía. Al principio se opuso a la presión del pueblo para tener un rey como los demás pueblos. Les advirtió que los reyes suelen acabar en tiranos pero, al fin, ungió a Saúl. Luego ungió a David cuando se vio que Saúl había sido una mala opción. David, joven pastor, hijo de Jessé, segundo rey de Israel, comenzó una dinastía duradera y de referencia. Samuel, además, sólo armado con el sentido de la ley moral, desafió al rey públicamente por su comportamiento. Mediante esta acción, Samuel estableció el principio profético, inusual entre las naciones antiguas, según el cual incluso el rey debía vivir bajo la ley de Dios y poder ser juzgado. Posteriormente, este principio haría a Israel una nación muy diferente de las demás. En la continuación de esta serie volveremos sobre Samuel y su papel en el movimiento profético.

-- John Shelby Spong

10. LOS PROFETAS

Los profetas hebreos no son versiones religiosas de adivinos como Drew Pearson o Jeane Dixon. No predicen hechos futuros. Son personas impregnadas de valores, de verdad, de lo que podríamos llamar Dios y que, por eso mismo, ven las cosas de la vida con mayor profundidad que el resto. Son gente que, en todo caso, por estar a más altura, pueden percibir tendencias y advertir acerca de ellas, antes que otros puedan hacerlo. Hay artistas a los que se les puede atribuir el don de la adivinación. Picasso, un famoso pintor español del siglo XX, pintó un cuadro, varios años antes de la Guerra Civil, que mostraba a su país fragmentado por una violenta lucha. La mentalidad bíblica diría que fue un cuadro profético. El pintor vio lo que estaba a la vista pero no todos podían hacer. El poder de los profetas no emana de las estructuras establecidas ni del orden social sino de la visión. Son personas ajenas a las vidas de las autoridades políticas o religiosas. Como tales, eran "perturbadores de Israel", a decir del rey Acab, refiriéndose a Elías. El sacerdocio establecido siempre rechazó a los profetas porque no estaban ni formados ni ordenados. Eran espíritus libres que hablaban con una autoridad que, en cierto modo, las autoridades establecidas (gubernamentales o religiosas) envidiaban y ansiaban poseer. La capacidad de los profetas, de dirigirse a las autoridades de un modo que demandaba la atención de éstas era lo característico del espíritu profético.

Sin embargo, nada de todo esto responde a la pregunta de por qué el papel de profeta alcanzó tal preeminencia en Israel que la religión se llegó a considerar apoyada, por igual, tanto en la Ley (la Torah) como en los Profetas. A mi modo de ver, todo empezó en la carismática confrontación entre el más poderoso rey de Israel y un hombre solo, armado únicamente en su sentido de la rectitud de Dios. Esta historia está en el Libro Segundo de Samuel y conserva todo su vigor aún en nuestros días. Recordémosla.

El rey David moraba en la casa más alta y grande de Jerusalén, lo que le permitía ver todos los tejados y terrazas de la ciudad. Una tarde, vio a una mujer hermosa bañándose en lo que ella creía ser la privacidad de su terraza. El rey quedó embelesado por los encantos de aquella mujer y de inmediato envió a un mensajero con una invitación para que lo visitara en palacio. La mujer acudió. Quizá fue que, ante el poder de un rey en aquella época, no tenía otra opción, o quizá fue voluntariamente. El texto no dice nada al respecto y nunca sabremos más. El caso es que David la poseyó y cuando el sexo concluyó, Betsabé, que así se llamaba la mujer, volvió a su casa. Sospecho que éste no fue el primero ni el último acto de esta naturaleza por parte del rey David, así que no le dedicó mucha atención a la mujer una vez terminada la cita. Transcurridas algunas semanas y ya olvidado todo, un mensaje llegó a palacio, directamente para el rey, que se lo recordó. El mensaje decía: "Rey David, quiero que sepas que espero un hijo tuyo", firmado: Betsabé. Al leer esto, David respondió con una evasiva típica: "Eres una mujer casada", cosa que el texto bíblico nos revela entonces, de lo que se sigue la naturaleza adúltera del acto del rey con ella pero también la excusa: "¿Por qué dices que la criatura que esperas es hijo mío?" A lo que Betsabé respondió de inmediato: "Cierto, soy una mujer casada pero mi marido, Urías, es un soldado al

servicio del rey y está combatiendo bajo las órdenes del general Joab; por eso no ha estado en casa desde hace meses y no hay duda, oh Rey, de que tú eres el padre de la criatura."

Renente ante su responsabilidad, el rey maquinó un plan alternativo. Su plan B, que no sería la primera vez que lo habría utilizado, consistió en otorgar un permiso a Urías para que éste pudiera volver a su casa, disfrutar del lecho conyugal y, en un mundo previo al ADN, podría decirse, simplemente, que la criatura habría nacido prematuramente. Un mensajero llevó el permiso real al campo de batalla y un sorprendido Urías se encontró con un permiso sin precedentes. Sin embargo, el rey David no previó que Urías tenía madera de "boy scout" y que lo primero para él era ser soldado y ser fiel a la camaradería de las armas: "No sería justo ni apropiado que yo disfrutara de las comodidades de mi hogar y de mi esposa mientras mis camaradas sangran y mueren en el campo de batalla del que he sido arrebatado. Por tanto, en solidaridad con mis compañeros, no entraré en mi hogar durante el permiso". Ostentadamente, Urías instaló una pequeña carpa en el camino frente a su casa y pasó todo el período de su licencia allí. Al ver esto y sentirse atrapado, David comenzó a tramar un plan C.

Joab, el comandante en jefe, recibió una nueva orden real, sellada, que el mismo Urías le entregó en propia mano de vuelta del permiso. En la carta, David ordenaba a Joab organizar un ataque en cuña contra las puertas de la capital del enemigo y colocar a Urías en la cabeza de la cuña. Su muerte sería inevitable, tal como así fue. Urías cayó en el ataque, Joab se lo notificó al rey y el problema quedó resuelto. David envió a buscar entonces a Betsabé, que pasó a formar parte de su harén y quizá en un lugar destacado. Por fin, el rey David sintió que su problema se había solucionado.

Sin embargo, la indigna conducta del rey no pasó desapercibida para un hombre santo y altamente respetado como Natán. Natán decidió que debía enfrentarse al rey a causa de aquella acción. La reputación de Natán era tal que el rey, sin sospechar a lo que venía, le otorgó audiencia cuando éste se la solicitó. Debió de ser un encuentro extraño. Por un lado, el rey David en su cámara real, rodeado de la riqueza, el poder y la opulencia propias de la realeza. De pie, frente a él, Natán, armado sólo con el sentido de la rectitud contenida en lo que él consideraba la ley moral de Dios y del universo. Cuando estuvieron solos, Natán contó al rey que había habido una gran injusticia en sus dominios y que él se sentía obligado a comunicárselo. El rey animó a Natán a continuar y Natán así lo hizo pero en forma de parábola.

Hela aquí: un hombre pobre tenía una sola oveja a la que su familia trataba como mascota. La oveja se alimentaba en la mesa familiar, dormía dentro de la casa y compartía el amor de la familia. Otro hombre que vivía cerca, continuó Natán, era rico y poseía grandes rebaños de ovejas. Un día, el hombre rico recibió una visita honorable a la que, según las costumbres, debía honrar con un banquete. Pero, en vez de tomar una oveja de sus establos, fue donde su vecino y tomó su única oveja, la sacrificó, la adobó y la cocinó para servirla a su invitado. Ambos comieron opíparamente mientras el vecino y su familia estaban desolados. Al terminar, Natán guardó silencio y dejó que la historia calase en el oyente. David reaccionó lleno de ira y declaró: "El hombre que ha hecho esto debe morir". Y, entonces, en uno de los momentos dramáticos mejores de toda la Biblia, Natán fijó sus ojos en David y le dijo: "¡Tú eres ese hombre!" Natán llamaba al rey todopoderoso, a responder de sus actos. Nadie está por encima de la ley de Dios, aprendió David. Fue una rara lección en aquel mundo antiguo y fue un mensaje verdaderamente singular

para el pueblo de Israel. A David podía haberlo elegido Dios para ser rey, pero aun el rey de Israel vive bajo la ley de Dios inscrita en los corazones, y debe responder de su comportamiento.

David tuvo el gran mérito de no expulsar a Natán de su presencia, de escuchar, a través de las palabras del hombre santo, la voz de Dios, y de arrepentirse personal y públicamente. Buscó hacer actos de restitución. Cuando el hijo fruto de su relación adúltera murió al poco de nacer, David interpretó su muerte como un castigo. Quizá queriendo hacer lo correcto, David elevó a Betsabé al rango de reina. Su segundo hijo con ella nació poco después: fue Salomón, el sucesor que dio solidez al linaje real que duraría, por lo menos en el reino del Sur, durante más de 400 años hasta su destrucción a manos de los babilonios en el 586 aC.

La inclusión del valeroso acto de Natán en las Escrituras significa que este episodio entró en los anales de la memoria judía. Al formar parte de ellas, estaba destinado a la lectura en las liturgias que iban a sucederse durante siglos y siglos. A Natán se le llamó profeta, y por su causa el destino profético entró en la vida de Israel. La tarea de los profetas era hablar en nombre de Dios en las fortalezas del poder; era reclamar, para la ley de Dios, una autoridad absoluta; y era afirmar que no hay nadie sobre la tierra que no esté bajo la Ley de Yahvé. A partir de entonces, no hubo monarquía absoluta en Israel. Natán inició la misión profética en Israel. Hizo que Israel fuera la nación en la que nadie podía tener un poder que estuviera por encima de la Ley. Esto hizo que Israel fuera estructuralmente distinto del resto de las naciones del mundo antiguo. Israel fue la única nación que produjo una tradición profética que alcanzó fuerza como para que lo característico suyo fuera que ya no se hablase más de "la Ley y el Templo" sino de "la Ley y los Profetas". Examinaremos algunas voces proféticas en los próximos capítulos.

-- John Shelby Spong

11. EL SIGNIFICADO DE LOS PROFETAS

Si sacáramos el libro de Daniel del Antiguo Testamento, nos haríamos una idea mucho más clara sobre los profetas de Israel. El libro de Daniel, que se escribió en tiempo de los Macabeos y no en el período persa tal como pretende el texto, no guarda relación con los otros textos proféticos. Debería contarse entre los apócrifos y no en el Antiguo Testamento, pero esto molestaría a quienes les gusta predecir el fin del mundo y citar esta fuente. De modo que, exceptuando a Daniel, los demás textos proféticos (Isaías, Jeremías, Ezequiel y lo que originalmente se llamó el Libro de los Doce y que ahora conocemos como los "profetas menores", desde Oseas hasta Malaquías) se pueden examinar desde ángulos parecidos.

En primer lugar, si consideramos el Libro de los Doce como un solo volumen, que es el modo judío de hacerlo, notaremos que tiene una extensión similar a los libros de Isaías, Jeremías y Ezequiel. La razón no es la profundidad del contenido sino la longitud del rollo en el que se escribieron. Esto nos ayuda a entender por qué los nuevos escritos que merecían incluirse en las Escrituras se añadieron a los rollos en los que aún había espacio libre. Jeremías y Ezequiel parecen unidades verdaderas, escritas por un autor, cosa que obviamente no ocurre con Isaías o el Libro de los Doce. En Isaías se ha identificado el trabajo de tres autores diferentes, separados entre sí nada menos que por 300 años. El libro de Zacarías (c. 1-8 y c. 9-14), que es uno de los Doce, se considera hoy trabajo de dos autores distantes en el tiempo de por lo menos 100 años. Se especula además acerca de Malaquías, el último de los Doce profetas menores, que al final debería ser la parte tercera de Zacarías (sus capítulos 15-18), y cuyo nombre, Malaquías, entonces se entendería mejor porque de suyo sólo significa "mi mensajero". Si hago estas explicaciones preliminares es para establecer el trasfondo material de nuestro estudio sobre el contenido de los Profetas y, más específicamente, de los Profetas cuyo trabajo se incorporó a las Escrituras sagradas de Israel.

La misión profética formó parte de la vida judía a partir de los días de Samuel, que vivió en el siglo XI aC. Sin embargo, Samuel fue más bien el último de los jueces y no tanto el primero de los profetas, pero sobre todo fue una figura fundamental. Ya mencioné en una columna anterior la historia de Natán y su papel en el arranque del movimiento profético judío. Al poner al rey David ante la ley moral humana procedente de Dios, Natán estableció lo propio de la identidad del profeta: hablar en nombre de Dios, fuera de las estructuras de la autoridad política y eclesiástica pero dentro del marco del pueblo. Elías y Eliseo continuaron en la línea de Natán y se hicieron merecedores de otro título, otorgado por el rey Acab a Elías: el de "Perturbadores de Israel" (1 Reyes 18:17); título que vale para ellos dos y para los profetas que vinieron después.

No existen los profetas designados por los hombres. Tampoco el papel de "profeta" es un puesto fijo al que uno pueda postularse. Nadie puede estudiar la carrera profética. La designación de profeta la otorga sólo la historia y normalmente mucho después del fin de la vida del tal profeta. Los profetas se reconocen retrospectivamente, póstumamente. ¿Hay algún personaje moderno que nos ayude a entender bien lo que es un profeta? Inmediatamente me vienen dos personas a la mente: Martin Luther King Jr. y Aleksander Solzhenitsyn. King habló desde fuera de las estructuras de la iglesia y del estado cuando se convirtió en la voz de la población negra de EEUU, segregada por la sociedad y encapsulada por el prejuicio y el miedo. King hizo que el mundo político tuviese que hacer frente a la negativa de la población negra a seguir aceptando el estatus de descartados. Se enfrentó a los líderes de la institución religiosa en su carta desde la cárcel de

Birmingham. Periódicamente arrestado por la policía, calumniado por políticos y periódicos locales, intervenidos sus teléfonos nada menos que por J. Edgar Hoover, director del FBI, y asesinado al fin, cuando lideraba la huelga de los recolectores de basura en Memphis, King dio esperanza y dignidad a su pueblo. Llamó a toda la nación a arrepentirse de su pasado y a soñar con una sociedad basada en la justicia; una sociedad, decía, en la que el valor de las personas provendría del "contenido de su carácter" y no del "color de su piel". Bastante después de su muerte en 1968, la nación, agradecida, reconoció su liderazgo profético y creó una fiesta nacional para honrar su memoria. Cuarenta años después de su muerte, su legado aún puede constatarse en el hecho de que un afro-americano llamado Barack Obama sea el candidato del Partido Demócrata a la presidencia de EEUU, algo imposible antes de Martin Luther King. En su campaña para la nominación, el senador Obama citó al Dr. King cada vez que alguien sugería que era demasiado joven e inexperto para el cargo al que aspiraba. El Dr. King se había referido a "la intensa urgencia del presente". Cuando las fuerzas del cambio se coaligan en torno a un candidato y lo ponen en el centro de la escena, es señal de que ha llegado el momento. "Éste es nuestro tiempo, nuestro momento", dijo, y la gente respondió. El Dr. King cambió la historia de este país. Es justo que, tras su muerte, la nación lo considere un profeta.

Aleksander Solzhenitsyn habló mediante su talento literario, y alcanzó los centros del poder comunista en la antigua Unión Soviética. Incapaz de soportar el peso de sus palabras, el poder le hizo sufrir la suerte de los profetas. Los líderes soviéticos lo expulsaron del sindicato de escritores, lo encarcelaron en los gulags de su tiempo y, finalmente, lo expulsaron del país. Desistieron de ejecutar a este opositor del orden establecido porque los intelectuales del mundo entero salieron en su defensa. Gente tan diversa como J-P. Sartre, W. H. Auden, Arthur Miller, Truman Capote y John Updike entre otros, convirtieron el trato del gobierno soviético a Solzhenitsyn en un tema de interés internacional. Durante su posterior exilio en Vermont, sus libros tuvieron amplia difusión. *Un día en la vida de Iván Denisovich* y *El Archipiélago Gulag* hicieron patente, ante el mundo entero, la desvalorización de la humanidad por parte de su gobierno. La gente de occidente lo consideró su campeón sin entender que un profeta no es siervo de nadie fuera de la verdad de su conciencia. Esto se hizo patente cuando Solzhenitsyn pronunció la conferencia inaugural en Harvard, a la que se le invitó en 1978. Gente de todas partes de EEUU y del mundo occidental esperaban oír palabras de encomio por parte de alguien que seguro que validaría sus posiciones. Tal expectativa fue un claro ejemplo de lo discutible del viejo adagio que dice que "el enemigo de mi enemigo es mi amigo". Un profeta como Solzhenitsyn servía a un amo diferente y, como suelen hacer los profetas, marchó al son de su propio tambor. En este discurso dijo que EEUU era "espiritualmente débil, y que estaba enlodado por el materialismo". Fustigó a nuestro gobierno por su debilidad en Vietnam y sugirió que nuestros líderes, al satisfacer presiones políticas locales, se habían precipitado, al decidir retirarse de allí, dados los males del comunismo. Luego criticó a la prensa por violar los estándares de la decencia y a cualquier gobierno que creyera poder defender la libertad usando tácticas de dictadores, como intervenir teléfonos, invadir la privacidad y lanzar guerras de agresión.

Bajo el régimen del presidente Putin, Solzhenitsyn, ya anciano, obtuvo por fin permiso para regresar a Rusia, donde falleció recientemente. Su muerte fue un acontecimiento que ocupó la primera página de los periódicos en EEUU, con extensos informes biográficos sobre su papel en la historia. En Rusia, en cambio, su muerte apenas si fue noticia y no hizo ningún ruido, lo cual confirma, una vez más, la afirmación de Jesús de que "nadie es profeta en su tierra". Sin embargo, ni los tributos ni los reconocimientos hacen al profeta. Los profetas resucitan después de muertos cuando la gente empieza a comprender que alguien de gran visión vivió entre ellos. Dentro de algunas generaciones, a Solzhenitsyn se le reconocerá como profeta, se le honrará en su patria y se

le colocará junto a gigantes como Tolstoi o Chéjov, pues fue alguien que marcó una diferencia, una disidencia.

Así ocurrió con los profetas bíblicos. Cada uno ya había muerto mucho tiempo antes de que alguna generación posterior incorporase sus escritos en las Sagradas Escrituras. Sólo cuando los poderes institucionales decidieron que Isaías, Amós, Miqueas y Zacarías fueran profetas y que sus voces debían oírlos todos, fue cuando acabó su estatus de "perturbadores de Israel" y pasaron a ser profetas en cuyas palabras la voz de Dios se podía hacer oír. ¿Hablan todos los profetas bíblicos con igual peso y autoridad? No. No creo que nuestro mundo fuese más pobre espiritualmente si se hubiesen perdido los testimonios de Ageo, Nahúm o Sofonías. Es un hecho: muchas personas que dicen valorar la Biblia no tienen ni idea del mensaje de estos tres profetas. Sin embargo, aún conmueve a la gente la voz de Oseas, que presenta a Dios como amor; o la voz de Amós, que presenta a Dios como justicia; o la voz de Miqueas, que diferencia nítidamente entre liturgia y vida; o la comprensión de la universalidad que hay en el libro de Jonás, o las magníficas descripciones del "Siervo sufriente" del Segundo Isaías, o las palabras acerca del "buen pastor" del Segundo Zacarías. Es más, algunos judíos del siglo I procesaron y formularon su experiencia con Jesús justo a través de las palabras de estos profetas.

Es hora pues de que, en esta serie sobre los orígenes de la Biblia, nos fijemos en algunos de estos profetas. Les invito a desprenderse de ideas preconcebidas, a acompañarme en el estudio de estas voces que los judíos llamaron "proféticas" y a empezar a comprender el modo como ellos han influido en nuestra historia y en nuestra vida.

-- John Shelby Spong

12: EL PROFETA ISAÍAS

Bernard Baruch, un judío estadounidense de Camden, Carolina del Sur, era muy conocido en la primera mitad del s. XX como consejero no oficial de varios presidentes. Tuvo un papel importante en los "think tanks" (laboratorios de ideas) de Woodrow Wilson, Franklin Roosevelt y Harry Truman. Como hijo de un cirujano que había servido en el Estado Mayor del general confederado Robert E. Lee, la relación con el poder le resultaba bastante natural. Por su parte, David Gergen, nativo de Durham, Carolina del Norte, jugó un rol similar en la historia de EEUU en la segunda mitad del s. XX, como consejero de los presidentes Nixon, Ford, Reagan, George H. W. Bush y Clinton. Baruch y Gergen son ejemplo de esa rara habilidad de saber navegar las largas fluctuaciones políticas y proveer análisis políticos objetivos en medio de los conflictos partidistas y así guiar la nave del Estado en de aguas turbulentas.

La figura bíblica conocida como "Primer Isaías" jugó un rol similar en el mundo antiguo. Sus escritos se encuentran en el libro de Isaías, capítulos 1 a 39. Su vida abarcó los reinados de cuatro monarcas que rigieron en Jerusalén. Según el erudito, en temas del Antiguo Testamento, William F. Albright, los reyes Ozías, Jotam, Ajaz y Ezequías gobernaron entre el 783 y el 687 aC, durante un total de 96 años. Isaías ocupó el centro de la escena durante más de 50 años, lo cual prueba su longevidad. Se asomó a la vida pública, según sus palabras, "el año en que murió el rey Ozías" y vivió en uno de los períodos más difíciles de la historia judía.

El gran poder en esos tiempos era Asiría que, como nación guerrera exitosa, había derrotado y sometido a vasallaje a la mayoría de los pueblos del Medio Oriente. Los Asirios fueron los que, en el año 721 aC., destruyeron el Reino del Norte de los judíos, conocido como Israel, y deportaron a sus habitantes a través del imperio y de donde jamás regresaron. Pasaron a ser conocidos como "las 10 tribus perdidas de Israel", y, pese a la mitología desarrollada, a través de los años, por gente que proclamaba ser descendiente de aquellas tribus, el hecho concreto es que aquellos judíos desaparecieron fundidos en el ADN del Medio Oriente, y compartieron el mismo destino de los cananitas, amoritas, amalecitas y edomitas que los habían precedido.

El mismo profeta Isaías pudo haber sido un miembro de la familia real, todos descendientes del rey David. Ciertamente compartía su estilo de vida y su trasfondo educativo, sus valores y perspectivas. Quizás fue esta relación "de sangre" la que dio pie al umbral que este hombre atravesó en su carrera profética y tal vez sacerdotal, dentro de los estamentos superiores del poder político de Jerusalén.

Hay varios pasajes de Isaías que están incorporados en la conciencia occidental hasta el punto de resultar familiares para muchos. Entre ellos, está su oráculo acerca de si a Dios le afectaban las actividades rituales y los sacrificios pues, en el capítulo 1, Isaías dice:

¿Para qué me sirve, dice Yahvé, la multitud de vuestros sacrificios?
Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de grasa de animales gruesos....
No quiero sangre de bueyes ni de ovejas ni de machos cabríos...
El incienso me es abominación.
Cuando extendáis vuestras manos,
apartaré de vosotros mis ojos.
Asimismo, cuando multipliquéis la oración,
no escucharé.

Era una poderosa denuncia de las liturgias diseñadas para manipular la deidad y era una llamada a apartar "sus malos actos de delante de mis ojos; dejad de hacer el mal; aprended a hacer el bien, buscad la justicia, corregid la opresión, defended a los huérfanos y proteged a las viudas, dice el Señor". La tensión entre palabras y ritos litúrgicos por un lado y calidad de vida por otro, siempre ha estado presente tanto en la vida religiosa judía como en la cristiana.

También en Isaías cap. 1 están las palabras que el presidente Lyndon Johnson citaba regularmente durante sus días como líder de la mayoría en el Senado y después en la Casa Blanca: "Vengan, razonemos juntos, dice el Señor". Desafortunadamente, la idea de Johnson de razonar juntos era, para sus oponentes, ponerse en fila, bajarse los pantalones y dejarse marcar a fuego, con la marca LBJ, en lo que la Biblia llama "los cuartos traseros".

Probablemente el pasaje más influyente de Isaías está en el capítulo 7, 14, donde el profeta escribe las palabras que luego se traducirán como: "la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel". Este texto inspiró a Mateo y éste creó la narración que ahora interpretamos como base del "nacimiento virginal" de Jesús, el Mesías. Esta idea, que no se incorporó a la tradición cristiana hasta la novena década, estaba destinada a influir tanto en los credos como en el desarrollo doctrinal posterior.

El hecho es que, sin embargo, ni Pablo, que escribió entre el 51 y el 64 dC., ni Marcos, cuyo evangelio se escribió a principios de los 70, tuvieron conocimiento de esta tradición del nacimiento de una virgen. Al referirse al nacimiento de Jesús, Pablo sólo dice "nacido de mujer", como cualquier niño, y "nacido bajo la ley" como cualquier otro niño judío (Gálatas 4:4). Marcos, en la primera parte de su texto (3:19-35), incorpora a la tradición cristiana la información de que la madre de Jesús pensaba que su hijo, ya adulto, había perdido el juicio y por eso trata de llevárselo consigo y retirarlo de la escena. Difícilmente sería éste el comportamiento de una mujer a la que un ángel le hubiese anunciado, como luego dirá Lucas, que "el niño que nacerá de ti será santo y será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1:35)

Mateo distorsionó el versículo de Isaías 7, y si lo hizo a propósito o accidentalmente, nunca lo sabremos. En primer lugar, no citó a Isaías con exactitud. El hebreo original no dice "He aquí que una virgen concebirá", sino "He aquí que la doncella está encinta". Estas dos expresiones no son iguales (una cosa es virgen -*parthenos* en la traducción griega de los LXX- y otra es una muchacha o una joven recién casada, según el término hebreo '*almáh*) y la iglesia cristiana ha sabido de este error desde mediados del siglo II cuando el judío Trifón se lo indica a Justino mártir en un diálogo famoso, que se ha conservado (ver § 84).

El segundo error, en el uso por parte de Mateo del versículo de Isaías, es que el niño anunciado por el profeta iba a ser, tan sólo, una señal para el rey Ajaz, en el s. VIII aC, de que el ataque del rey Peka, del Reino del Norte, y de su aliado el rey Rezín, de Siria, que en aquel momento sitiaban a Jerusalén, no significaría la caída definitiva de la Ciudad santa. Peka y Rezín habían emprendido una guerra contra Judá al negarse éste a sumarse a la resistencia conjunta contra el creciente poder Asirio. El rey Ajaz prefirió ser vasallo a ser derrotado y firmó un tratado con los Asirios. El Reino del Norte, decidió resistir y fue destruido.

Hay una relación directa entre la cita errónea de Mateo, y la expresión "nacido de María virgen" de los credos, más las representaciones navideñas y el desarrollo doctrinal cristiano posterior que, a lo largo de su historia, convirtió a María primero en una madre virgen, luego en una virgen durante toda su vida, pues, según la doctrina, lo fue no sólo antes y durante sino también después del parto, por lo que no tuvo más hijos, y, por último, en un plano más global, la convirtió en un ser especial al afirmar, respecto de su pasado, que fue concebida sin mancha original (inmaculada) y, por último, respecto de su final, que, siendo la muerte castigo del pecado y no teniéndolo ella, no había muerto sino que se había dormido y había sido asumida en los cielos, algo que además de ser una tradición antigua, la

iglesia católico-romana lo definió como dogma a mediados del siglo XX. Difícil encontrar, pues, un ejemplo mejor de que las palabras, su traducción, su interpretación y su fijación en ideas tienen poder y consecuencias.

Otra parte de Isaías que ha influido poderosamente en la historia religiosa son sus apocalípticos capítulos 34 y 35 y su forma de describir el Reino de Dios y su venida. El profeta ruega a las naciones del mundo que escuchen. Les informa de la ira del Señor y que éste tomará venganza por sus maldades y traerá Su Reino a la tierra. Según Isaías, será un día de venganza contra los enemigos del pueblo de Dios y su diatriba es la propia de la religión tribal en su máxima expresión. Pero, cuando "llegue el día del Señor", los signos serán de plenitud y cumplimiento:

Se alegrarán el desierto y el erial;
La estepa se gozará y florecerá.
Como la rosa florecerá profusamente,
y también se alegrará y cantará con júbilo.

Entonces, los ojos de los ciegos se abrirán,
los oídos de los sordos se destaparán
y el cojo saltará como un ciervo
y cantará la lengua del mudo,
Porque aguas correrán en el desierto
y torrentes en la estepa.

El que camine por esta senda,
por torpe que sea, no se extraviará.
Los redimidos por Yahvé
volverán a Sión con alegría
y habrá gozo perpetuo sobre sus cabezas.
Tendrán gozo y alegría,
y la tristeza y el llanto huirán.

Inútil recordarles cuán poderosamente modeló la presentación de Jesús en los evangelios este fragmento de Isaías. Conviene aclarar aquí que Marcos fue el primero en insertar milagros en la historia de Jesús. Pablo no dejó dicho nada de un Jesús sanador milagroso. Mateo y Lucas, que incorporaron partes sustanciales de Marcos en sus evangelios, ampliaron los milagros y los conectaron expresamente con Isaías 35 para que no cupiera error acerca de su fuente. Según ambos, Mateo y Lucas, Juan Bautista envió mensajeros a Jesús para que le preguntaran: "¿Eres tú el que había de venir (entiéndase el "mesías") o hemos de esperar a otro?" A lo que Jesús respondió, "Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído" y luego cita Isaías 35 y añade que, en efecto, los signos de la llegada del Reino están sucediendo en su vida: Los ciegos ven, los sordos oyen, los lisiados caminan y los mudos cantan (Mateo 11: 1-6 y Lucas 7: 18-23).

Bastante tiempo después de la crucifixión, fue cuando los discípulos incorporaron las señales del Reino en la historia de Jesús; ello fue cuando llegaron a la evidencia de que en la vida de Jesús había llegado el Reino de Dios realmente o que, por lo menos, en ella habían llegado los primeros frutos de aquel Reino. Así es como los milagros pasaron a formar parte del relato sobre Jesús. Desde su creación, estos relatos no fueron crónicas de sucesos reales, en el sentido de haber ocurrido literalmente, sino que fueron señales propuestas como anuncios, en forma de acciones y por tanto de relatos, de que, en Jesús, empezaba a darse el Reino de Dios. El Reino no había llegado plenamente con Jesús. Su vida sólo

había sido "una anticipación de la gloria divina". Para establecer plenamente el Reino, Jesús tenía que "venir de nuevo". Y así fue como la idea de una segunda venida de Cristo pasó a formar parte de la narrativa cristiana.

Les he hablado, pues, de algunos de los principales fragmentos del profeta Isaías que el cristianismo aprovechó. Hay que señalar, sin embargo, para terminar, que estas contribuciones proceden de los capítulos 1 a 39 del libro: lo que los eruditos llaman el Primer Isaías. Los capítulos 40 a 55 fueron escritos por un Segundo Isaías, y probablemente un Tercer Isaías escribió los capítulos 56 a 66. En la próxima entrega, nos fijaremos en el Segundo Isaías.

-- John Shelby Spong

13: ISAÍAS II. EL SIERVO DE YAHVÉ

Si les preguntara, a un grupo de personas normales, aunque fueran creyentes, por cuál fue el mensaje principal del Deutero Isaías, sospecho que sólo vería, como respuesta, un conjunto de miradas y de caras raras. Pero si les preguntara por "El Mesías" de Händel, seguro que algunas manos, incluso muchas, se levantarían para responder. Lo triste de nuestro sistema educativo, tanto civil como eclesiástico, es que poca gente sabe que el Mesías de Händel es una composición cuyo texto está tomado, en gran medida, del Deutero Isaías si bien el "esperado" del texto y de la pieza no es Jesús, cuya llegada celebramos en las navidades, sino una figura mítica a la que conocemos como el "Siervo" o, mejor, el "Siervo sufriente".

En un magnífico solo para contralto, Händel pone música a las palabras del Segundo Isaías que dicen: "fue despreciado, rechazado, fue varón de dolores, familiarizado con el sufrimiento", y tampoco entonces se refiere el texto a Jesús sino al Siervo creado por el profeta. No obstante, la identificación entre el Siervo y Jesús no debería sorprendernos pues el evangelio más antiguo, el de Marcos, se basó, en gran parte, en el Segundo Isaías para componer su propia narración de la Crucifixión. La gente está acostumbrada a leer la historia de Viernes Santo como si fuera un recuerdo: un relato con base histórica acerca de lo que pasó en las horas que precedieron a la muerte de Jesús. Pero los cap. 14 y 15 de Marcos no son eso. Esos dos capítulos nos ofrecen, más bien, un retrato interpretativo de la muerte de Jesús, creado no a partir de los testimonios de algunos testigos presenciales de los hechos sino a partir del texto del Segundo Isaías, sobre todo su cap. 53.

El Deutero Isaías, y no los hechos, fue la fuente de donde proceden todos los detalles que luego se han vuelto familiares para nosotros dentro del relato de la Pasión y de la Crucifixión. Por ejemplo, el silencio de Jesús ante los acusadores ("fue oprimido y él se humilló y no abrió la boca", Is. 53:7). Por ejemplo, la existencia de dos ladrones a cada lado de la cruz ("indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado", Is. 53:12). Por ejemplo, que hubo un hombre rico, llamado José de Arimatea, que proporcionó la tumba donde enterrar el cuerpo de Jesús ("y se puso su sepultura con los malvados y con los ricos su tumba", Is. 53:9).

También la interpretación de la muerte de Jesús como sufrimiento vicario proviene del Deutero Isaías. El Siervo fue castigado en lugar de los culpables y Jesús igual: sufrió en nuestro lugar lo que nosotros merecíamos pero él no. Acerca del Siervo, había escrito Isaías II lo que luego algunos aplicaron a Jesús: "eran nuestras dolencias las que él llevaba, y nuestros dolores los que él soportaba. Lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y humillado. Fue herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz y con sus moraduras fuimos curados" (Is. 53:4-5). "... Él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes" (Is. 53:12). Esta interpretación fue primero de Pablo y luego Marcos y los otros Evangelistas la adoptaron.

Es más, estas palabras están tan asociadas en nuestra memoria con Jesús que la mayoría de la gente cree que se escribieron refiriéndose a él. La tan familiar interpretación de la cruz -"Jesús murió por mis pecados"- creemos que procede directamente del Segundo Isaías cuyo texto sólo vale porque profetizó, con siglos de antelación, lo que pasó con Jesús. La comprensión católica de la Misa como sacrificio, y como que Jesús paga el precio del pecado de Adán para traer la salvación, también procede del Deutero Isaías. Las palabras de estos capítulos de Isaías II han modelado tan profundamente el cristianismo que hemos absorbido, por una especie de "osmosis religiosa", mucho de él en nuestra mente, consciente e inconsciente. Lamentablemente, en la historia cristiana, cuando estas palabras se propusieron literalmente como una doctrina y un dogma, rápidamente empezaron a darse algunas

distorsiones interpretativas que aún pesan gravemente sobre la intelección de la fe cristiana, donde la sangre, el sacrificio, la culpa y la expiación son mucho más determinantes de lo que debieran, y de una forma inapropiada además. Sin embargo, no fue éste el sentido original de las palabras del profeta. ¿Cuál fue, entonces, su sentido? ¿Quién era el Siervo? Para responder a estas preguntas debemos emprender un análisis histórico del Deutero Isaías, el cual es, en mi opinión, el fragmento más importante e influyente de todos los libros proféticos judíos.

El libro del Segundo o Deutero Isaías reúne las palabras de un judío desconocido, que vivió al final del período del exilio babilónico, aproximadamente entre 550 y 500 aC. Lo que puso fin a este período fue el auge del poder de los persas (básicamente, el Irán actual) que desafiaron la hegemonía de los babilonios (hoy, Irak). Ciro, el rey que dirigió la invasión persa, despertó tal esperanza entre los cautivos judíos que el Deutero Isaías lo describió con estas palabras: «¡Cuán hermosos son por los montes los pies del mensajero que trae alegres nuevas, de aquel que anuncia la paz, que trae las nuevas del bien, que publica la salvación y dice a Sión: '¡Tu Dios reina!'!» (Is. 52:7). Ciro era famoso por su política de permitir que los pueblos conquistados retornasen a sus tierras de origen; y tal reputación alimentaba la esperanza de los judíos. Este pueblo exiliado, que iba a ser beneficiado por la política de Ciro, lo constituían los nietos y biznietos de quienes, 50 a 60 años antes, el ejército babilonio arrastró al exilio. Por eso ellos veían a Ciro como el instrumento divino que les permitía volver a casa. La belleza de Jerusalén, la gloria y la grandeza de la patria judía, se la habían transmitido los que murieron en cautiverio, a ellos, que nunca habían pisado aquella tierra.

Las fantasías que rodeaban su deseo de regresar a aquella "tierra prometida" fueron creciendo tal como siempre ocurre con las fantasías carentes de alguna referencia sensible. Estaban emocionados con la posibilidad de volver a "casa" y ello era prueba de que se había cumplido el propósito de sus antepasados inmediatos, que habían establecido las normas que los mantuvieron intactos, como pueblo identificable. Si pretendían reclamar lo que consideraban su destino nacional (ser "un pueblo mediante el cual todas las naciones del mundo serían bendecidas"), ahora tenían que restaurar su nación en su tierra. Semejante destino sólo podría provenir de un pueblo renacido que reclamase su lugar y su honor entre las naciones y que restableciese la ciudad de Jerusalén como el centro del mundo, como el lugar -incluso- donde cielo y tierra se juntan. Tales eran los pensamientos que alimentaban su ansia de regresar a la tierra de sus antepasados. Entonces, como los derrotados babilonios ya no eran sus señores, empezó la migración de vuelta a su hogar ancestral.

Sin embargo, aquellos exiliados, henchidos de fantasías, no estaban listos para afrontar el panorama que vieron cuando llegaron a la tierra que habían soñado e imaginado durante tanto tiempo. Judá era un erial y Jerusalén, una pila de escombros. Bastó una mirada sobre esta devastación para que sus sueños y esperanzas se terminasen de forma radical. No había modo de que una nación tan derrotada y abatida pudiera seguir aspirando ser "luz para los gentiles". No veían de qué manera podrían llegar a ser algún día la "bendición de todas las naciones de la tierra."

El judío desconocido que escribiría y se recordaría bajo el nombre casi anónimo de Segundo Isaías, al ver todo esto, se hundió también en un período de intensa depresión y oscuridad. Transitó su propia "noche oscura del alma". Sin embargo, cuando finalmente emergió de aquella crisis, tomó la pluma y empezó a formular una nueva vocación para su pueblo, una misión cuya base era el hecho de que ya nunca más volvería a ser un pueblo poderoso, y que ya nunca más volvería a ser un estado famoso ni a contarse entre las naciones importantes del orbe. Con sus palabras personificó el drama de la nación judía y la situó bajo un símbolo de aquel a quien llamó sencillamente el "Siervo". Tal fue el contexto histórico en el que surgió esta mítica figura.

La misión del Siervo, escribió el Segundo Isaías, sería cargar con la aflicción, soportar el dolor de estar entre los descastados de la tierra. El Siervo no respondería con odio al odio, ni con agresión a la agresión. Al contrario, asumiría los ataques a su dignidad y lo que devolvería sería gentileza. Así se apropiaría el Siervo la ira del mundo y, en el proceso, la transformaría en amor del que brotaría

plenitud. El Siervo pagaría el precio de la contrariedad de otros haciéndola suya sin buscar revancha. Al hacerlo, traería vida al mundo: "por sus llagas somos sanados". La nueva vocación para el "pueblo escogido" de Dios ni que decir tiene que no fue popular. Nadie se siente atraído por una perspectiva de sufrimiento perpetuo, que le parece masoquista. El deseo humano, que es si no sádico narcisista, es siempre de revancha, de protegerse a sí mismo y de sobrevivir mediante el uso del poder. Así que la imagen vicaria del Siervo, acuñada por el segundo Isaías, languideció. Pero las palabras de este desconocido visionario del exilio judío se copiaron en el espacio en blanco del rollo del profeta Isaías. Esto comportó que, a lo largo del tiempo, sus asombrosas e increíbles expresiones se leyeron periódicamente en la sinagoga bajo la autoridad del nombre Isaías. Así fue como los versos del Deutero Isaías, junto con su idea de una misión radicalmente diferente para el pueblo judío dentro de la historia de los hombres, pasó a formar parte, de forma casi inadvertida, de las Escrituras que pervivieron.

En la segunda mitad del siglo primero de nuestra era, los discípulos de un tal Jesús reconocieron, en la descripción del Siervo del Deutero Isaías, una forma de poder entender e interpretar la experiencia de aquel que les enseñó que el amor debe llegar incluso a los enemigos y que fue crucificado por sus enseñanzas. Aquellos discípulos interpretaron que Jesús encarnaba la misión del Siervo, es decir, que él había absorbido la ira y el odio del mundo, los había transformado y los devolvía en forma de amor. Por eso se apropiaron de aquella imagen y la usaron para contar la historia de Jesús.

Este notable libro supuso un nuevo salto en la conciencia humana. En las palabras de un desconocido del siglo VI aC., se muestra una visión de la vida humana que trasciende la mentalidad de supervivencia del pasado evolutivo humano. Si la supervivencia del más fuerte, tan natural en los seres vivientes de la "jungla" que es la vida, llegase a convertirse en el único propósito de los seres humanos, entonces la vida humana terminaría en un único superviviente, cuya muerte significaría la desaparición de la faz de la tierra de todo este gran experimento de vida consciente que somos. Tal como observó una vez Gandhi, seguir la regla del "ojo por ojo" llegaría a un punto en que quedaríamos todos ciegos. Hemos llegado al tope de la cadena, de manera que, si no podemos avanzar más allá, el genocidio es nuestro destino natural. Sólo una nueva conciencia puede romper este ciclo. Y el segundo Isaías ofrece una representación de la vida humana que trasciende la mentalidad de sólo supervivencia a costa de otros; sugiere que la vida es un don cuyo sentido es ser entregado con amor a otros. Sorprende que un judío desconocido concibiera esta idea hace dos mil seiscientos años, y que la describiera con tanta elocuencia, hasta crear un texto universal, repleto de palabras de esperanza. La inclusión del Deutero Isaías en la Biblia no deja de ser objeto de asombro y es una de las razones por la que podemos llamar, a este libro de libros, "Sagradas Escrituras".

-- John Shelby Spong

14: JEREMÍAS, PROFETA DE DESGRACIAS

El libro de Jeremías, segundo de los Profetas Mayores después del de Isaías, no sólo es largo y complejo sino que, además, no muestra una línea narrativa clara, que pueda seguirse y recordarse fácilmente. La mayor parte de la gente, incluido el clero, no sabría citar ni un pasaje de este libro. El libro de Jeremías no invita a memorizar su prosa. No recuerdo ningún trabajo académico importante que sea específico sobre este libro, escrito por un "especialista en Jeremías". Sin embargo, este libro ha influido en muchos aspectos de nuestra historia religiosa y muy específicamente ha contribuido a dar forma a la historia cristiana.

Muchas de las más familiares imágenes de las narraciones del nacimiento de Jesús en Mateo y Lucas proceden de Jeremías. Sus capítulos 26 y 27 hablan de Israel como de una virgen que dará a luz al primogénito de Dios, quien cuidará de su pueblo como un pastor cuida sus ovejas. Jeremías es quien presenta a Raquel "llorando por sus hijos que no fueron": cita que Mateo usa como base para indicar el dolor por la matanza de Herodes, contra los niños de menos de dos años, de Belén, en su esfuerzo por eliminar al mensajero de Yahvé.

Las palabras de Jeremías, "un retoño saldrá de la raíz de Jesé (padre de David) y será llamado Rey Justo" pudieron influir en el tema evangélico de que Jesús era heredero del trono de David. La raíz hebrea de retoño es "nazir" y Mateo pudo referirse a ella cuando indicó que el apelativo de Jesús, según los profetas, sería el de "Nazareno". También el dato de que María y José no encontraran posada en su viaje a Belén, del que sólo se hace eco Lucas, puede provenir de Jeremías porque éste alude, en un momento dado, a que la "esperanza de Israel" será tratada como un extranjero en su tierra, hasta el punto de no "poder quedarse siquiera una noche" en ella.

Hay otros motivos y temas mencionados en Jeremías y que luego se recogen:

1. Jeremías y Ezequiel dieron a entender que la responsabilidad moral individual apareció en Israel alrededor del siglo VI a.C., tal como indican expresiones como ésta de Jeremías: "cada uno morirá por sus pecados". Esta responsabilidad moral trascendente modelará sustancialmente la idea judía de la vida después de la muerte, que aparece firme en escritos sagrados apócrifos de alrededor del 200 a.C.
2. Hay en Jeremías una idea de universalismo que desafía la antigua mentalidad tribal de Israel. Jeremías hace que Dios se refiera a Nabucodonosor, por dos veces, como "mi siervo" ya que interpreta la amenaza de los babilonios como un instrumento divino para castigar los desvíos de Israel.
3. La Parábola del Juicio final de Mateo identifica a Dios con la Justicia igual que hace Jeremías, quien afirma que "conocer a Dios es conocer al pobre y al necesitado."
4. Jeremías también compara a Israel con una higuera estéril y de hojas marchitas, lo cual bien pudo haber dado origen a la escena en Marcos de Jesús que maldice a una higuera sin frutos justo poco antes de la escena de la purificación del Templo y de la expulsión de los mercaderes. La higuera se habría secado hasta las raíces.
5. La expresión "Hay un bálsamo en Galaad", que sale en un famoso Gospel, también procede de Jeremías.

6. "¿Por qué prosperan las sendas de malo?", se pregunta Jeremías, igual que el libro de Job, por lo que él también se encara con el problema del mal.
7. Los primeros cristianos se llamaron a sí mismos "seguidores del camino", término que también pudo proceder de Jeremías, en cuyo libro Dios plantea dos opciones a los judíos: la del camino de la vida y la del camino de la muerte, ante cuya disyuntiva deben elegir.

Otros textos de Jeremías se han utilizado para ilustrar eventos actuales. Si se piensa en la situación actual de la economía estadounidense, especialmente a la luz de los 700 mil millones de dólares necesarios para el rescate de Wall Street, y se lee en Jeremías que "todo el mundo está ávido de ganancias injustas" y que "ni siquiera saben sonrojarse", la relación es clara. Lo mismo que cuando sabemos que el gigante de seguros AIG gastó 400 mil dólares en fastuosos festejos para sus agentes independientes muy pocos días después de haber recibido miles de millones de dólares procedentes de los impuestos de los ciudadanos para rescatarlo de la bancarrota. No se dan ni cuenta de lo equivocados que están, "ni siquiera se sonrojan", ni tampoco lo entienden.

Mi cosecha personal favorita en Jeremías viene del comienzo de la primera guerra con Irak en 1991. El presidente de entonces (George Bush, padre), al intentar "perfumar" sus esfuerzos militares de cara a obligar a Sadam Hussein a dar marcha atrás, hizo venir a Billy Graham a la Casa Blanca para orar juntos al empezar a caer las bombas. El uso de la religión con fines políticos parece ser práctica común de la familia Bush. Sin embargo, aquella misma noche, frente a la Casa Blanca, hubo protestas contra la guerra, dirigidas por el Obispo Presidente de la Iglesia Episcopal, Edmond Browning. Una de las pancartas de aquella manifestación silenciosa citaba las palabras de Jeremías: "Mi corazón late agitado. No puedo permanecer callado mientras escucho las trompetas y las sirenas de la guerra."

Jeremías escribe con un sentido del propio destino, como de haber sido destinado a una misión en la vida. Por eso ha inspirado a muchos que creyeron encontrarse en el lugar y el momento oportunos y fueron capaces de cambiar la historia. En palabras de Jeremías, asumir el manto de profeta tiene este significado. El libro pone en boca de Dios lo siguiente, acerca del profeta: "Antes de formarte en el vientre de tu madre, yo ya te conocía, y antes que nacieras yo ya te había consagrado para ser profeta entre las naciones."

Ubicar el contexto y la época en la que vivió y escribió Jeremías es esclarecedor. Fue en un período particularmente difícil y turbulento de la historia de Israel, que el libro refleja. El reino norte había sido destruido en el 721 a.C. por los asirios, que rigieron el mundo con mano de hierro hasta que los babilonios los derrotaron más de cien años después, alrededor del 612 a.C. Jeremías fue testigo de la guerra entre egipcios, asirios y el creciente poder babilonio; y vio cómo el poder variaba en dicho período. Sus simpatías parecían estar con los asirios y por eso él no estaba destinado a ser del bando ganador. Su pequeño país, Judá, había escapado de la destrucción, a diferencia del reino del norte, sólo por aceptar el estatuto de vasallo de Asiria. Por eso Jeremías veía con alarma el auge del poder babilonio. Porque, en efecto, su situación cambió cuando Asiria sucumbió ante Babilonia.

Como país pequeño, Judá sólo era un peón en manos de las grandes naciones que se disputaban el poder en Oriente Medio. Cuando Judá estuvo mejor, fue cuando los poderosos luchaban entre sí por la supremacía. Durante este período, Judá gozó un tiempo de paz. Fue el período en el que apareció el libro del Deuteronomio y en el que se hicieron reformas en Judá. Aunque no hay acuerdo unánime en ello, es posible que el propio Jeremías estuviera involucrado en aquellas reformas. Algunos especialistas creen que Jeremías fue no sólo autor del Deuteronomio sino que intervino en la maniobra de ocultar el libro entre los muros del Templo para luego poder ser "encontrado" sorprendentemente, hacia 621 a.C., durante las renovaciones lideradas por el carismático rey Josías.

Las esperanzas de Judá se apoyaban en este joven rey en este período. Josías había llegado al trono en el

640 a.C., a la edad de 8 años. Fue enormemente popular entre los sacerdotes y los profetas por su interés en lo religioso. Pese a ser genuinos sus sentimientos, se cree que el regente, hasta que Josías alcanzó la mayoría de edad, fue profeta, y esto influyó en la devoción religiosa del rey. Las reformas deuterónicas (ver la entrega VI de esta serie) fueron bien vistas por los líderes religiosos. Un profeta llegó a afirmar, en el período de las reformas, que la bendición de Dios sobre Judá duraría, por lo menos, hasta la muerte del rey. Por eso gran parte de la esperanza y de la seguridad de Judá descansaba en Josías, considerado garante del favor divino. Por eso su muerte temprana, a los 39 años, se consideró casi como el fin del mundo. El faraón Necho se había embarcado en una guerra contra Asiria de cara a arrebatarle parte de su imperio, y Josías, aliado de Asiria, tuvo que salir a hacerle frente en las llanuras de Meguido, en el año 609 a.C., donde el rey cayó herido de muerte y los judíos quedaron derrotados. La historia cambió radicalmente entonces. Muerto Josías, también murió la sensación de seguridad del pueblo. El protector asirio no estaba en condiciones de acudir frente al poder babilonio en pleno auge. Situados en el lado perdedor de la historia, en menos de diez años, los babilonios llegaron a Jerusalén para sitiarla, y su caída en 596 a.C., significó el comienzo del exilio babilónico.

Jeremías había advertido de la inminente calamidad y la había anunciado pero nadie lo escuchó. Su mensaje fue tan implacable y sin esperanza que quisieron matarlo incluso. Jerusalén era una ciudad que había sido inexpugnable durante 400 años. La gente no creía que un ejército enemigo pudiera tomarla. Sin embargo, Jeremías relacionó lo que iba a suceder en Judá con la esclavitud en Egipto. Ninguna imagen podía ser más temible para un judío. Cuando su mensaje se cumplió y su nación quedó postrada, Jeremías fue deportado a Egipto, donde murió pobre y con el espíritu quebrantado. Se suele representar a Jeremías llorando e incluso con figura de un loco. Ambas imágenes son plausibles. Con todo, el paso del tiempo es el mejor amigo de un profeta. Algún tiempo después de su muerte, sus palabras se añadieron al texto sagrado de los judíos y se conservaron como parte de sus Escrituras. Así fue como sus palabras, por dolorosas que fueran algunas, se conservaron, una vez su verdad fue validada. El trabajo del profeta es iluminar el dolor, no eliminarlo; es ayudar a la gente a caminar a través del dolor y llegar a trascenderlo. No es bueno negar el dolor y pretender que hay otro ámbito en el que éste no existe. Jeremías perteneció a la tradición que pensaba con este realismo. Quizás palabras como las suyas es lo que el mundo necesita oír ahora que estamos al borde de una recesión planetaria, con todo el desconcierto social y político que inevitablemente seguirá.

— John Shelby Spong

15: EZEQUIEL

Cuando a los estadounidenses se nos preguntan los nombres de nuestros más grandes presidentes, los cuatro que se repiten con más frecuencia son: George Washington, Abraham Lincoln, Woodrow Wilson y Franklin Roosevelt. Todos tienen en común que les tocó ejercer su mandato en tiempos traumáticos, de transición y de cambio, en la historia de la nación: Washington, en el nacimiento como nación; Lincoln, durante la disolución de la Unión; Wilson, en la Iª guerra mundial y Roosevelt, en el tiempo de la gran depresión y de la IIª guerra mundial. Esta lista nos plantea un dilema: La crisis de la nación, ¿fue la que llamó a unos grandes líderes o fueron los líderes los que se hicieron grandes por hacer frente a la crisis de la nación? Yo me inclino por la segunda respuesta pero los historiadores debatirán eternamente entre ambas. Al estudiar a los profetas, surge el mismo dilema: las crisis del pueblo judío, ¿fueron las que propiciaron el liderazgo de grandes hombres o fue que esos líderes se hicieron grandes porque se enfrentaron a esas grandes crisis con dignidad e inteligencia? De nuevo me inclino por lo segundo aunque los estudiosos de la Biblia debatan eternamente entre sí cuál es la verdadera de ambas respuestas.

Hubo dos grandes crisis en la historia de Israel pues en ellas su extinción fue una posibilidad muy real. La segunda ocurrió en el siglo XX, cuando los nazis eliminaron en Alemania a 6 millones de judíos. La primera fue la conquista de Judea por los babilonios, con el subsecuente exilio en Babilonia. La crisis del siglo XX está relacionada con el liderazgo de David Ben Gurión. La crisis de la primera mitad del siglo VI a.C., está relacionada con el liderazgo del profeta Ezequiel. Esta semana, en esta serie sobre los orígenes de la Biblia, atenderemos a esta gran figura, sobre la que gravitó literalmente la supervivencia del pueblo judío.

El libro de Ezequiel es el tercero de los "profetas mayores", y sigue a los dos que ya hemos visto: Isaías y Jeremías. Ezequiel quizá no sea tan conocido como los otros pero debería serlo. Su estrella aún luce brillante en la diadema judía, al igual que su vida, que fue decisiva en la historia de su pueblo. No obstante, es difícil recrear a la persona a partir del texto que lleva su nombre. Sobre todo si consideramos que el libro se editó varias veces, que se deformó gravemente y que los capítulos 40 a 48 son adiciones posteriores, escritas por una especie de Ezequiel II. Con todo, alguien real permanece en la sombra y alienta todavía detrás de las palabras del libro; alguien que cambió el carácter del pueblo judío.

Su vida fue contemporánea de la de Jeremías y por eso debemos recordar el trasfondo común a ambos. A finales del siglo VIII a.C., Asiria era el flagelo del Medio Oriente. Los asirios contaban con una rígida y severa estructura militar y ellos fueron los primeros en emplear carros de hierro tirados por caballos. En definitiva, fueron los precursores de las divisiones acorazadas en combate. Al utilizar sus carros en las batallas, destruyeron fácilmente a sus enemigos. El reino judío del norte, es decir, Israel, sucumbió ante ellos en el 721 a.C., y, como consecuencia de la derrota, la gente de dicho reino se convirtió en "las 10 tribus perdidas de Israel". Su destino fue el destierro y la relocación dispersa, a lo largo del imperio asirio, para finalmente fundirse su ADN con el del mundo árabe y semítico. Mientras tanto, como ya dijimos, el reino del Sur, es decir, Judá, con su capital Jerusalén, sobrevivió porque se sometió como estado vasallo de Asiria, imperio que rigió al mundo con puño de hierro hasta que, más de un siglo después, en el año 612 a.C., fue derrotado por el emergente imperio babilonio. Tras un período de consolidación de su poder, el ejército babilonio se movilizó y destruyó tanto el reino de Judá como su capital, Jerusalén, en 596 a.C., por haber sido vasallo de Asiria. Era la primera vez, en 400 años, que Jerusalén caía ante un asedio. Su caída fue devastadora para los judíos, que la consideraban la "ciudad santa", la residencia de Yahvé en la tierra. Tras la derrota vino el exilio de los ciudadanos más destacados a Babilonia, donde pasaron a ser clase muy baja, al servicio de sus conquistadores. Su destino parecía ser la desaparición, tal como les había ocurrido, 125 años antes, a los habitantes del reino del Norte.

Sin embargo, entre los exiliados había un joven profeta llamado Ezequiel, al parecer miembro de una notable familia sacerdotal. Aquel joven fue quien, por su palabra y su acción, fue creciendo hasta convertirse en el líder decisivo de su pueblo en semejante crisis. El primer problema que tuvo que enfrentar fue resolver la forma de asegurar la supervivencia de los judíos como pueblo. ¿Qué era lo que podría conservar intacto y separado a este pueblo exiliado pero portador de un destino? Aunque jamás volvieran a ver su tierra natal, había que crear en los descendientes el deseo de hacerlo. Había que impedir que se repitiera en ellos el destino de los judíos del reino del norte. Ezequiel vio en esto su primera tarea. Y por ello resultó ser un hombre que haría las delicias de un psiquiatra. A tenor de lo que se ha conservado, Ezequiel tenía unos sueños muy vívidos, se diría que casi en technicolor, y con ellos galvanizaba a su pueblo. Dos de estos sueños dejaron impresiones tan indelebles que, al cabo de los siglos algunos de los más antiguos "espirituales negros" que sirvieron para dar sentido a la dramática experiencia de los negros africanos, éstos no sólo exiliados sino esclavizados por los blancos, que los apresaban en su Continente de origen y los conducían a trabajar explotados en el Nuevo Continente, en su zona Norte en este caso.

El primero de estos espirituales, basado en el primer capítulo de Ezequiel, decía que "Ezequiel vio la rueda, en medio del cielo", palabras que expresaban el clamor por una liberación procedente de lo alto. El segundo de los "espirituales" se basaba en Ezequiel 37 y se titulaba "Los huesos volverán a levantarse". En su sueño, Ezequiel vio a la nación judía bajo la analogía de un valle lleno de huesos descarnados, secos y muertos ya, sin esperanza de restauración ni de resurrección. Pero Dios habla a Ezequiel en este sueño y lo llama con su apelativo favorito: "Hijo de Hombre", y le pregunta: "¿Pueden volver a vivir estos huesos?" A lo que Ezequiel responde: "Señor, sólo tú lo sabes". Una vida futura para el pueblo judío era una esperanza que estaba, en aquel tiempo, más allá de la imaginación de Ezequiel. Así, detrás de estos dos sueños está la idea de que Dios es la fuente de la vida.

Según el mito judío de la creación, el aliento de Dios dirigido a Adán fue lo que transformó su cuerpo de arcilla inerte en un cuerpo vivo, de carne y hueso. El aliento de Dios, en la tradición judía, era el viento que animaba la creación. Por tanto ahora, el sueño de Ezequiel proclamaba que el aliento de Dios tenía poder para recrear la vida de la inerte nación judía. En el sueño de Ezequiel el aliento de Dios soplaba sobre el valle y recomponía los huesos muertos. Así, "el hueso del dedo se unía al del pie, el del pie al del tobillo, el del tobillo a la de la pierna", hasta que todos los fallecidos estaban de nuevo en pie otra vez. El destino de la nación judía era revivir por la fuerza de la vida, por el aliento de Yahvé.

Cumplir este sueño fue la tarea de Ezequiel. Aunque era una misión que nadie podía realizar solo pues tenía que ser labor de varias generaciones, una persona tenía que tener el sueño, ver la visión, grabarla en las mentes de su gente y convertirla en realidad y éste fue Ezequiel. Por eso, bajo su influjo, el pueblo estableció la separación como prerequisite para su supervivencia y como prioridad principal. Tres vías distintas se establecieron con objeto de hacerse diferentes, mantenerse separados y conservar su identidad como judíos.

Primero, se resucitó la antigua observancia del Sabbath, una tradición caída en desuso hacía tiempo. Se codificó cada detalle del Sabbath y los judíos empezaron no sólo a abstenerse de trabajar sino a inmovilizarse: sólo podían desplazarse un kilómetro escaso: ningún judío podía caminar más en todo el día del Sabbath, de lo contrario violaba gravemente la ley. Así fueron "diferentes" y quedaron "separados" del resto de forma muy característica. La historia de la Creación en siete días, con la que ahora se inicia la Biblia, se escribió en esta época y se agregó a las Sagradas Escrituras hebreas con el propósito de establecer y de fundamentar la observancia del Sabbath en el acto mismo de la creación y como una imitación de los que hacía el propio Dios.

Lo segundo que hicieron los judíos en el exilio, al mando de Ezequiel, fue adoptar las leyes alimentarias kosher. No comerían carne de cerdo ni marisco, y su comida se debería preparar en cocinas kosher. Así

nunca comerían con los babilonios. Tal era la ley de Dios que según creían quería mantenerlos separados del resto de los pueblos. La tercera medida que tomaron fue restablecer la práctica de la circuncisión, que también había caído en desuso tiempo atrás. Literalmente marcaban así la carne de cada varón con la señal del judaísmo, lo cual hacía muy difícil el matrimonio mixto y acentuaba la separación.

Para enraizar estas prácticas en la voluntad de Dios, un grupo de sacerdotes escritores, inspirados por Ezequiel, escribieron de nuevo toda la narrativa judía. La versión llamada "sacerdotal" de las Escrituras surgió así, de forma que las medidas aparecieran como tradiciones singulares, dentro de la historia global de la llamada de Dios a Israel para que fuera "su" pueblo. Y aquello funcionó. Los judíos fueron el único pueblo que volvió intacto a su tierra natal, tras su derrota y su exilio, y pudo restablecer su propia historia y existencia como nación. Desde entonces, su vocación quedó marcada con fuego, profundamente, en su psique colectiva, y ha permanecido para siempre como una característica suya como pueblo. La volverían a necesitar unos 2500 años después. Desde que, en el año 70 d.C., Jerusalén fue destruida, los mapas no volvieron a mostrar un territorio judío hasta 1948 d.C., cuando Israel se estableció en tierra Palestina de acuerdo con la Declaración Balfour, de 1917. Durante este segundo período de exilio, los judíos se enfrentaron a incontables horrores, grandes persecuciones y hasta el holocausto, pero las lecciones de Ezequiel no fueron ignoradas y los judíos sobrevivieron como pueblo, una vez más, para poder regresar al fin, a la tierra de sus ancestros. Con esto que he recordado, no he pretendido minimizar el dolor y la dislocación que el regreso de los judíos a Israel y a la tierra de Palestina ha causado desde 1948 hasta ahora. Sólo quiero recordar que mantener su identidad, durante casi 1900 años, como un pueblo sin una tierra, es un logro notable de supervivencia por el que el pueblo judío hace bien en recordar a Ezequiel.

— John Shelby Spong

16: DANIEL

La forma en que está organizada la Biblia distorsiona la historia. Por ejemplo, la Torá (es decir, los cinco libros del Génesis al Deuteronomio) parece contener una sola historia continua cuando, en cambio, el conjunto se escribió durante unos 500 años y recoge eventos que ocurrieron a lo largo de 14 siglos. Siempre se lee la Torá en las liturgias como si contara una única historia, lo cual convierte en poco menos que en una insensatez histórica el conjunto de los eventos. Por recordar un caso: el libro conocido como de Isaías tiene 3 partes que se escribieron en tres ocasiones muy distintas: la primera, capítulos 1-39, se escribió en el siglo VIII a.C.; la segunda, capítulos 40-55, se escribió unos dos siglos después, en el siglo VI a.C.; y la tercera, capítulos 56-66, fue obra de alguien del siglo V a.C. Sin embargo, durante la mayor parte de la historia judía y cristiana, este libro se ha leído como un texto único y coherente, de un autor único, lo cual hacía imposible una interpretación apropiada de sus fragmentos. La misma distorsión temporal se da en el orden de presentación de los profetas. El orden de presentación de los cuatro "profetas mayores" (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel) no coincide con el orden de redacción de dichos libros. Isaías se escribió tanto antes como después de Jeremías y de Ezequiel. Daniel, en cambio, es un texto muy posterior, del siglo II a.C., pero además, para confundir las cosas, se presenta como habiendo sido escrito durante el exilio babilónico del siglo VI a.C. Quien quiera encontrar verdad literal o verdad histórica en estas partes de la Biblia se verá inicialmente muy frustrado.

Al iniciar esta serie de columnas sobre los orígenes de la Biblia, ya sabía yo que, en algún momento, tendría que tomar una decisión respecto del orden a seguir. Podía referirme a los libros de la Biblia según el orden en el que aparecen en ella o podía reorganizar todo el texto sobre la base de la historia y según el momento en que se escribió cada uno. Decidí hacer ambas cosas y, hasta aquí, he tratado los libros del Antiguo Testamento siguiendo el orden en el que aparecen en nuestras biblias. Comencé con los documentos de la Torá, desde el Génesis hasta el Deuteronomio, y luego me volví hacia el movimiento profético, y consideré los libros que van desde Josué hasta Reyes II. Aún así, sin embargo, para dar continuidad a la historia, tuve que omitir libros como el de Job, los Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Lamentaciones e incluso el pequeño pero significativo libro de Ruth. Así pude tratar de los profetas en el orden en que aparecen en la Biblia. Volveré luego a estos otros libros que he dejado en el camino. Pero, cuando llegue al Nuevo Testamento, seguiré el orden cronológico en el que se escribieron los distintos textos y no el orden en el que aparecen en nuestras biblias. Esto significa que comenzaré con Pablo y que sólo abordaré los evangelios después. Este orden confundirá probablemente a algunos, pero creo que servirá mejor a la verdad.

Este problema entre el orden de presentación y el orden cronológico de redacción resulta patente al tener que hablar del libro de Daniel, que es una obra literaria, en el sentido de mitológica y alegórica y no histórica, escrita para fortalecer la resistencia judía al rey seleúcida Antíoco Epifanes, durante el período de la revolución macabea del año 160 a.C. Esto significa que el libro de Daniel no debería estar en la Biblia hebrea sino que debería formar parte de los apócrifos, grupo de libros intertestamentarios que no forman parte del Antiguo Testamento propiamente tal, al menos tal como se considera a éste dentro del cristianismo protestante. Es verdad que varias historias, que eran originariamente adiciones al libro de Daniel, como "Bel y el Dragón", "La oración de Azarías y la canción de los Tres Jóvenes" y "Susana", se extrajeron de dicho libro y se incluyeron entre los apócrifos por editores bíblicos posteriores. Sin embargo, el libro propiamente dicho se conservó dentro del canon del Antiguo Testamento, a pesar de no pertenecer a él. Esto hizo que las historias que quedaron dentro fueron mucho más conocidas, en el mundo cristiano, que las otras que se pasaron a los apócrifos. Nos resultan familiares tanto Daniel en el

pozo de los leones como Sadrac, Mesac y Abed que sobreviven dentro de un horno. Hay frases de Daniel que también forman parte de nuestro bagaje, como llamar a Dios "el Anciano lleno de días", o como referirse a un juicio venidero como un "manuscrito en un muro", o decir que tener una debilidad es "tener los pies de barro", o que enfrentarse a unos oponentes poderosos es como "entrar en el foso de los leones".

También es un hecho que Daniel y el Apocalipsis, del Antiguo y del Nuevo Testamento respectivamente, son los dos libros más citados por aquellos a los que les gusta predecir el fin del mundo. Muchas fechas anunciadas como las del fin del mundo en el mundo occidental han transcurrido después sin haber ocurrido nada en ellas. Sin embargo, sigue habiendo predicciones provenientes de este sector visionario de la religión si bien no me parece que merezca la pena dedicar mucha atención a esto. Mi historia favorita, acerca del fin del mundo, es que, una vez, recibí una carta de un sacerdote que me anunciaba la fecha y la hora exactas e inminentes de tal suceso. Para probar su profecía, el autor de la misiva citaba muchas fuentes bíblicas, incluidos algunos pasajes del libro de Daniel. Debo confesar que, ante semejante inminencia, no inicié preparativo alguno. Sin embargo, a los pocos días, recibí una invitación de la esposa de aquel sacerdote para que asistiera a la celebración del 50 cumpleaños de su marido. Afortunadamente, la fecha de la celebración iba a ser ¡10 días después del fin del mundo! ¡Qué alivio –pensé–, ni siquiera la esposa cree en la extravagante teoría de su marido!

Al examinar el libro de Daniel, vemos que su contenido se divide en dos secciones. La primera es una colección de historias acerca de Daniel, que ocupa los capítulos 1 a 6. La segunda es un conjunto de visiones que luego han influido en el desarrollo de las ideas cristianas. La primera de estas visiones incluye a alguien denominado el "Hijo del Hombre". El primero en usar este término fue Ezequiel, que lo incorporó al lenguaje religioso. Sin embargo, cuando Ezequiel lo usó, este término era una simple fórmula utilizada por Dios para llamar al propio Ezequiel. Ezequiel era para Dios un simple humano. Por tanto, el término no tenía connotaciones divinas. Sin embargo, muchos años más tarde, al usar los evangelios el término y ponerlo en boca de Jesús, pasó a ser un título con un significado más relevante. De hecho, implicaba una proclamación de la divinidad de Jesús. El término debió de tener que recorrer un largo viaje para llegar a cambiar tanto su significado, desde Ezequiel hasta Jesús. Dicha transformación ocurrió sobre todo gracias a una de las visiones incluidas en el libro de Daniel. En Daniel, "Hijo del Hombre" es el nombre de la figura divina, sobrenatural y apocalíptica, que abrirá la entrada al Reino de Dios y que pondrá fin a la persecución de los que hayan sido fieles. En la visión de Daniel, el "Hijo del Hombre" viaja sobre las nubes del cielo y a él se le otorga el dominio, la gloria y la majestad. Todas las naciones del mundo lo servirán. Su trono se anuncia como eterno y su reino no tendría fin. Al leer algunos pasajes del Nuevo Testamento, vemos que estas imágenes se incorporan en las historias sobre Jesús. El primero en incorporarlas fue Mateo, primero en su parábola del juicio final, donde el Hijo del Hombre separa las ovejas de las cabras. Luego, en su relato de la aparición de Jesús resucitado a los discípulos, en lo alto de un monte en Galilea: Jesús viene sobre las nubes, revestido de autoridad en el cielo y en la tierra, tanto como para poder enviar a sus discípulos en misión por "todo el mundo". Después de Mateo, Lucas utilizó también la imágenaría del "Hijo del hombre" de Daniel para escenificar la ascensión de Jesús.

Daniel fue también un libro capital en el desarrollo judío de las ideas acerca de la vida de después de la muerte. En su capítulo final, su autor se refiere al tiempo del fin del mundo, cuando vendrá la gran salvación: "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, algunos para una vida eterna y otros para una vergüenza y un desprecio eternos", según se dice en el libro. A partir de este versículo, la idea de que habrá premios y castigos pasó a ser una característica principal del imaginario de la vida de después de la muerte. Antes del siglo II a.C., el pueblo judío hablaba poco de la vida de después de la muerte. El concepto más difundido era el "Sheol". El Sheol se imaginaba situado en "el centro de la tierra". No era lugar de premios y castigos. Era simplemente la morada de los muertos. Nadie deseaba ir allí. A nadie le consolaba la idea de ir al Sheol. Todos iban allí sin más. Se describía como un lugar sombrío,

como una sombra de la vida, como algo fantasmal, sin gozo ni dolor alguno.

Cuando se escribió el libro de Daniel, las persecuciones contra los judíos eran numerosas y crueles. Los obligaban a comer alimentos que ellos consideraban impuros. Se contaminó el Templo por la instalación de una cabeza de cerdo en el lugar sacrosanto: un animal impuro ocupaba la morada de Yahvé en la tierra. Fue "la abominación de la desolación". Se ejecutó sumariamente a quienes rehusaron abandonar sus prácticas alimenticias, religiosas e identificadoras. El libro de Macabeos II, contemporáneo de Daniel, cuenta el arresto de 7 hermanos junto con su madre, a quienes se conminó a comer cerdo. El mayor se negó y le cortaron la lengua. Luego le arrancaron el cuero cabelludo y le cercenaron manos y pies. Al fin, aún vivo, lo quemaron. El segundo, conminado a comer cerdo o a sufrir la misma suerte del mayor, rehusó comer lo impuro y sufrió igual castigo. Así pasó con los siete y luego murió la madre. Es una historia espantosa que, sin embargo, se tornó en un poderoso instrumento de creencia: dio origen a un nuevo concepto y a una nueva concepción, entre los judíos, sobre la vida de después de la muerte. El capítulo 12 de Daniel, el último, formula esta idea. Sin vida después de la muerte, la muerte de aquellos mártires ponía en jaque la justicia de Dios. Si la fe en Dios no tenía recompensa más allá de la vida, Dios era injusto. El mal triunfaba sobre Dios. Este argumento estuvo en la base de que el cielo y el infierno se convirtieran luego en lugares adscritos a una concepción determinada de la justicia divina: la vida después de la muerte se usó para tornar justo un mundo injusto, pero más allá de él. El libro de Daniel fue fundamental en esta transformación de las creencias, y ejerció por ello una gran influencia en el desarrollo del cristianismo cuando la vida de después de la muerte pareció ser crucial tanto para una comprensión humana de la justicia divina en general como, más en concreto, para la comprensión del caso de la crucifixión de Jesús, así como para la posterior interpretación del destino de los cristianos, leales a Cristo, que afrontaban por ello el martirio de los romanos. El libro de Daniel no es un libro profundo pero cabe preguntarse cómo hubiera sido el cristianismo si no hubiera existido. En mi opinión, pensar en la vida después de la muerte como un lugar donde unos premios y unos castigos reequilibran lo incomprensible de la vida, es algo que distorsiona por completo el misterio. Con todo, esto es tema para otro capítulo o quizá para otro libro.

— John Shelby Spong

17: OSEAS, EL PROFETA QUE CAMBIÓ EL NOMBRE DE DIOS

Oseas es probablemente mi favorito entre los profetas hebreos. Su historia es tan real y persuasiva y su discurso sobre Dios está tan ligado a su propia situación que su testimonio es inolvidable. El guión de la historia no siempre es claro pero los contados son que Oseas y su mujer Gomer tuvieron tres hijos a los que les pusieron tres nombres bien extraños: Jezreel, Sin Piedad, y No Mi Pueblo. Parece que Oseas estaba casado con una prostituta pero yo creo que los datos apuntan a que su esposa se prostituyó y finalmente conoció la esclavitud después. Sabemos que Oseas la compró por 15 monedas de plata en el mercado de esclavos y que le dio el lugar de honor de su hogar como esposa. Mediante esta experiencia, Oseas llegó a una comprensión original de lo ilimitado del amor de Dios, del que el suyo fue como una imagen. A partir de estos pocos datos que son los que no da el texto, mi imaginación ha concebido la siguiente historia, por medio de la cual voy a intentar comunicar el vigoroso mensaje central de este libro.

Las habladurías debieron de multiplicarse entre los círculos judíos cultivados cuando Oseas, hombre santo, serio y respetado, contrajo matrimonio con Gomer, la fiestera hija menor del viejo mercader Dichaím. Sus oscuros y chispeantes ojos y sus pies danzarines eran bien conocidos. Y las habladurías destacaban el contraste entre Oseas, hombre mayor y ya bien establecido, y Gomer, una jovencita amante de la vida social y abiertamente coqueta. Mientras la gente se preguntaba si aquella unión perduraría, Oseas, en cambio, se sentía orgulloso de su joven y bella esposa y se había prometido a sí mismo hacer cuanto estuviera a su alcance para hacerla feliz.

Al principio todo iba bien. Oseas parecía haber entrado en un nuevo período de su vida mientras acompañaba a su esposa a los incontables eventos en los que él se dejaba mecer por la popularidad de la muchacha. Sin embargo, al cabo de un año o algo más, el ritmo social de Gomer no menguaba y Oseas empezó a echar de menos su vida tranquila de antes del matrimonio. De forma casi inevitable, estas realidades introdujeron la tensión en la relación. Con frecuencia Oseas quería retirarse antes que Gomer, y hacía que algunos amigos la acompañaran más tarde a casa. Este recurso, aunque incluía algún riesgo en aquella sociedad, pareció funcionar bien al comienzo. Sin embargo, más tarde, Oseas ya no quiso salir de casa apenas y entonces acordó un remedio algo más peligroso. Gomer siguió yendo a las fiestas acompañada de sus amigos pero al final acabó por ir sola. Con el tiempo, esto acabó por convertirse no en la excepción sino en la regla. Una mujer sola era algo casi inaudito en la sociedad judía: la hacía vulnerable y desprotegida, especialmente tratándose de una mujer sensual y fiestera como Gomer.

Inevitablemente, los temores fueron realidad y vino el día en que Gomer no regresó por la noche a casa. Alarmado, Oseas inició su búsqueda de inmediato pero sin resultados. Gomer había desaparecido sin dejar rastro. Mientras Oseas la buscaba frenético, Gomer, libre de los límites que le imponía su austero marido, se convirtió en el juguete favorito de la jet-set judía, camino que siguió durante años. Oseas, con un amor que no menguaba, continuaba buscándola mientras ella seguía jugando. La vida, empero, termina para todos tarde o temprano, y el correr del tiempo de Gomer no fue una excepción. Modelos más jóvenes terminaron por reemplazar a Gomer, juguete favorito de ayer. La juventud no permanece para siempre y Gomer tuvo que advertir que el maquillaje ya no podía cubrir las patas de gallo de sus ojos. Lo siguiente sería darse cuenta del avance de la flaccidez donde antes había firmeza. Había iniciado la fatídica decadencia y habiendo sido el juguete favorito de la jet-set, tuvo que aceptar ser el juguete de cualquiera que quisiera jugar; y, cuando esta actividad también se agotó, no le quedó más remedio que convertirse en una prostituta común que, para sobrevivir, vende los encantos que le quedan. Pero la prostitución es una actividad competitiva y también llegó el día en que los clientes que antes buscaban sus servicios ya no

quisieron utilizarla más. Entonces, Gomer descendió hasta el último peldaño, se convirtió en esclava y tuvo que ofrecer sus servicios a alguna familia que la compró a cambio de su sustento.

Durante todos aquellos años, Oseas continuó buscando a su mujer, con quien se había casado y a la que aún amaba. Con el tiempo, la búsqueda se hizo menos acuciante aunque siempre estuvo en su agenda. Oseas conocía los caminos del mundo y, al cabo de los años, centró su búsqueda en los mercados de esclavos, único lugar posible para el destino de Gomer. No obstante, Oseas vivía una vida solitaria y no había logrado saber nada de ella, ni siquiera si estaba viva o muerta.

Entonces, un día ocurrió el milagro. Encontró un mercado de esclavos donde la gente habitual en aquellos medios hacía comentarios en alto, a menudo groseros, acerca del material humano que se les ofrecía sobre la tarima. Oseas se mezcló entre la multitud justo cuando subían a una mujer para su exposición pública. Su pelo desgreñado, los ojos abotargados y la cara arrugada revelaban la carga de los años. De la multitud surgían los sarcasmos y sus improperios indicaban que nadie iba a ser tan tonto como para pagar algo por aquel saco de huesos. El subastador trataba de hacerse el sordo mientras trataba de realizar la venta infructuosamente. Las risotadas no cesaron hasta que Oseas, que había reconocido a Gomer en aquella mujer, dio un paso adelante, alzó la mano y con voz audible ofreció 15 piezas de plata. Un silencio asombrado recibió esta oferta mientras la multitud se volvía para ver quién había hecho oferta tan increíble y estúpida pues 15 piezas de plata era el valor máximo normal para los esclavos varones, jóvenes y sanos. Sólo alguien extremadamente ingenuo o completamente desinformado podía haber ofrecido semejante precio por tan maltratada pieza. El oferente estaba equivocado y a él se dirigieron los insultos de la gente, totalmente ignorante del drama que se desarrollaba ante sus ojos. Las peores exclamaciones de la multitud arrojaron, pues, contra aquel hombre extraño y su increíble oferta.

Oseas, sin embargo, ignoró los gritos y la silbatina, avanzó hacia la tarima, pagó el precio, tomó a la mujer de la mano, se abrió paso junto con ella entre quienes se mofaban, y se alejó hasta que sus voces se desvanecieron en la distancia. Cuando llegó a su casa, Oseas comunicó a sus servidores que Gomer no era una esclava sino su esposa y la situó en el lugar de honor que años antes ocupara como dueña de la casa y centro de los cuidados y afectos de su esposo.

A partir de estos acontecimientos, Oseas empezó a reflexionar sobre su vida y sobre el significado de ser profeta de Dios. Su relación y su experiencia con Gomer lo llevó a examinar su percepción anterior de la relación de Dios con el pueblo judío y a entrever otra nueva. Sus pensamientos sobre Dios se entrelazaron con sus pensamientos sobre lo vivido con Gomer. A partir del amor con que él amaba a Gomer a pesar de sus acciones, empezó a entender el amor de Dios hacia su pueblo. El amor de Dios no estaba supeditado a la bondad de las acciones de Israel. Esta perspectiva sobre Dios empezó a crecer en Oseas. El amor de Dios no era un afecto que se ganara ni se mereciera sino una realidad que vivir. Su meditación, vencedora de su propio dolor, le abrió el camino para llegar a una nueva comprensión: la del amor divino. El amor de Dios no puede conquistarse ni destruirse pues es independiente y de otro orden que lo que la gente haga. Tal es el mensaje de Oseas.

Siglos después, algunos reconocieron el mensaje de Oseas en la actitud fundamental de Jesús de Nazaret. La comprensión del amor de Dios de Oseas subyace en cada versículo de los evangelios desde que éstos se escribieron. ¿Acaso los evangelistas no presentaron a Jesús intercediendo por sus perseguidores y torturadores, y acaso no interpretaron su vida como la de alguien que la entregaba por el resto aunque muchos interpretaran que lo que pasó fue, simplemente, que se la quitaron por razones que no tenían que ver con el amor? Sin embargo, el mensaje de los evangelios es claro: nada de lo que tú o yo podamos llegar a ser nos podrá separar del amor que Dios nos tiene y por eso no hay nada que tú o yo podamos hacer que sea determinante en este nivel. Tal como yo leo el librito de Oseas profeta, a él lo mueve el amor y esto le ha de rescatar a su mujer de las consecuencias de sus propias decisiones, y esto con independencia de que, de acuerdo con los estándares morales de su tiempo, ella no era merecedora de esta respuesta por parte

de su esposo. 800 años después, el mensaje de Jesús no fue otro.

Dicho esto, permítanme añadir que esta reconstrucción de la historia de Oseas y Gomer es incompleta porque no conocemos toda la historia. Ninguna relación conyugal tiene una sola versión y el texto bíblico no nos da acceso a la versión de Gomer. Sin embargo, puede que Oseas haya sido un hombre increíblemente justo y sabemos que el amor generoso es siempre un camino hacia el perdón transformador, hacia una vida más plena y una mayor conciencia. También sabemos que la idea de Dios definida como amor generoso introdujo una nueva dimensión en el significado de la adoración.

Luego de que Oseas y Gomer vivieran su experiencia y encontraran la reconciliación, aún tenía el profeta que escribir su historia, cuyo escrito alguien, más tarde, tendría que incorporar a las Escrituras sagradas de Israel. Estas iniciativas posibilitaron que el mensaje de Oseas reverberara durante siglos hasta hoy mismo. Al escuchar las palabras de Oseas, siempre hubo gente que creyó escuchar en ellas la "palabra de Dios". Para mí mismo, Oseas es un tesoro, y por muchas razones. Entre otras, su mensaje contradice el tópico antisemita de que el Antiguo Testamento sólo muestra a Dios como legislador y juez, mientras el Nuevo lo muestra como misericordia y amor. Ningún libro de la Biblia es más severo en sus juicios que algunos fragmentos del libro de la Revelación o Apocalipsis; libro del Nuevo Testamento donde el fuego eterno es el destino divino para los pecadores. Frente a esto, hay que decir que en ningún lugar de la Biblia se presenta el amor de forma más profunda y rotunda que en este librito de Oseas profeta, el cual, a través de su historia, alcanzó a entrever, para bien de todos, una comprensión nueva del amor ilimitado de Dios. Dios no cambia con el tiempo pero sí que es siempre cambiante la percepción humana de Dios. El librito de Oseas se adelantó a descubrir una percepción última de Dios como amor gracias a su radical experiencia e interpretación del amor conyugal.

— John Shelby Spong

18: AMÓS, EL PROFETA QUE INCORPORÓ LA JUSTICIA EN EL NOMBRE DE DIOS

No todos los personajes bíblicos comienzan siendo héroes. En verdad, uno de los grandes temas de la literatura bíblica es que son los pobres y los humildes los canales a través de los cuales Dios se revela de nuevas maneras. María, la madre de Jesús, lo dice en el Magníficat: "Porque Él se ha fijado en la humildad de su sierva", por eso las próximas generaciones "me llamarán bienaventurada". El profeta del Antiguo Testamento que hace concluyentemente real esta verdad es Amós. Hoy vamos a recordar su historia.

Amós era del reino del Sur, de Judá, en el siglo VIII a.C. Vivía en la aldea de Tekoa donde era pastor y cuidador de sicómoros, empleo que no requería especial preparación académica ni ninguna otra credencial que pudiera dar lugar a elevadas expectativas. En aquellos días, Uzías era el rey de Judá y Jeroboam II ocupaba el trono del reino del norte, Israel. Las grandes potencias de aquel tiempo estaban ocupadas en sus problemas internos y en los que tenían entre sí, de modo que los dos pequeños reinos judíos disfrutaban de un período de paz y de prosperidad. La distribución de la riqueza, sin embargo, era desigual en ambos reinos. Las ceremonias religiosas contaban con gran afluencia de público y la religión era muy popular entre los codiciosos que dominaban la situación social. Había, por tanto, una distancia considerable entre la teoría religiosa y la práctica. En más de un sentido, aquella situación no era muy diferente de la de hoy en EEUU, donde unos pocos han amasado gigantescas fortunas mediante la codicia y la manipulación de los mercados, y han creado una situación en la que los ricos se hacen cada vez más ricos, y los pobres cada vez más pobres, mientras, hasta hoy, entre nosotros, nadie relevante parece preocuparse por ello.

Esta dicotomía y desigualdad, sin embargo, ardían dentro de la conciencia de un sencillo pastor llamado Amós. Y dicho ardor no le dio descanso hasta que se decidió a denunciar aquel estado de cosas abiertamente. Entonces, empaquetó sus cosas y viajó desde Tekoa, en Judá, hasta el templo de Bet-el en Israel, donde pensaba dar su testimonio. Al llegar, entró en el patio de aquel lugar sagrado y sus sospechas se confirmaron. Vio a la gente que vestía lujosamente mientras atendía a las liturgias pero que ignoraba olímpicamente a los pobres, relegados fuera de las puertas de la ciudad. Amós se preguntó cómo atraer la atención y, como era inteligente, supo cómo hacerlo: apelando a los instintos de aquella multitud. Encontró un rincón en el patio, colocó allí una tarima, se subió a ella y luego, mediante uno de los trucos más viejos de la historia, empezó a atraer la curiosidad y luego la atención. Déjenme que recree esta historia.

"¡Acérquense!", gritó Amós desde su púlpito improvisado. "Déjenme hablarles de los pecados de los habitantes de la ciudad de Damasco". A todo el mundo le gusta escuchar chismes acerca de las debilidades morales de sus vecinos y Amós lo sabía. Así que, a medida que denigraba a la gente de Damasco, el número de sus oyentes fue creciendo. Luego pasó a juzgar a la gente de Gaza y después a la de Tiro, y la multitud, deleitada con la condena de las prácticas pecaminosas de ambas ciudades, aumentaba más y más. Y mientras, Amós continuaba diciendo cosas acordes con

sus prejuicios y críticas hacia los pueblos vecinos. Aquel sureño pueblerino y de extraño aspecto decía las cosas que a ellos les gustaba oír.

Llegado el momento, Amós pasó a apuntar a objetivos más importantes: su oratoria alcanzó nuevos niveles cuando se centró en las naciones que circundaban al reino del norte. Primero fueron los edomitas y sus pecados. Amós fue específico: habían perseguido "a sus hermanos con la espada, sin mostrar piedad, y habían permitido que apareciera el odio eterno" en su sociedad. La extasiada multitud empezó a gritar: "¡Así se habla, predicador!" y cada grito de ánimo atraía aún más gente. Después, habló de los amonitas. Según Amós, eran censurables "por haber reventado a las mujeres en cinta de Galaad, para ensanchar su territorio" (1: 13). Así, a medida que Amós fustigaba a aquellas naciones, la gente en torno a él rugía de aprobación y, cuando se volvió contra los impopularísimos moabitas, entonces estalló el frenesí de la multitud.

Entonces, Amós, con la multitud ya en la palma de la mano y pendiente de sus palabras por completo, bajó el volumen y les habló en un tenue susurro: "Déjenme que les hable ahora de los pecados de los judíos del sur". Ellos eran la competencia más directa de los del norte, aquellos con los que Israel tenía la más profunda rivalidad. Entre el norte y el sur, entre Judá e Israel, la rivalidad era como la que hay hoy entre Nueva Zelanda y Australia. En las vitrinas de los comercios de Nueva Zelanda, hay letreros que dicen: "los neozelandeses tenemos dos equipos favoritos: el *All Blacks* (la selección nacional) y cualquiera que juegue contra Australia". Escuchar la condena de los judíos rivales del sur era música celestial para los oídos de los judíos del norte. La gente continuaba aumentando y se apretujaba en torno a aquel mensajero extraño. Los judíos del sur, decía Amós, "despreciaron la Torah, no guardaron los mandamientos del Señor y sus mentiras los hicieron errar sin remedio". Pero la justicia del Señor es cierta y "el fuego de Dios devorará a Jerusalén". La audiencia estaba exultante y aplaudía feliz y entusiasmada. Nadie se movía y todos escuchaban al predicador, que se acercaba a su clímax. Aquel pastor desconocido estaba llegando a su objetivo, a lo que le había llevado, desde Tekoa, hasta la capilla del rey en Bet-el. Todo estaba listo y Amós prosiguió.

"Déjenme hablarles ahora de la peor gente del mundo", les dijo e hizo una brevísima pausa en la que la gente captó no saber a quién se iba a referir. "Ustedes, judíos del norte", les dijo entonces, "son los peores pecadores en el mundo de Dios". "Ustedes lo adoran ostentadamente en los santuarios pero venden a las personas honradas por plata y a los pobres por un par de zapatos. Pisotean al pobre en el polvo. Se violan unos a otros. Acuden a la oración y ante el altar con ropas robadas al trabajo de los pobres. Profanan los lugares sagrados y se emborrachan con vino comprado con multas e impuestos de los humildes. Corrompen a los santos y los animan a traicionar sus promesas, y hasta incluso eliminan y silencian a sus profetas". La multitud se había callado de repente y no había risa ya en sus rostros. Amós entonces habló del castigo que Dios les iba a enviar: "El juicio es inevitable", gritó. Su mensaje era devastador y, como la multitud seguía aún perpleja y tardaría un tiempo en recobrase, Amós continuó: "La liturgia separada de la vida no tiene valor. La liturgia no es nada más que la justicia ofrecida a Dios, y la práctica de la justicia es la liturgia viva. Si el culto y la justicia están separados, la idolatría es resultado inevitable".

Era un mensaje bello y apasionado pero Amós y sus palabras dejaron de ser populares de pronto. Cuando sus oyentes se recuperaron lo suficiente como para responder, mandaron venir a Amasías, un sacerdote del templo de Bet-el, para que los defendiera, porque, como le dijeron:

"Amós ha conspirado contra ti y contra el país, y no podemos soportar sus palabras". Amasías, como portavoz de la religión establecida, no podía tolerar aquella interferencia en la liturgia de la capilla real. Por eso increpó a Amós: "Vidente, desaparece, vete a tu tierra de Judá y profetiza allí; pero no lo hagas más en Bet-el, porque es santuario del rey y capital del reino. Tus palabras no son bienvenidas aquí".

Pero Amós respondió a Amasías: "No soy ni profeta ni hijo de profeta. Soy pastor y cuidador de sicómoros. El Señor es quien me ha sacado de mi rebaño y me ha enviado a profetizar a la gente de Israel". Y una vez más repitió sus acusaciones: "Los cánticos de tus lugares santos no serán más que gemidos ante el Señor. No puedes adorar a Dios mientras engañas y estafas a los pobres. No puedes sacar dinero de los pobres con malas artes, sólo para llenar tus bolsillos con codicia. Dios convertirá tus fiestas sagradas en gemidos y tus canciones piadosas en lamentos". La predicación de Amós era más de lo que aquella gente podía tolerar y por eso expulsaron a Amós del santuario, de forma violenta. Rechazado y frustrado, el hombre regresó a su humilde vida en Tekoa. En su exilio, puso por escrito su mensaje profético, conocido después como "las palabras de Amós, el profeta". Con el tiempo, todos los judíos entendieron que sus palabras contenían verdades trascendentales y por eso las agregaron a sus textos sagrados y las leyeron en sus ceremonias, en templos, sinagogas y lugares santos, por siglos. La gente reconocía la "Palabra de Dios" en las palabras de Amós. Mediante este proceso, Dios fue redefinido como Justicia, ya para siempre. Después de Amós, Adoración y Justicia ya nunca más estarían separadas para el judaísmo verdadero. La liturgia, según lo sugerido por Amós, sería la justicia humana rendida a Dios, y la justicia entre los hombres sería la expresión de la verdadera liturgia divina. En este contexto, "Justicia" pasó a ser otro nombre para Dios.

La acción de los profetas, en el transcurso de la historia de los judíos, tanto del norte como del sur, fue, sobre todo, la de redefinir a Dios. Los escritos de Oseas hicieron que el amor fuera un nuevo nombre para Dios. Y los escritos de Amós hicieron que la justicia fuera asimismo un nuevo nombre para Dios. Los profetas son importantes no porque fueran capaces de predecir el futuro, tal como se nos enseñaba antaño a muchos, sino porque fueron capaces de ahondar muy significativamente en el significado de Dios. Más que nadie, los profetas hicieron posible que, unos 800 años después, muchos vieran y escucharan la presencia de Dios en la vida de un crucificado cuyo nombre era Jesús de Nazaret. La vida de Jesús apunta a un Dios en cuya forma de ser son capitales la dimensión del amor, que Oseas había señalado, y la dimensión de la justicia, que Amós había indicado. De todo ello resultó un nuevo nivel de conciencia en el que la divinidad y la humanidad fluyen juntas, como un todo.

La historia bíblica nunca fue estática, ni tampoco lo es el entendimiento humano de Dios. Es idolatría y falta de fe creer que toda la verdad ya ha sido revelada y que alguna institución la posee.

– John Shelby Spong

19: MIQUEAS, EL PROFETA QUE CONVIRTIÓ LA LITURGIA EN VIDA

En mis años de obispo conocí comunidades que destinaban mucho tiempo y esfuerzo a la liturgia y la adoración. Claramente éste era el foco, la razón de ser de aquellas congregaciones, y sus objetivos reflejaban también dicha prioridad. Los objetos del altar, las vestimentas de los clérigos y de los participantes en la liturgia siempre estaban conjuntados y ordenados armónicamente. Las sacristías reflejaban aprecio y devoción. Estas iglesias también tendían a cuidar mucho la música. Por lo general, disponer de un gran órgano era esencial y, por supuesto, había que contar con un organista de calidad. Además, había que contar con un coro profesional. Finalmente, también había que editar un folleto que guiara, en cada evento dominical, a los asistentes a él, que era para quienes se había diseñado la liturgia.

No estoy criticando todo esto. La liturgia bien hecha invita a adentrarse en los símbolos de la trascendencia. Evita que asistir al culto se convierta en asistir a una reunión meramente comunitaria, tal como ha ocurrido en tantas congregaciones. Estas liturgias comunitarias se caracterizan por la presencia de anuncios de los eventos venideros y una lista pública de los enfermos, los fallecidos recientes, los inminentes matrimonios, los cumpleaños y los aniversarios. A veces estos anuncios son explícitos, otras se indican en forma de oración. Esto sirve para comunicar a la gente que no se les olvida. Me pregunto, sin embargo, si las liturgias de grandes proporciones y las reuniones comunitarias entienden la veneración, que es la acción de valorar infinitamente a Dios y a los que se congregan en torno a él y ofrecen su servicio alentados por esta veneración. La liturgia no es un fin sino un medio para alcanzar un fin.

Hubo una voz profética en la tradición bíblica que se formuló esta cuestión del medio y del fin mejor que nadie. Su nombre fue Miqueas y su historia nos ocupará en esta ocasión. Si alguien tiene algún conocimiento sobre el libro de Miqueas, probablemente no sea más que el vago recuerdo de que él es el que anuncia que el Mesías tenía que nacer en Belén porque la expectativa judía era, en parte, que el Mesías debía ser heredero legítimo del trono de David. Esta idea, que Miqueas expone, se incorporó en las historias del nacimiento de Jesús tanto de Mateo como de Lucas y por ahí nos es familiar gracias su repetición navideña.

En efecto, Mateo, citador de Escrituras por excelencia, se refiere directamente a Miqueas cuando el rey Herodes pide a sus escribas que determinen el lugar donde había de nacer el Mesías, para poder dar así, a los Reyes venidos de Oriente, la dirección correcta. Lucas usa indirectamente el mismo fragmento de Miqueas para demostrar la descendencia directa entre Jesús y David. Lo hace al afirmar que, por orden del César Augusto, todos los descendientes del antiguo rey debían ir al lugar de su origen, para un censo. Sin embargo, aunque éste sea probablemente el fragmento más conocido de Miqueas, el vigor del libro no está en él sino en el drama que se describe más adelante, en el capítulo sexto. Veámoslo.

Miqueas parece considerarse a sí mismo experto en la Ley (en la Torah) y parece ansiar demostrar sus habilidades en ello ante la suprema corte en Jerusalén. Pero nunca ha tenido oportunidad de hacerlo. En el capítulo 6 imagina un juicio: un juicio más dramático y universal que cualquier otro celebrado en Jerusalén. Su tema tiene que ver con el sentido de la liturgia como vamos a ver.

La habilidosa pluma de Miqueas presenta primero el lugar del juicio: ante el trono de Dios, Juez supremo. Después, según Miqueas, las montañas y los cerros forman el jurado. Y el acusado es Israel, al que se ha citado a comparecer. Miqueas es el fiscal acusador y el juicio empieza cuando Miqueas dice al pueblo: "¡Levántate. Litiga contra los montes; oigan los collados tu voz. Porque Dios tiene un pleito con su pueblo y pleiteará con Israel!" Así se abre la sesión y se inicia el gran juicio: Miqueas contra el pueblo escogido.

Entonces, se leen los cargos. Yahvé demanda una respuesta de los acusados. Porque les pregunta: "¿Qué te he hecho o en qué te he molestado?" Quiere saber por qué ellos no aciertan en cómo servirlo.

A continuación, Yahvé recuerda lo que ha hecho por Israel a lo largo de toda su historia: liberación de la esclavitud; vocación de líderes de la talla de Moisés, Aarón y Miriam; promulgación la Torah y protección frente a sus enemigos. Sin embargo, está claro que, a pesar de tantas bondades, Yahvé no se ha ganado el corazón de los israelitas. Con todo, al escuchar los cargos, Israel siente el dolor de la culpa y busca enmendarse. Su respuesta, sin embargo, consiste en apelar a su cumplimiento de los mandamientos religiosos y de las liturgias correspondientes: "¿Con qué me presentaré ante Dios y adoraré al Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año?", dice Israel, como atrapado y sin comprender lo que Dios realmente busca.

Yahvé, sin embargo, calla. Israel ha respondido a los cargos creyendo que Yahvé está interesado primero en la religión y en la liturgia. Entonces, imaginando que Dios condena sus observancias religiosas por inadecuadas, Israel promete aumentar sus sacrificios. Si a Dios no le complace el aceite que arde en los sacrificios, ni el becerro de un año que en ellos se quema, quizá le complazca un número mayor de ofrendas: "¿Le agrada al Señor el sacrificio de millares de carneros y de diez mil arroyos de aceite?" Seguro que este aumento en su generosidad atraerá el favor de Yahvé pues contentará su deseo, piensan los israelitas. Pero Dios sigue callado y de nuevo el pueblo interpreta su silencio como que su adoración y sus ofrendas son aún insuficientes. Por eso piensan en unos sacrificios litúrgicos más meritorios. "¿Quieres que te ofrezcamos nuestros hijos, nuestras más preciadas posesiones? ¿Satisfaría tu deseo la vuelta al sacrificio de nuestros hijos?" No otro es el sentido de las palabras que Miqueas pone en labios del pueblo: "¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?"

La acción dramática ha ido, pues, *in crescendo* hasta que Dios responde, por fin, y lo hace con las palabras más poderosas que, a mi modo de ver, contiene todo el libro: "Yahvé te ha enseñado, oh pueblo de Israel, lo que es bueno. ¿Qué es lo que él te pide?" No bellas fórmulas litúrgicas ni ofrendas ardientes ni sacrificios de animales; ni siquiera diez mil ríos de aceite ni tampoco el sacrificio de tus hijos. El único requerimiento que Dios impone a su pueblo es: "hacer justicia, amar la misericordia y ser humilde".

El juicio ha terminado. El veredicto se ha pronunciado. Yahvé no se complace en los actos de adoración. La única ofrenda, el único sacrificio que Yahvé valora son las vidas vividas en justicia, misericordia y humildad. Israel debe aprender otra vez cuál es el verdadero significado de la adoración: la justicia humana ofrecida a Dios. La justicia entre hombres y mujeres es la única adoración viva.

Miqueas, entonces, se puso a escribir sus palabras y éstas el pueblo las guardó en principio como un tesoro, como las palabras inspiradas de su profeta. Con el tiempo, alguien decidió que en estas palabras, además, se escuchaba "la palabra de Dios". Por eso sus escritos se añadieron finalmente a las Sagradas Escrituras de Israel. A partir de ahí, las palabras de Miqueas empezaron a trascender fuera de su entorno y se leyeron, a lo largo de los siglos, en los servicios religiosos del templo y de las sinagogas. Pero no sólo ahí, también fueron objeto de estudio riguroso por parte de los rabinos. Gracias a Miqueas la gente aprendió que Yahvé no quiere liturgias ni sacrificios sino sólo "hacer justicia, amar la misericordia y ser humilde."

El conocimiento de Yahvé nunca fue estático entre los judíos. En las páginas de sus Escrituras, el conocimiento de Dios siempre evolucionó, cambió, creció. En los escritos de Oseas, se le comprendió como amor. En los de Amos, como justicia. En los de Miqueas, la gente pudo comprender que la adoración no son formas y ceremonias. No se trata de vestir ni de cantar de un modo especial. Tampoco se trata de utilizar un libro de oración sagrado ni un gran órgano ni otros instrumentos musicales. No importa el lugar donde se ubique el altar, el estilo de la liturgia que se celebre ni la naturaleza de los sacrificios de las personas. La veneración y la adoración son siempre y principalmente vivir fielmente, es decir, dar el máximo valor a Dios, lo cual se manifiesta en la plenitud de toda vida humana.

A través de la historia del pueblo judío, los profetas siempre se situaron fuera de las instituciones sagradas, a diferencia de los sacerdotes, que se situaban siempre dentro. Por eso ellos fueron quienes, una y otra vez, abrieron e hicieron crecer el significado del nombre de Dios. Fueron los profetas quienes, lenta pero irreversiblemente, transformaron el Dios tribal de los judíos en un núcleo de significados universales. Los profetas fueron quienes hicieron posible a Jesús de Nazaret. Era claro, dentro de la tradición profética, que la religión, entendida como liturgia, no era antes que el amor de Dios. Dios incluye el reconocimiento de que no hay nada ni nadie que pueda separar al hombre del amor de dicho Dios. Jesús demostró esto un episodio tras otro de los registrados en los evangelios. Siempre dejaba de lado las reglas religiosas para que pudiera manifestarse el más profundo principio de justicia: que ninguna vida queda excluida del amor de Dios y que, por tanto, tampoco debe quedar excluida del cuidado de los demás. Sus discípulos vieron esto en él; y esta intelección los llevó a afirmar que, conforme a la experiencia de Cristo, todas las barreras entre los hombres han desaparecido. Como dijo Pablo, si pensamos en la trayectoria de Jesús, no hay ni judío ni gentil, ni hombre ni mujer, ni homosexual ni heterosexual, ni bautizado ni no-bautizado, ni esclavo ni libre, ni creyente ni no creyente. Afirmar que esto es el más profundo significado de Dios es la esencia de la adoración. Así que la adoración no tiene que ver con la liturgia sino con la vida. Es un medio, un camino hacia ella. La veneración no nos lleva a establecer instituciones eclesiásticas sino a humanizar nuestro ser y nuestro mundo. Miqueas es la "palabra de Dios" bíblica bajo cuyo tamiz toda liturgia debe ser examinada.

— John Shelby Spong

20: ZACARÍAS I Y II. PRIMEROS ESQUEMAS DE LA NARRACIÓN EVANGÉLICA DE SEMANA SANTA

Si buscamos en la Biblia un libro llamado Zacarías II, no lo encontraremos. Sólo encontraremos un único libro de Zacarías, con 14 capítulos y situado entre el de Ageo y el de Malaquías. Sin embargo, Zacarías no es un único libro ni tampoco está escrito por un solo autor, aunque se presente así. Los capítulos 1-8 reflejan un período de la historia judía que es unos 100 años anterior a la de los capítulos 9-14. Al autor de los capítulos 1-8 se le debería llamar Zacarías I. Un autor anónimo debió de añadir los capítulos 9-14 al mismo rollo de los capítulos anteriores, y este añadido debería conocerse como Zacarías II. Recordemos que pasó algo parecido dentro del único rollo de Isaías. Como ya dijimos, los capítulos 1-39 de Isaías se refieren al siglo VIII aC. y son Isaías I. Los capítulos 40-55 pertenecen a un Isaías II, cuyos eventos son del siglo VI aC. y son los capítulos, por cierto, más famosos del conjunto porque J. F. Handel musicalizó bastantes fragmentos en su oratorio "El Mesías". Pero todavía están los capítulos 55-66 que forman un Isaías III, cuyo trasfondo es de un tercer período posterior: de entre el siglo V y el IV aC.

Tanto cristianos eruditos como no eruditos han ignorado y minimizado la importancia de Zacarías. Si, a los que proclaman que la Biblia es literalmente la palabra de Dios y su revelación, se les preguntase por Zacarías y por su mensaje, no sabrían qué responder. Lo único que podemos llegar a conocer o, mejor, a reconocer es un verso de su capítulo 9: "¡Regocíjate, hija de Sión! ¡Clama con fuerza, hija de Jerusalén, pues he aquí que tu rey viene a ti, triunfante y victorioso, humildemente montado sobre un asno, sobre la cría de un asno!".

Si recordamos este verso es porque se lee invariablemente cada Domingo de Ramos en todas las iglesias, y pertenece al pasaje sobre el que se modeló la escena que inaugura la Semana Santa. Fuera de esto, la mayoría de los cristianos suelen ignorar el resto de este libro. Sin embargo, el hecho es que los evangelistas citan abiertamente el libro de Zacarías al menos 8 veces y aluden a él alguna más. Pero fuera de algunas referencias del Apocalipsis, lo que se cita de Zacarías en los evangelios procede de Zacarías II, es decir, de los capítulos 9-14. La influencia de este segmento en la mente de los primeros cristianos, probablemente sólo la supera Isaías.

Para comprender esta influencia, es imprescindible salirse del paradigma bíblico literalista referido a los profetas. Es una insensatez patente, producto de una clara ignorancia bíblica, creer que Jesús fue el cumplimiento de las profecías de los profetas si se entiende por tal cumplimiento que Jesús dijo e hizo cosas que los profetas ya habían anunciado que el Mesías haría, y creer, además, que ello es prueba de la inspiración divina de unos, los profetas, y prueba, además, de la divinidad de Jesús. Los profetas bíblicos no fueron futurólogos ni conocieron "milagrosamente" el futuro que se iba a cumplir en Jesús bastantes siglos después.

Por su parte, los evangelios, hay que decir, no son crónicas históricas sino textos interpretativos. Son textos que se pusieron por escrito dos o incluso tres generaciones después de Jesús, y cuyo objetivo fue proclamar que Jesús había sido el Mesías. Si los primeros cristianos buscaron en las Escrituras fragmentos que expresaran vigorosamente la esperanza mesiánica de Israel y sus expectativas, y luego, a partir de ellos, escribieron la historia de Jesús, de modo que concordara con dichas expectativas, no fue sino para enfatizar la mesianidad de Jesús.

Las narraciones de las apariciones después de la resurrección incluyen el mandato de hacer este tipo de interpretación; y lo hacen atribuyendo a Jesús palabras y acciones que conducen hacia esta actividad. Lucas hace decir a Jesús, en la escena de Emaús: "Ay, gente insensata y dura de corazón que no cree todo

lo que los profetas han dicho... y partiendo de Moisés y de todos los profetas, les interpretaba las cosas de las Escrituras que se referían a él" (24:25-27). Lucas mismo, para enfatizar que esta actividad interpretativa procede de Jesús, hace repetir a éste, un poco más tarde: "Todo lo escrito acerca de mí en la Ley de Moisés y en los Profetas y los salmos debe cumplirse. Y entonces les abrió las mentes para que comprendieran las Escrituras" (24: 44-45). Lucas quiso indicar que el propio Mesías resucitado es quien inspira a los discípulos para que encuentren referencias en las Escrituras por medio de las cuales poder interpretar apropiadamente la experiencia que habían tenido al conocer y convivir con Jesús. Cuando los evangelios se pusieron por escrito, ésta era ya la principal herramienta hermenéutica de las comunidades.

El libro de Zacarías, pero especialmente Zacarías II, fue uno de los textos que más intervino en este proceso ya que los discípulos lo usaron a menudo para interpretar la vida de Jesús. Zacarías II comienza con la presentación de una figura que es, con toda probabilidad, una figura mítica igual que lo era el Siervo sufriente de Isaías II. El personaje mítico de Zacarías II es el Rey pastor de Israel. El Rey pastor de Israel es quien vendrá a Jerusalén, para reclamar su reino, no con pompa y esplendor sino montado en un pollino, humildemente. Marcos es el primero en escribir la historia del futuro "domingo de ramos" y lo hace incorporando a Zacarías pues lo cita casi literalmente. Mateo y Lucas copian a Marcos pero con pocos cambios. Juan cuenta la escena de un modo muy diferente, igual que en otras ocasiones. Jesús no hace una entrada triunfal sino que ya está en Jerusalén. Juan, además, sitúa la escena del "domingo de ramos" inmediatamente después de la resurrección de Lázaro, escena no contada en ningún evangelio anterior. Juan añade, enigmáticamente, que los discípulos no sabían lo que Jesús estaba haciendo pero que luego, después de su glorificación, "recordaron" que los profetas habían escrito antaño estas cosas acerca de él (Juan, cap. 12).

Cuando el arresto de Jesús, Marcos anota que "todos los discípulos lo abandonaron y huyeron" (Mc, 14:52). Para cuando los evangelios se escribieron (entre el 70 y el 100 dC.), los Doce ya formaban parte de la historia, ya eran unos personajes y unos héroes entre los seguidores de Jesús. Por eso convenía transformar un poco el abandono del maestro por parte de los apóstoles; relato que ya era indeleble. Esto fue lo que hizo Marcos al añadir que el abandono, lo habían vaticinado los profetas. Los discípulos no hubieran podido hacer otra cosa porque se tenían que cumplir las Escrituras. Esto los exoneraron de responsabilidad. No había que juzgar ni condenar moralmente su conducta. El texto profético aducido para "blanquear" semejante fraude apostólico proviene de Zacarías II: "Golpearán al pastor y las ovejas se dispersarán" (13:7). Mateo repite y expande esta conexión y Lucas también la incorpora.

Quienes condenan al Rey pastor de Zacarías II son quienes "trafican ovejas", lo cual trae a la mente la historia evangélica de la expulsión de los mercaderes que compran y venden animales, principalmente ovejas, para los sacrificios en el templo. La conexión con la historia de Jesús limpiando de mercaderes el Templo se torna clara en el último versículo de Zacarías, en el que el profeta dice que ya "no habrá más mercaderes en la casa del Señor" el día en el que venga el Mesías (14:21). Entonces cabe preguntar: el relato de Jesús purificando el Templo, ¿fue una historia literalmente histórica o una interpretación más de Jesús como el Mesías, conforme a algo dicho por Zacarías II? Creo que es razonable afirmar primero lo segundo.

La obra del Rey pastor, la anularon los "traficantes de ovejas" que incluso habían intentado sobornarlo para librarse él, según Zacarías II. El precio del soborno fueron "treinta monedas de plata". Pero el Rey pastor arrojó el dinero dentro del Templo (Zacarías 11:8, 12-14). Inmediatamente recordamos que Mateo introduce treinta monedas de plata en uno de sus pasajes sobre Judas Iscariote, y luego cuenta que éste las devuelve y las arroja dentro del Templo. No hay duda, por tanto, de que Zacarías fue la fuente de Mateo en este punto de su evangelio (Mateo 26:14-16; 27:3-7).

Zacarías II declara, en su siguiente capítulo, que Dios derramará compasión sobre el pueblo de Jerusalén, de modo que, "cuando miren a aquel al que han traspasado, se lamentarán por él como uno se lamenta

por la muerte de un hijo único, y llorarán amargamente como llora uno la muerte de un primogénito" (Zacarías 12: 10-11). Juan fue quien utilizó este pasaje cuando desarrolló la escena del soldado que clava una lanza en el costado de Jesús (Juan 17:31-37).

Zacarías es quien describe, en fin, el día en el que el Señor vendrá al final de los tiempos. Todas las naciones del mundo se reunirán en Jerusalén, en una gran batalla, y el Señor las derrotará. El Señor se asentará en el Monte de los Olivos y dividirá la montaña en dos. No habrá oscuridad y, al final del día, agua viva fluirá de Jerusalén, envolverá a todas las naciones de Oriente y Occidente, y el Señor será Rey de toda la tierra. Aquel día, todos adorarán al Rey, al Señor de las multitudes, y "no habrá mercaderes en la casa del Señor". Tal era el increíble cuadro mítico del amanecer del Reino de Dios; cuadro que los judíos habían aprendido a esperar ansiosamente. El agua viva es siempre símbolo del Espíritu Santo. Por eso este cuadro es una descripción de Pentecostés. Lucas claramente se basa en él cuando escribe su particular Pentecostés en el capítulo 2 del libro de los Hechos. El espíritu se derrama sobre todo el mundo, la unidad se da y todos pueden, en ese día, hablar las lenguas de los que los escuchaban.

Si ponemos juntas las piezas que hemos recordado, vemos todo lo que Zacarías II aporta al patrón narrativo de la semana final de Jesús: domingo de Ramos, entrada sobre un pollino, datos sobre la traición, sobre el abandono de los apóstoles, sobre la crucifixión y sobre Pentecostés. Con ello queda claro que el librito de Zacarías II, en sí mismo casi un desconocido, ejerció una influencia importante en el modo en que la historia de Jesús se recordó, se contó y se escribió.

Una conclusión es obvia: los evangelios no son ni historia ni biografía. Son descripciones interpretativas escritas por judíos, probablemente en las sinagogas, para describir al Jesús que los facultó y los llevó a un nuevo nivel de conciencia acerca de la presencia viva de Dios en Jesús y luego en ellos mismos. El Mesías había abierto para ellos el acceso a la presencia de Dios. Así fue como los discípulos identificaron a Jesús con el cumplimiento de las esperanzas mesiánicas de Israel y reclamaron para él la condición de Cristo y de Dios tal como se desarrollaría esto en los siglos posteriores y en los Credos. Con los ojos provistos de este nuevo tipo de orientación, la Biblia resulta una lectura entretenida, y más entretenida aún de entender.

— John Shelby Spong